



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año III.

Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Baño, núm. 1, 3.º

Madrid 8 de Agosto de 1859.

Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado.

Núm. 11.

DIRECTOR PROPIETARIO, DON EDUARDO ASQUERINO.	Sres. Bona (Félix). Borao (Gerónimo). Borrego (Andrés). Breton de los Herreros (M). Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martín (Pedro). Caicedo (J. M. Torres). Campoamor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.). Castelar (Emilio). Castellanos (J. de la Cruz). Castro (M. Fernandez). Cánovas del Castillo (A.). Catalina (Severo).	Sres. Castro y Serrano (José). Corpancho (Nicolás). Cazurro (M.º Zacarías). Colmeiro (Manuel). Sra. Coronado (Carolina). Sres. Duran (Agustín). Eguilaz (Luis). Elias (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Escosura (Patricio de la). Eulate (Manuel). Estévez Calderon (S.). Estrada (Luis). Fernandez Cuesta (Nem.º). Fernandez y Gonzalez (M).	Sres. Ferrer del Rio (Antonio). Fernan Caballero. Figuerola (Laureano). Flores (Antonio). Gana (Guillermo B.). García Gutierrez (A.º). Gayangos (Pascual). Gener (José). Jimenez Serrano (José). Gomez Marin (Manuel). Gonzalez Bravo (Luis). Graells (Pedro.) Güell y Renté (José). Hartzenbusch (J. Eug.º). Janer (Florencio).	Sres. Lafuente (Modesto). Larrañaga (G. Romero). Lasala (Manuel). Lastarria (J. U.). Lobo (Miguel). Lorenzana (Juan). Mocanáz (J. Maldonado). Madoz (Pascual). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J), Bar.º. Martos (Cristino). Mata (Guillermo), Chile. Mollins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º). Navarro (Cárlos)	Sres. Ochoa (Eugenio.) Olavarría (Eugenio). Olózaga (Salustiano). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Pellon y Rodríguez (J.). Paula Madrazo (Fr.º de). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Rancés y Villanueva (M). Ribot y Fontseré (Ant.º). Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rivera (Luis). Rivero (Nicolás María)	Sres. Romero Ortiz (Ant). Rosell (Cayetano). Rosa Gonzalez (J. de la). Ros de Olano (Antonio). Ruiz Aguilera (Ventura). Sagarminaga (Fidel de). Samper (José María). Selgas (José). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florent.º). Segovia (Antonio María). Trueba (Antonio). Vega (Ventura de la). Velaz de Medrano (Ed.º). Viedma (Antonio).
--	---	---	---	--	--	--

SUMARIO.

Política europea, por D. Francisco Muñoz del Monte.—*La Italia y Napoleón*, por D. Emilio Castelar.—*Goethe y el Fausto*, (continuación), por D. Antonio María Fabié.—*Causas de la expulsión de los moriscos*, (continuación), por D. Florencio Janer.—*Recepciones académicas (Real Academia de S. Fernando)*, por D. F. de Paula Canalejas.—*Significación histórica de Cervantes*, por D. Nicolás Benjumea.—*Estudios Sociales*, por D. Salustio V. Alvarado.—*La Novia de la Fantasma (historia contemporánea)*, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—*Comunicado*.—*Deudas de honor* (poesía), por D. Juan A. Viedma.—*Sueltos*.—*Documentos sobre los sucesos de Italia*.—*Revista mercantil y económica de ambos mundos*, por D. Eugenio de Olavarría.—*Revista de la quincena*, por D. Nemesio Fernandez Cuesta

LA AMÉRICA.

POLÍTICA EUROPEA.

I.

En la numerosa y compleja serie de cuestiones que engendra naturalmente la paz ajustada en Villafranca por los emperadores Napoleón y Francisco José, en el conjunto de las gravísimas dificultades que lleva consigo la detallada ejecución de ese pacto, improvisado en el mismo campo de batalla con sorpresa de la Europa y asombro de los mismos ejércitos beligerantes, ninguna preocupa con tan justo título la atención de cuantos siguen reflexivamente el curso de los acontecimientos europeos como la actitud y el giro que tomará la política francesa en el arreglo de las disposiciones orgánicas y reglamentarias que deben desenvolver los principios y completar las bases apenas bosquejadas en el embrionario concierto de Villafranca.

Ora se acuerden esos artículos complementarios en las conferencias de Zurich, ora se reserven a la deliberación de un congreso general europeo, como parece mas natural si es que han de formar parte del derecho público de la Europa, es indudable que la solución de todas las cuestiones relativas a la suerte presente y futura de Italia, dependerá del espíritu y de las intenciones que lleve el gobierno francés al seno de la reunión diplomática convocada precisamente para salvar esas complicaciones y dificultades, derivadas de la intervención francesa en la cuestión italiana.

La Francia se ha proclamado la redentora, la libertadora, la tutora de Italia. El emperador de los franceses tiene la pretensión de haber llenado los fines de su misión emancipadora. *El objeto principal de la guerra, ha dicho en su proclama al ejército, está conseguido. La Italia, por la primera vez, va a ser una nación. Una confederación de los estados de Italia, bajo la presidencia honoraria del Padre Santo, reunirá en un solo cuerpo los miembros de una misma familia. La Italia, dueña en adelante de sus destinos, solo podrá culparse a sí misma, si no progresa en el porvenir por la senda del orden y de la libertad.*

La Francia no puede, no debe declinar las obligaciones que a sí misma se ha impuesto, asumiendo voluntariamente la carga de la emancipación de Italia. ¡Harto mezquino ha sido el resultado definitivo de su cooperación para que viniera a frustrarla del todo, abandonando la península a su propia suerte después de haberla alhajado con tan magníficas esperanzas, ó transformando por una inexcusable inconsecuencia las antiguas cadenas en otras distintas y mas difíciles de romper!

La victoria ha coronado a las armas francesas. La guerra acaba de dar una prueba nueva de su inmenso poder. El imperio francés apenas ha sentido el peso de esa gigantesca lucha, de la cual se puede decir que solo ha gustado las dulzuras de la luna de miel.

¡Tan rápidos y maravillosos han sido los triunfos! ¡Tan impetuoso é incontrastable el arrojamiento del soldado francés!

Pero el mayor mérito de la guerra ha sido su corta duración. ¡Tan corta, tan inesperadamente rápida, que la paz ha tenido para todo el mundo el encanto de una sorpresa!

Y justamente en esto mismo está el gran peligro. En vista de esa prodigiosa facilidad de emprender la guerra y dictar la paz, la política napoleónica se vería acaso tentada a contemplar con epicúrea indiferencia ó con descuidado optimismo las consecuencias de la una ó de la obra.

Este sería para la Francia como para la Europa un error de incalculables resultados. La guerra deja siempre obligaciones y responsabilidades que se prolongan en la región incierta y contingente del porvenir. Por mas que sea corta y venturosa, la guerra tiene que confiar a la paz el arreglo de cuentas morales y materiales de la mayor importancia.

El emperador de los franceses, bajando los Alpes a título de libertador de Italia, haciendo un ardiente llamamiento al patriotismo italiano, invocando el interés sagrado de su independencia, alentándolo con la alhajada perspectiva de la libertad, estipulando en su nombre y por su virtual delegación un tratado que se dice dirigido a establecer las bases, hoy posibles, de la nacionalidad italiana y de la realidad de su autonomía práctica; el emperador de los franceses, repetimos, al intervenir tan activamente en los negocios de Italia, no le ha dispensado solamente un servicio pasajero, sino que por razón de ese servicio mismo ha contraído respecto de su pupila una nueva y perdurable responsabilidad.

La política imperial ha creído que debía detener el curso de sus admirables triunfos en la víspera misma de su plena consumación.

En lugar de arrojar al Austria al otro lado de los Alpes, según sus promesas, la ha dejado tranquila y fuerte a la orilla izquierda del Mincio parapetada tras los inexpugnables bastiones del cuadrilátero.

En lugar de devolver a la noble y heroica Venecia su esplendorosa corona arrojada al suelo por el primer Napoleón en los preliminares de Leoben y en el tratado de Campo Formio, la ha erigido en feudo inalienable del Austria y enclavádola en el mosaico de las heterogéneas

nacionalidades que constituyen el imperio de los Stapsbourgs.

En lugar de una independencia efectiva y estable, ha dado a Italia una independencia precaria y constantemente amenazada por las superiores fuerzas de su secular opresora, cubriendo la violación de sus promesas con el otorgamiento de una confederación nacional, que solo apoyándose en instituciones libres, dejará de ser un vano é irrisorio simulacro.

No disputemos sobre la posibilidad de haber hecho otra cosa mejor. Acaso Napoleón ha cedido al apremio de circunstancias superiores a su voluntad: acaso razones insuperables de interés nacional y dinástico han prevalecido en su espíritu sobre la lealtad de la palabra empeñada. Así lo ha dicho al ejército, a la Italia y al cuerpo representativo de las potencias europeas. Aceptamos con placer su confesión, que por otra parte se aviene muy bien con nuestras convicciones personales.

Pero esos motivos no lo descargan de la responsabilidad de su obra. A él, que la ha iniciado; a él, que la declara una solución satisfactoria; a él, que la proclama como el supremo esfuerzo de su voluntad y su poder; a él toca ayudarla en sus medios, realizarla en su objeto, garantirla en sus consecuencias.

La confederación de los estados italianos no es mas que un experimento. La política francesa no debe perder de vista un solo momento las fases sucesivas de este aventurado ensayo.

Por el éxito del régimen político que va a inaugurarse en Italia, mas bien que por las victorias del ejército francés, se medirán la moralidad y la legitimidad de la guerra emprendida por la Francia y terminada por un desenlace tan repentino y misterioso.

II.

Para que la confederación italiana sea una verdad, y no una pueril decepción, es preciso (ya lo hemos demostrado en nuestra revista anterior) que tenga el carácter de una legítima representación de los estados confederados, no empero el de una simple asociación de los diversos príncipes soberanos de Italia: que es lo mismo que decir, que es de toda necesidad cambiar la índole de los gobiernos italianos; y que estos, en vez de significar como hasta aquí la voluntad ó el interés individual de sus respectivos príncipes, sean la emanación y la expresión de las diversas fracciones de la nación italiana; ó en otros términos, sean gobiernos constitucionales fundados en instituciones representativas.

Todo lo que extralimite ó se desvíe de esta rigurosa fórmula, será una combinación transitoria ó un efímero paliativo; pero no será un establecimiento definitivo, ni un régimen duradero. Será una intriga diplomática; pero no será una solución política.

De donde se colige que si la Francia no ha de fundar en Italia después de la paz una situación peor que la que existía antes de la guerra, si ha de reparar con la fecunda bondad de los detalles la deplorable imperfección del fondo de su obra, no puede sustraerse a la necesidad de organizar la proyectada confederación sobre

una base liberal igualmente adecuada para el afianzamiento de los principios conservadores cuanto para el desarrollo de los intereses progresivos de los estados federales.

Mas ¿qué medios tiene la Francia á su disposición para llevar á feliz remate tan saludable pensamiento?—Fácil es señalarlos: lo difícil será admitirlos.

Dos medios existen, ambos inseparables y correlativos, ambos hacederos y eficaces, cuyo simultáneo empleo satisfaría á las condiciones requeridas para la solución del problema. El uno mira á la política interior del imperio francés: el otro se refiere al giro y la tendencia de sus relaciones exteriores.

Señalos dado consagrar algunas líneas al exámen de uno y otro. Todo el interés de la política europea se concentra por este momento en la solución que se dé al problema de la nueva organización de la Italia por la Francia y el Austria de acuerdo entre sí, ó con el concurso de las grandes potencias de Europa.

III.

El primer deber de un pueblo, que acaba de hacer la guerra y sufrir sus inevitables consecuencias, es atender á la mejora de su gobierno interior.

La Francia tiene hoy una constitución, que no puede satisfacer las necesidades ni llenar las aspiraciones del mas inteligente y apasionado de los pueblos europeos.

Pero esa constitución se la ha dado el emperador á la Francia, no como un establecimiento definitivo é irrevocable, sino como un ensayo experimental y por consecuencia transitorio:—no como una constitución perfecta, sino como una constitución perfectible, y por consecuencia en via de irse perfeccionando sucesivamente. La promesa de ese progresivo mejoramiento está consignado en el preámbulo mismo de la constitución imperial.

Nadie negará que las primeras y mas imperiosas mejoras, reclamadas por la opinión ilustrada de la Francia, se epilogan en la restauración de las libertades civiles y políticas, que el segundo imperio ha suspendido á causa de las circunstancias especialísimas de su advenimiento. Y aqui nos complacemos en invocar otro recuerdo de las promesas imperiales. *La libertad* (ha dicho Napoleón en su alocución al pueblo francés con motivo de la promulgación de la constitución actual) *la libertad será el coronamiento del edificio.*

Después de las grandes acciones que acaba de ejecutar la Francia, ¿quién podrá negar los nuevos títulos que ha adquirido para avanzar en la senda de la restauración de sus libertades!

Este retorno á los principios liberales no limitaría solamente su saludable acción á regularizar la vida interior de la Francia, sino que contribuiría poderosamente á concluir la obra de pacificación y reorganización meramente bosquejada en el tratado de Villafranca.

La Francia, fuerza es confesarlo, inspira serios temores á la Europa por su poder colosal, por sus ardientes instintos militares, y por las terribles tradiciones de la dinastía napoleónica. Para calmar tan plausibles aprensiones, la garantía mas decisiva que pudiera ofrecer á todo el mundo, sería consagrar su devorante actividad al desarrollo de sus instituciones interiores, á ocuparse y á la vez contenerse discretamente en las nobles y fecundas controversias de la libertad.

Sus prodigiosas hazañas en Italia han excitado la admiración y juntamente el terror de la Europa, que no desarmará definitivamente hasta no convencerse de las intenciones pacíficas de la Francia. Y ese convencimiento no se arraigará en el espíritu de las naciones alarmadas, sino cuando toquen y palpén que la paz, lejos de inaugurar simplemente para la Francia un período de ociosidad política que es el estímulo mas poderoso para alimentar los proyectos de guerra, abre un nuevo palenque á la infatigable actividad francesa en la discusión de sus negocios interiores, en el progreso de sus instituciones políticas y en las fecundas luchas intelectuales, que serán siempre y en todas partes el mas eficaz de los preservativos contra las tentaciones de dominación y conquista.

Los pueblos no reparan los males de la guerra sino por medio de comparaciones retrospectivas, que los encaminan á mejorar las partes defectuosas de sus instituciones sociales ó políticas.

Así, la Rusia ha recobrado con usura todo lo que le hiciera perder la última guerra de Oriente, ejecutando su gran red de ferro-carriles, activando la abolición de la servidumbre feudal y cultivando en Europa diversas provechosas relaciones que hasta ahora habia desdenado. Así, el Austria, tan reacia de tiempo inmemorial á todo linaje de innovaciones, se prepara hoy, según lo revela el tenor de varios rescriptos imperiales recientes, á satisfacer los mas urgentes votos de las distintas razas que pueblan su imperio, á desarrollar los recursos de sus inmensos territorios, y en suma, á rejuvenecerse regenerándose.

Elocuentes son estos ejemplos para la Francia que, á vueltas de su asombrosa prosperidad material y del esplendor de su refinada civilización, contempla cegada las fecundas fuentes, origen verdadero é incontestable de tan inauditos progresos.

El primer imperio, al expirar, le legó la gloria y la pobreza, el resorte de una administración vigorosa y el hábito lamentable del despotismo militar, la memoria de ruidosos triunfos y el oprobio de la ocupación extranjera. ¡Legado dudoso, en el que los males superan á los bienes y las desventajas á las felicidades!

La restauración, por el contrario, y la monarquía de Julio, al desaparecer del suelo francés, dejaron estampada su huella benéfica y creadora en el pacto constitucional que consagraba los respectivos derechos de la nación y del monarca, en la práctica realidad de las garantías individuales, en el ejercicio de la noble facultad

de pensar y de escribir, en el adelanto universal de la agricultura, del comercio, de la industria, de las artes, de la navegación, de la instrucción pública y de todos los elementos de la mas cumplida civilización. ¡Y todo esto sin eclipse de la gloria nacional! ¡Y todo esto sin menoscabo de su espíritu guerrero, sin mengua del prestigio de sus armas, sin detrimento de su representación en el gran consejo de las naciones europeas!

¡Ah! Fuerza es proclamarlo por mas que repugne á los ciegos apologistas de los gobiernos discrecionales é irresponsables. No habrá paz para la Francia, no habrá seguridad para el segundo imperio, mientras no se transforme su política interior, mientras no se devuelva al país el ejercicio de sus legítimos derechos, mientras no cese esa lucha sorda y latente que agita las entrañas de la Francia y cuyos síntomas transpiran en las mas insignificantes manifestaciones del espíritu público; esa lucha entre la opinión y el poder, entre la nación y el gobierno, entre el derecho y el hecho.

Una política liberal en el interior, si salvadora de las novísimas instituciones imperiales de la Francia, no lo sería menos de las instituciones federales proyectadas para la Italia.

En tanto que la Francia no sea libre, le será negada la gloria de defender la libertad de otro pueblo. Nadie puede dar lo que no tiene.

El emperador de los franceses no podrá, aunque quiera, proteger en la Italia múltiple el desarrollo de la ideas que condena en la Francia unitaria. La contradicción engendra forzosamente la imposibilidad. Dos sistemas opuestos, á la par que simultáneos, se anulan recíprocamente de la misma manera que dos fuerzas contrarias, chocando en encontradas direcciones, se reducen á una comun inmovilidad.

Si el régimen federativo no ha de convertirse en nuevo lazo á la independencia italiana, es preciso que no sea una asociación de príncipes, sino una federación de pueblos legítimamente representados.

La alternativa es inflexible como el destino, indeclinable como la fatalidad. Napoleón tiene que optar entre el hecho, y la apariencia, entre la realidad y la decepción, entre la verdad y el simulacro.

Para optar por la verdad, por la realidad y por el hecho tiene que transformar en un sentido liberal las condiciones de su política interior. En el caso contrario, la influencia deletérea del absolutismo lo arrastrará á la cola del Austria: sus mejores intenciones se asemejarán á los impalpables vapores que se desvanecen al exhalar de la superficie de la tierra; y el pretendido instrumento de la regeneración italiana se quebrará entre sus manos como el frágil juguete entre las manos de un niño.

IV.

Si la mejora de su régimen interior es la primera condición para que la Francia no convierta la confederación de los Estados italianos en un sistema tan funesto para su independencia como el mismo que acaba de derribar con sus armas victoriosas, la índole de las alianzas que elija para cooperar al éxito de tan difícil obra no es menos importante é indispensable al logro del propio resultado.

La Francia está hoy en paz con todo el continente. Dos potencias de primer orden, cada una de las cuales marcha á la cabeza de su raza respectiva, solicitan su intimidad. La preferencia, que á cualquiera de ellas haya de dar el emperador de los franceses, revelará á la Italia y á la Europa la índole del régimen federativo prometido en el programa de Villafranca.

Esas potencias son la Inglaterra y la Rusia. Son los dos polos de la política europea. La Francia ocupa el centro y decidirá siempre la inclinación de la balanza.

¿Qué representan esas dos naciones? ¿Qué significan las razas á que presiden? ¿Qué misión cumplen en el teatro de la historia, en la región de las ideas, en la marcha de la humanidad, en el desenvolvimiento de la civilización, en el palenque actual de las luchas políticas, en las oscuras y contingentes evoluciones del porvenir?

V.

La Inglaterra es el núcleo, el tronco de la raza que de ella toma su nombre. Esta raza tiene su asiento metropolitano en las Islas Británicas, puebla casi todo el Norte de la América, domina en el Oriente del Asia, coloniza el Sur del Africa, lleva el progreso á la inóspitas playas de la Polinesia y vierte, laboriosa é inagotable abeja, la miel de la libertad y la civilización en los mas apartados rincones del universo.

De todas las razas que ocupan hoy la escena de la humanidad, la mas activa, la que pesa mas fuertemente sobre los destinos del mundo, es sin duda alguna la raza anglo-sajona. Otras podrán ser mas brillantes y mas poéticas: ninguna es tan necesaria y tan civilizadora.

La raza anglo-sajona es una de las mas importantes ruedas de la gran máquina política del universo. Sin ella habrían perecido ó despreciándose por las posteriores edades algunos de los mas interesantes hechos de la historia y algunas de las nociones morales mas necesarias de la humanidad. Sin la Inglaterra, el protestantismo, esa forma abstrusa y discutidora del cristianismo tan apropiada á los instintos germánicos, sino hubiera tenido mas apoyo que la Alemania, habria ya expirado en el delirio, blasfemando contra sí mismo después de haberse manchado con las mas inmorales doctrinas y exhalado el postrimer aliento en medio de la merecida risa de los pueblos. Sin el ejemplo dado por la Inglaterra, la revolución francesa estaria hoy anatematizada, cuando no abandonada; y sus principios recibirían la calificación de ilusiones utópicas ó extravagantes ensueños. Sin la Inglaterra, el nuevo continente descubierto por España, la grande y gloriosa España de otros días, no se habria elevado tan rápidamente en poder y en influencia política; no sería contado como uno de los gran-

des hechos humanos promovedores del progreso universal; y, reducido simplemente á las proporciones de un descubrimiento del orden científico y cosmológico, no se le consideraría como un servicio hecho al orden moral y político. La Inglaterra es la que impide hoy que las naciones europeas se precipiten las unas contra las otras; la que, recelosa de un adversario harto temible, mantiene el equilibrio de la Europa, cuyo reposo asegura con el exceso mismo de su egoísmo; la que contraría la absorbente propaganda del *panславismo* soñado por la Rusia, y dice á las razas eslavas:—«De aqui no pasareis.»

La fuerza y el fundamento del poder de la raza anglo-sajona consiste en que su existencia es necesaria, y por lo mismo providencial, en el orden del mundo. Otras naciones, igualmente importantes y acaso mas directamente interesadas en el mantenimiento de la civilización moderna, podrían desaparecer de la escena de la humanidad sin que su eclipse tuviera consecuencias tan terribles como la desaparición de la solitaria, egoísta é independiente Inglaterra.

El signo distintivo de la raza anglo-sajona es el culto de la libertad: su carácter predominante es el instinto de la diversidad. Jamás en nación alguna han brillado con tan viva luz estas dos cualidades como en la Inglaterra: jamás ningun pueblo del mundo tuvo tan profunda fé en el axioma político de Aristóteles, *que la sociedad está compuesta no de seres semejantes, sino de individuos diferentes.*

El elemento dominante de la civilización inglesa es el individuo. Cada una de las energías individuales camina directamente á su objeto particular sin saber si, al remate de sus esfuerzos, encontrará un fin universal y comun. De aqui nacen dos efectos contrarios, dos sentimientos y dos virtudes, que constituyen la fuerza y el honor de la sociedad británica; á saber, la independencia y la tolerancia. Vasto taller de experimentos políticos, filosóficos, religiosos, económicos, sociales, la sociedad inglesa aplica á las cosas morales las reglas de la inducción baconiana, las trata con un método científico y está persuadida que las materias concernientes al gobierno, á la política, á la religion y á todos demas objetos del orden moral no deben debatirse sino por medio del análisis, de la observación y de la práctica minuciosa y perseverante. El gobierno parlamentario, las asociaciones, los *meetings*, las ligas y las sociedades públicas, tempestuosas y palpitantes academias en que reina la confusión sin anarquía y la diversidad sin desorden, demuestran que para la raza británica la tolerancia es el complemento necesario de la libertad: que es algo mas que un gran sentimiento y que una gran virtud: que es un instinto ingénito tan necesario á su vida como el instinto mismo de la conservación personal.

Con estas calidades y estos defectos, á pesar de su reserva sistemática y su calculado egoísmo, la Inglaterra es la maestra de las naciones, el refugio de la libertad, el modelo de la tolerancia, la imagen viva del ordenado progreso, el valladar insuperable del despotismo y la suprema esperanza de los pueblos oprimidos.

VI.

La Rusia tiene una significación distinta en el desenvolvimiento de los destinos humanos. La Rusia es el enemigo de la raza anglo-sajona mas aun que del continente europeo. Su ambición amenaza á la Europa y acaso medita hacerla con el tiempo su presa. Pero la Rusia es enemiga de la raza anglo-sajona, no á la manera de una gran potencia que detesta el imperio que le sirve de obstáculo, sino á semejanza de un hombre que aborrece cordialmente á otro, cuya índole es inconciliable con la suya.

La Rusia es opuesta á la Inglaterra por instinto, por carácter, por tendencias, por costumbres, por todo lo que hay de mas íntimo en la naturaleza humana. La raza eslava es contraria á la razón de existencia de la raza anglo-sajona. Acaso un día, un día fácilmente predecible en los futuros anales de la humanidad, será necesario que una de las dos desaparezca para que pueda vivir la otra.

El irreconciliable antagonismo de la ciudad de Rómulo y de la ciudad de Dido no será la última escena de exterminio, que están destinadas á presenciar las generaciones. En nuestra edad, dos grandes y poderosas razas se arrojan alternativamente el terrible voto de Catón. *¡Delenda est Cartago!*

La Rusia niega todas las creencias, todas las instituciones de la Inglaterra: En esta prevalecen el valor civil, la independencia personal, la individualidad: en aquella la abdicación personal, la sumisión incondicional, la humildad. En la una todo es actividad y esperanza: en la otra todo es inquietud y resignación.

En Rusia el emperador es mas que gefe, mas que rey, mas que guía de sus súbditos:—es su pontífice supremo:—es mas que su pontífice:—es su Dios. El emperador puede á su arbitrio dar y quitar la voluntad á sus súbditos, ordenarles el trabajo ó dejarlos en la ociosidad, disponer á su favor de los bienes de la tierra y de los bienes del cielo. Sin el emperador, los rusos serían paganos é idólatras:—si son cristianos, es por orden del emperador. Su vida, su movimiento, su ser residen verdaderamente en el emperador. Diríase que el magnetismo, la electricidad, todos los fluidos invisibles, son el medio por el cual gobierna el Czar de las Rusias á las razas sometidas á su imperio. Nada se escapa á su mirada escrutadora, á su vista de lince. En cualquier país; á cualquier distancia que residan los súbditos rusos, en Francia, en Italia, en España, en las regiones mas apartadas, el emperador encuentra medios de comunicarles sus voluntades y dictarles hasta las palabras que deban pronunciar sus labios.

Si la autocracia rusa es hostil á los instintos de la raza anglo-sajona, la religion griega no es menos opuesta á su fé individual. La Rusia profesa el culto griego:

pero carece de creencias libres y fuertes. La religion del estado es una especie de doctrina abstracta é indefinible, que desciende del trono al pueblo y que está destinada á obrar sobre él de un modo parecido al de la gracia divina. El dogma griego, cual se concibe en Rusia, podría llamarse *la religion de las cancellerías*. No es de las cateólicas y de los templos, no es de las conferencias de los preladós y de los venerables sinodos, sino del fondo de los gabinetes diplomáticos y de las oficinas administrativas, de donde sale la religion para derramarse en el corazón de los pueblos. En Rusia el sacerdote casi se reconoce indigno de proclamar al Dios á quien sirve y de quien es ministro, y abandona los atributos de su ministerio á los bureócratas, que transforman sus oficinas de administracion en taller de misticismo.

¿Qué diferencias tan profundas entre los respectivos caracteres de ambas razas! De un lado, el genio de la libertad: del otro, el genio de la autoridad. Aquí el individuo animando la vitalidad del estado: allí el estado absorbiendo las facultades del individuo. Una sociedad, que solo tiene fé en las fuerzas morales, en la virtud, en el trabajo, en la libre expansion de la individualidad humana: otra sociedad, que solo rinde culto á la concentracion, á la obediencia, á la sumision, á la abdicacion de la voluntad personal.— Ved ahí á la raza anglo-sajona y la raza eslava: ved ahí á la Inglaterra y la Rusia.

VII.

La Francia, en tanto, se vé solicitada por dos atracciones simultáneas y contrarias, que luchan por circunscribirla y fijarla en la esfera de su accion respectiva. Hasta ahora Napoleon aparece vacilante. Antes de la campaña de Crimea, la alianza anglo-francesa era su tema favorito. Despues ha bajado notables grados *l'entente cordiale*. Las causas de este súbito resfriamiento son harto notorias para entretenernos en reproducir su reseña. Los antecedentes de la guerra de Italia, el desarrollo de sus pormenores y la repentina explosion de su desenlace acusan suficientemente la equívoca situacion de los gabinetes de Lóndres y las Tullerías.

Como quiera que sea, es innegable que desde entonces empezó un cambio reciproco de coquetterías diplomáticas entre las cortes de Paris y San Petersburgo, cuyo objeto es un misterio, asáz transparente por cierto, á pesar de las estudiadas reticencias que lo encubren y probablemente por razon de esas reticencias mismas.

El solícito afán de Rusia por captarse la buena voluntad del emperador de los franceses se explica con facilidad por su descalabro mismo en la cuestion de Oriente. La alianza con la Francia es el mas brillante negocio para la política rusa por dos razones poderosas: primero, porque debilita los lazos de su union con la Inglaterra, y despues porque la conduce á recobrar el ascendiente europeo que parecia haber perdido desde que aquella memorable derrota, demostrando la superioridad militar y naval de la Francia y la Inglaterra, descubrió los frágiles fundamentos de la ponderada prepotencia rusa.

El representante mas eminente de esa astuta política es el príncipe Gortschakof. La grande elevacion, que le debe, es el símbolo mas exacto de las ventajas que esa política procura á su país. Al comenzar en 1855 la guerra de Oriente, el príncipe Gortschakof era un diplomático subalterno que representaba á la Rusia en una de las pequeñas cortes de Alemania, y ya entonces soñaba allí con el hábil sistema que, en mas encumbrado puesto, habia de desarrollar posteriormente con tanta gloria suya como peligro para la Francia. Sus insinuaciones confidenciales al plenipotenciario francés á la sazón en Stuttgart, dan testimonio de su empeño en separar de la alianza inglesa al emperador de los franceses. Esa sagaz política, que Gortschakof ha hecho prevalecer en los consejos de la Rusia, lo ha conducido por último al ministerio de negocios extranjeros, en donde la ha continuado con tanto talento, perseverancia y buen éxito que ha llegado á flaquear la alianza anglo-francesa y entreverse la probabilidad de un completo reviramiento en la política del emperador Napoleon.

La conmemoracion de los explicados antecedentes es el primer dato que debe tenerse en cuenta para presentir con la posible verosimilitud el carácter y la significacion, que las próximas conferencias de Zurich, ó el anunciado congreso de Bruselas ó Lóndres, darán á la confederacion de los estados italianos estipulada en los preliminares de la paz de Villafranca.

Ya lo hemos demostrado otras veces. Mera asociacion de príncipes, ó asamblea de estados legitimamente representados. Hé aquí la disyuntiva, entre cuyos dos inflexibles extremos oscila la creacion del federalismo italiano.

La primera combinacion simboliza la continuacion de la dependencia de Italia disfrazada con el título fascinador de union federal; el predominio indirecto del Austria á la sombra de la representacion oficial del Véneto; el retorno de los príncipes que han servido en los ejércitos austriacos contra la emancipacion de sus pueblos; la inmovilidad, ó cuando mas, la aparente modificacion del régimen intolerable de los Estados romanos; la persistencia indefinida del gobierno de Nápoles en las deplorables viras del absolutismo, y en suma el antiguo *statu quo* de la Italia barnizado con las especiosas tintas de reformas económicas y administrativas.

La segunda combinacion representa la posible y hacedera independencia de la Peninsula despues de la imperfecta emancipacion que le ha otorgado el tratado de Villafranca; la administracion separada del estado veneciano bajo principios distintos de los que rigen en las demas provincias del imperio austriaco; la organizacion liberal de los diversos estados que constituyen la nacionalidad italiana; la secularizacion del gobierno pontificio al amparo de especiales instituciones que armonicen el ejercicio de la doble autoridad espiritual y temporal del

Papa; el restablecimiento del sistema constitucional en Nápoles; y por último, la ejecucion sincera y efectiva, no fantástica y derisoria, de las condiciones esenciales del régimen federal aplicado á las circunstancias escepcionales de la Italia.

Paralelas, correlativas é inseparables de estas dos políticas se ofrecen á la eleccion del emperador de los franceses dos alianzas necesariamente ligadas con la naturaleza y las consecuencias de cada una de ellas; á saber, la alianza franco-rusa y la alianza anglo-francesa.

La alianza franco-rusa haria de la federacion italiana un simple escamoteo político, porque la Rusia representa el absolutismo de derecho divino:— la alianza anglo-francesa la convertiria en una realidad bienhechora, porque la Inglaterra simboliza el principio de la representacion nacional.

Con la primera, el federalismo será una decepcion:— con la segunda, una verdad.

La una engendrará la incertidumbre, y en pós el descontento y las revoluciones:— la otra producirá la confianza general, y con ella la satisfaccion de todos los intereses y la estabilidad del equilibrio europeo.

¿Qué línea de conducta adoptará el emperador de los franceses estrechado por estas dos políticas, solicitado por estas dos fuerzas contrarias? Pronto saldremos de dudas. Entretanto no queremos juzgar por datos imperfectos y á veces contradictorios.

Los plenipotenciarios de Francia, Austria y Cerdeña están reunidos en Zurich. Sus conferencias demostrarán la necesidad de un congreso europeo. La cuestion de Italia afecta á todos los intereses del continente, y las resoluciones de Zurich no pueden ser obligatorias para el resto de las potencias de Europa, sino concurren á ellas con su voto y aprobacion. El derecho público consagra este axioma, que lo es igualmente de los derechos civil y canónico:— *Quod ad omnes tangit, debet ab omnibus approbari*. La Inglaterra lo ha dicho ya por boca de lord Palmerston en la sesion del 29 de julio último en la Cámara de los Comunes:— *En ningún caso consentirá la Inglaterra en tomar parte en un congreso, cuyo solo objeto fuese registrar pura y simplemente las decisiones acordadas en un tratado particular entre dos soberanos extranjeros*.

Y bien: en Zurich primero, y en el congreso despues, se delinearé el rumbo de la política francesa. En la expectativa de ese importante y transcendental desenlace, nosotros solo nos permitiremos una reflexion.

Si el emperador Napoleon opta por la alianza franco-rusa; si se leade á los principios compresivos de la política austriaca; si en las resoluciones de Zurich y en los debates del congreso sobre la organizacion federal de la Italia prefiere la solucion absolutista á la solucion constitucional, habrá sido inútil la ostentosa iniciativa de la Francia, inútil sus promesas fascinadoras, inútil el estrechamiento universal de la Europa, inútil el sacrificio de tan grandes intereses arruinados en la lucha, inútil la preciosa sangre derramada en los campos de la Ausonia, inútil, en fin, y supérflua, y sarcástica, y derisoria la paz concertada á orillas del Mincio. La Italia será, con corta diferencia, lo que antes era: la presa del Austria, la sierva de las naciones, la victima propiciatoria del absolutismo, el holocausto expiatorio de las aspiraciones liberales, la nueva Ifigenia inmolada por otra nueva liga de reyes en el ara de sus ambiciosos designios. Y cuando el sacrificio esté consumado y un silencio melancólico haya sucedido á la despidada palabrería de los sacrificadores, la Francia, la hermana consanguinea de la Italia, no sabrá qué responder cuando la Europa, el mundo, los contemporáneos, la posteridad y la historia le hagan la misma pregunta que hizo Dios al primer fratricida:— «Cain, Cain, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?»

FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE.

LA ITALIA Y NAPOLEON.

La suerte de Italia todavía ha de costar mas sangre á los pueblos, todavía ha de arrancar mas lágrimas á nuestros ojos, cansados de llorar la eterna desgracia de la hermosa madre de las naciones. Un relámpago fugaz ha iluminado su sepulcro, relámpago rojizo como la sangre, y un instante la hemos visto levantarse en la oscuridad, recoger la rota lanza de sus padres, para caer de nuevo herida por sus eternos enemigos, como si estuviera condenada á perpétua servidumbre. ¡Italia, Italia! Nombre sagrado, que la humanidad pronuncia con respeto; eterno número de todos los poetas; estátua hermosa por los bárbaros mutilada, porque en tu frente centellea el fuego del cielo; patria de los héroes y de los artistas; todavía tus hijos han de arrastrar por tus jardines las cadenas de los esclavos; todavía tus tiranos han de azotar tus olas, para que no repitan el cántico de libertad que exhalan tus lábios; todavía los calabozos inmensos donde te han aberrojado están abiertos á tus plantas, y el águila enemiga que devoraba tus entrañas todavía atormenta tu corazón y bebe ansiosa tu mas pura sangre, eterna mártir de la historia.

La esclavitud de un pueblo siempre es triste, siempre es dolorosa; pero es mas triste, es mas dolorosa aun la esclavitud de Italia, de esa hermosa nacion que infundió su sangre en las venas de toda la humanidad por medio del espíritu romano; que detuvo con la voz de sus Pontífices la irrupcion horrible de los bárbaros; que se despertó en la figura magistosa del Dante desde el polvo feudal de la edad media con la lira de los pueblos en la mano y el santo grito de libertad en los labios; que creó entre el estruendo de los combates un nuevo derecho y levantó al lado del castillo el municipio, y con su cincel convirtió al esclavo en hombre; que inclinándose sobre el polvo donde dormían las edades pasadas, las resucitó con la vara mágica de sus poetas, y mostró el eterno ideal de las artes resplandeciente de gloria y hermosura; que mereció de Dios tener entre sus hijos el elegido para encontrar en las espumas del Atlántico la nueva maravillosa creacion allí guardada; que resucitó el genio de Platon perdido en el Oriente al suave beso de las perfumadas auras de Florencia; que interrogó con Galileo al cielo y á los mundos, y el cielo y los

mundos le descubrieron sus secretos, y la tierra le mostró su ruta en los espacios; que con el buril de Miguel Angel, idealizó la piedra, hasta lanzarla en la cúpula de San Pedro á la region de las tempestades, ligera y armoniosa cual un cántico, y en el pincel del pintor de Urbino idealizó la forma humana como no la habian idealizado los artistas de Grecia; que hoy mismo, abatida, llorosa, puebla con los ecos de su voz el aire que respiramos, y la argolla que lleva en sus manos taladradas por el clavo de la servidumbre, no le impide pulsar la dulce lira de Rossini y de Bellini, y arrojar con sus armonías á sus mismos verdugos; nacion de los grandes milagros, que parece destinada á encantar á todos los pueblos, y á ser, como ha sido siempre el genio, desgraciada y esclava.

Tres penínsulas se estienden á las orillas del Mediterráneo, que en nuestro siglo han peleado gloriosamente por su independencia; tres penínsulas, que en la historia universal han sido como faros levantados por Dios para iluminar las dilatadas riberas de los siglos por donde la humanidad camina á su perfeccionamiento. Estas tres maravillosas penínsulas, hijas predilectas de Dios, que las ha ornado con todas las galas de la naturaleza y todos los resplandores del genio, son España, Grecia é Italia. Y las tres han pasado tormentosas pruebas y grandes y dolorosísimas angustias. España, que por espacio de siete siglos no habia descansado un punto, salvando con su espada y con su sangre la independencia de Europa; España, que habia enterrado las legiones africanas en los campos de las Navas, y la media luna turca en las aguas de Lepanto; España, que habia sido el centinela avanzado de la civilizacion, que cerraba á la barbarie el paso del Mediterráneo, se vió, al principiar nuestro siglo, acometida por un audaz conquistador, aniquilada bajo el peso de innumerables legiones, próxima á perder su independencia, que se hubiera acabado para siempre, si sus hijos no hubieran tenido el heroico ardimiento de escribir con su sangre una eterna protesta en los muros de sus ciudades, en las piedras de sus caminos, hasta en los árboles de sus campos; sublime protesta que aterró y confundió á sus esforzados enemigos, mostrando una vez mas que son invencibles los pueblos. ¿Qué espíritu no se conmovió al oír hablar de este heroico ardimiento, de este gran sacrificio? Los alemanes invocaban el ejemplo de España; los rusos, al sacrificarse por su patria, lanzaban envuelto en el último suspiro el nombre inmortal de Zaragoza; los grandes escritores, como madama Stael y Chateaubriand, tegian coronas de laurel para nuestras sienas; los poetas de la independencia de los pueblos, como el mártir Koerner, querian cortar sus rudas liras de las encinas de nuestros montes; Napoleon, en sus últimos instantes, pronunciaba el nombre de España para enardecer con ese ideal de heroísmo á sus soldados; y cuando, concluido su destino, el César omnipotente se vió en la soledad de una isla, abandonado de Dios y de los hombres, sin un palmo de tierra, el recuerdo de España era su mas agudo remordimiento, la sombra ensangrentada de España su mas atroz castigo.

La causa de Grecia era la misma causa de España. Si algun pueblo merece la gratitud de la humanidad, es el pueblo griego. Su poderosa idea despertó en el corazón del esclavo, dormido entre los perfumes de la viciosa naturaleza oriental, el sentimiento de la libertad. Su cincel desbastó al hombre, y le dió formas delicadas y hermosas, como preparándolo á ser el santuario de un pensamiento divino. Su inagotable inspiracion creó todas las artes, poblando el cielo y la tierra de tipos inmortales, que son todavía el ideal de los que aman la verdad y la hermosura en la tierra. Su profundísima mente abrió el seno de la naturaleza y encontró sus misterios, como el navegante encuentra la perla escondida en el nácar de la concha. El espíritu humano tuvo en los hijos de esta nacion privilegiada sus mas sublimes sacerdotes, sus mas grandes intérpretes. Sus Homeros crearon la epopeya, sus Píndaros la oda, sus Sófoeles y Esquilos la tragedia, sus Apelles la pintura, sus Fidias las grandes y hermosas estatuas que la humanidad no ha podido nunca imitar, sus Sócrates la ciencia humana, sus Temistocles el heroísmo, sus Alejandro las grandes empresas humanitarias, sus Solones la legislacion civil, sus ciudades las libertades antiguas, su vida entera un ideal de la humanidad, si, un ideal de gloria y de grandeza, que centellea sobre todos los varios y multiformes hechos de la historia. Este pueblo tan grande se halló al principiar la historia moderna esclavo del sultan. Sus soldados fueron remeros de las galeras turcas, forzados á combatir la cristiandad, á anegar en las ondas la cruz adorada en sus propios altares. Sus hijas, aquellas hermosas mugeres, que habian sido el tipo de los escultores, fueron encerradas en el fondo de los serranos, para servir al bárbaro placer de sus verdugos. Las claras aguas del Egeo y del mar de la Jonia fueron emponzoñadas por el fatalismo, sus recuerdos clásicos estinguidos, sus islas des pobladas, sus ciudades heridas y asoladas, la antigua lira de sus poetas rota, sus ejércitos dispersos, sus generaciones selladas con la infamia de la esclavitud, sus rios, poblados antes por la imaginacion griega de ninfas, se secaron como las lágrimas en los ojos de sus hijos; y aquella tierra tan fecunda, que daba la miel perfumada del Iblea, el aromático vino de Chio, las dulces frutas de la Atica, se tornó infecunda y estéril, y se envolvió en cenizas, como para ocultar en las tinieblas de su sepulcro su degradacion y su miseria. Esta esclavitud parecia eterna, inconstruible. Pero un dia Grecia se despertó de su letargo, y las Termópilas, y el Pireo, y la Agera, volvieron á repetir el grito santo de libertad é independencia. ¿Qué corazón no se conmovió en Europa al ver que Grecia se levantaba trasfigurada del polvo de sus ruinas? Un gran poeta, ángel del cielo, caído en el lodo de la tierra, cuya imaginacion pura como la aurora habian tornado nebulosa las tempestades del mundo; nacido para cantar la fé, el amor, el entusiasmo; y cantando, sin embargó, la duda, el desengaño y hasta la nada; sin creencias, sin esperanzas, sin cariño á su patria; burlándose siempre de los mismos grandes pensamientos que concebía, de las pasiones que agitaban su vida; á pesar de este escepticismo tan desolador y tan empedernido, que era la sombra de su alma, la corona de espinas que se escondía bajo su corona de mirros y de laurel; á pesar de esta duda, que devoraba su vida, cuando oyó resonar en los aires la voz de Grecia, cuando sintió los ecos de libertad que flotaban sobre el esqueleto de Atenas y de Corinto, arrojó lejos de sí su tempestuosa lira, sacudió sus dudas, desenvainó su espada, y dió su vida por la libertad del pueblo de los héroes y de los poetas; eterna patria del genio.

Pues la causa de Grecia era como la causa de España, y las causas de Grecia y de España son como la santa causa de Italia. ¿Quién, pues, no se conmueve de entusiasmo al oír hablar de la independencia de Italia? Los hombres podrán disentir sobre la forma de gobierno que deban tener los pueblos; podrán ponerse del lado de las monarquías ó del lado de las repúblicas; podrán creer que la libertad es un mal y que la tiranía es el supremo bien; pero la causa de la independencia de los pueblos, el derecho que tienen las naciones á pertenecerse á sí mismas, á gobernarse por sus propios hijos, la causa de España en 1808, de Grecia en 1820, de Italia en 1859, será bendecida por aquellos que hayan alguna vez sentido el dulce

amor que nos liga á la tierra nuestra madre; el dulce, el santo, el natural amor de la patria. Es un principio de derecho universal que la tierra pertenece á la raza en ella nacida, pues Dios ha puesto misteriosas armonías entre la naturaleza y el hombre; ha hecho ágil y fuerte á las razas nacidas para las montañas; dulces y poéticas á las razas nacidas para vivir entre floridos campos; audaces y batalladoras á las razas nacidas á las orillas del mar; porque la tierra, la patria es el filamento de nuestra carne, es el jugo de nuestra sangre, es la vida de nuestros padres que absorbemos por todos los poros, es el lecho donde han de dormir en paz nuestras cenizas, es parte de nuestro mismo espíritu, es el aroma de todos los recuerdos y de todas las ilusiones del alma; y por eso la humanidad, mientras llama despotas y tiranos á los que pelean por ganarse un pedazo de tierra injustamente, llama héroes y mártires á los que pelean y mueren por la patria.

¿Y puede darse una injusticia mayor que la injusticia cometida en Italia? Reunidos un día en consejo los despotas del mundo, conocieron que la causa de la libertad era invencible después de la revolución francesa, que había sido una revolución en la historia, una revolución en la humanidad. Pero conocieron también que en aquel instante fatal de 1815 los pueblos, si no estaban vencidos, estaban postrados. Francia había agotado la vida de sus hijos; Italia estaba descuartizada al pie de sus cañones; España se había desangrado en la gloriosa guerra de la Independencia; Alemania había perdido todos sus patriotas, todos los soldados de la libertad y del derecho. En tan supremo instante, ¿qué pueblos eran los más temibles? Francia, que había dado la idea á la revolución; Italia, que había sido la primera en abrazarse á la bandera de la república; España, que había levantado sobre el altar de la patria la Constitución de 1812, y que a un tiempo había conseguido su independencia y su libertad. Francia, por estos tratados, fué afrontada. Una mano de hierro cayó sobre el cerebro del pueblo, iniciador del derecho, mártir de la libertad. España, cuando aun poseía sus Américas, fué declarada nación de segundo orden; otra afronta, pues, cayó sobre el pueblo, que había despertado á los pueblos, sobre el guerrero inmortal, que había mostrado en su epopeya de 1808 el camino de la independencia á las naciones. Italia, ¡ay! Italia, nación que había cantado la libertad; nación que la había sentido en aquel corazón de artista como fuego divino, fué encerrada en hondo calabozo, y la llave de su calabozo fué entregada al carcelero de los pueblos, al imperio de Austria.

Para demostrar que la dominación de Austria en Italia era injustísima y cruel, no hay más que volver los ojos á su historia. Austria ha martirizado á Italia. Todos los italianos que han mostrado entereza y dignidad, todos han perecido en las cárceles ó en el destierro. Las provincias italianas se han visto despojadas de sus más caros hijos. El austriaco ha creído que Italia solo podía ser suya convirtiéndola en un cementerio, y ha caído sobre ella como el buitre sobre su presa. Donde no ha alcanzado el férreo cetro de su poder material, ha alcanzado el hábito venenoso de su influencia. Y do quier ha visto un alma que fuese una esperanza de salud, de salvación para la desgraciada Italia, allí se ha detenido á estinguirla con su soplo. ¡Pobres emigrados italianos! Nacidos en la región más hermosa de la tierra; acostumbrados á oír llamar a su patria el paraíso de Europa, recordando sus gloriosas empresas pasadas como otros tantos remordimientos de su esclavitud presente; dotados de esa imaginación que aumenta el dolor y agrava la desgracia; artistas que sueñan una patria cuando el cielo les ha concedido nacer en una cuna tan hermosa; siempre con la libertad ante los ojos y el peso de la cadena sobre los hombros; dispersos por toda la tierra; sin una piedra donde reclinarse la cabeza, mientras sus enemigos habitan los grandes palacios de sus mayores; sin sus hijos, presas de sus tiranos, que les enseñan á dirigir el plomo contra los pechos de sus padres; perdidos en los nebulosos climas de Londres y de París, ateridos de frío, cuando Dios ha puesto sobre sus frentes un cielo tan puro y tan hermoso; víctimas propiciatorias de todas las tiranías, su vida es un largo martirio; y cuando llega su última hora, cuando el dolor y la desesperación agotan sus días, mueren después de haber seguido entre espaldas una ilusión engañosa, sin consuelo, sin la esperanza de dormir el eterno sueño en el suelo patrio, sin poder mezclar sus cenizas á las cenizas de sus padres, sin adivinar cuál será mañana la suerte de sus hijos; desgracias inmensas que caen sobre su frente, por el crimen de haber nacido en Italia. Esto es tan cierto, que en todas las páginas de la literatura italiana, en todas las grandes manifestaciones de sus artes, se siente un dolor inmenso, infinito, y sus grandes genios, como los antiguos profetas en el cantiverio, solo aciertan á lanzar agudísimos quejidos que desgarran nuestro corazón. Leed, leed las odas de Leopardi; las formas son tan ricas y variadas como las antiguas formas clásicas; los sonidos, tan armoniosos como los sonidos de la lengua de Virgilio; la entonación, tan robusta como la entonación de Tirteo; el fuego, es el mismo fuego que ha alimentado siempre al genio; pero en el fondo de aquellos versos hay una tristeza tan profunda, una desesperación tan amarga, y un dolor tan superior á los dolores individuales, que se ve y se siente que allí rebosa, no la tristeza, no el dolor, no la desesperación de un hombre, sino la tristeza, el dolor, la desesperación de Italia. Aplicad el oído á una de esas dulces melodías de Rossini, de Donizetti ó de Bellini, y os encantará su dulzura, y os arrobará su concertada armonía; pero si tenéis corazón, sentireis bien pronto que aquellas notas están escritas con lágrimas; que aquellos acordes son sollozos; que aquella es la armonía del dolor y la desgracia; que la música italiana es un largo lamento que lanza Italia al levantar sus brazos, pidiendo al cielo libertad y justicia; lamento de que están impregnados los aires. La gran nación hundida en las cenizas, y sus hijos, que han descubierto nuevos mundos en la tierra, nuevos astros en el cielo; sus hijos, grandes poetas, grandes repúblicas, grandes historiadores, grandes soldados, grandes sabios, no han podido dar á su patria, por la injusticia de los despotas, el filtro de la vida.

Toda Europa estaba interesada en que se resolviera pronto, muy pronto, la cuestión de Italia. Antes de comenzar la guerra, todo el mundo elevaba sus plegarias al cielo por la libertad de la hermosa península herida y martirizada por los despotas. No hay alma elevada que no ame á este hermoso país, nuestra segunda patria. El que gusta abismarse en la historia encuentra en el antiguo mundo por do quier huellas de la inteligencia de Italia, que trasformó la civilización y dió su espíritu á toda la tierra. El que ama el heroísmo, recuerda las trágicas figuras de Nicolás Rienzi, de Savonarola, defensores de la patria. El jurisconsulto sabe que en las grandes universidades italianas brotó el derecho en la edad media, para quebrantar la cabeza de la serpiente del feudalismo, enroscada al pecho de la humanidad. El pintor va en peregrinación á ese gran museo á recibir la inspiración que irradian de sus serenas frentes las vírgenes de Rafael. El arquitecto busca en las líneas del Panteón, en los restos del Circo y del Teatro antiguo, en la cúpula de San Pedro, esas armonías de piedra, que son las obras maravillosas del ingenio humano. El poeta quiere respirar los aromas de Florencia, oír el lamento de Francesca de Ri-

mini perdido por las orillas del Arno, postrarse sobre la tumba de Virgilio; meditar al lado del cenotafio del Dante, sentir el amor y la esperanza bajo el laurel de Petrarca, escuchar en las auras perfumadas el suspiro de Laura y Beatrice. El escultor va en pos de aquellas grandes estatuas que ha levantado del fondo de un pedazo de mármol el audaz cincel de Miguel Ángel. El hombre religioso corre en peregrinación á ese templo, se postra sobre esa tierra cubierta con las cenizas de los mártires, y llora sobre ese altar, que han adorado todas las generaciones cristianas. El sabio ama la patria de Volta, de Colón, de Galileo, de Vico, misteriosos intérpretes de la naturaleza y de la historia. La raza latina quiere que Italia cobre su independencia desde los Alpes hasta el Adriático, para que estos tres grandes pueblos, que han sido los artífices de la civilización, Francia, España é Italia, sean una sola familia, libre y dichosa, hoy que nos acercamos á las nacionalidades por razas. España, sobre todo, ama á la Italia; recuerda que entre los dos países ha habido una fraternidad histórica; que la salida del gran Pedro de Aragón redimió de la esclavitud á Sicilia; que nuestros almogávares eran en el golfo de Nápoles el terror de los enemigos de Italia; que los navegantes de Génova nos auxiliaron á redimir á Algeciras; que las galeras venecianas peleaban al lado de nuestras galeras en Lepanto; que Alejandro Farnesio era el primero de nuestros soldados; que en aquella tierra de bendición encontró Garcilaso la rica miel de su sencilla y clásica poesía. En fin, ¿á qué cansarnos? La paz del mundo estaba interesada, muy interesada en que la cuestión de Italia se resolviera pronto, porque cada injusticia que queda viva sobre Europa, es un foco permanente de trastornos y de revoluciones sin número. Era imposible desear el grito unánime de todos los pueblos.

Y cuando por todo el mundo se oía esta voz, que pedía libertad para uno de los países más necesitados de libertad, Napoleón Bonaparte mostró que iba á poner su espada en la balanza de los destinos de Italia. Sería inútil decir que la primera impresión del mundo fué de júbilo, fué de esperanza. Confiaba la opinión, no seguramente en el hombre del 2 de diciembre, no en el que había ahogado las repúblicas francesa y romana, no en el perseguidor de la democracia, no en el que había hecho enmudecer á la tribuna y á la prensa, tan necesarias á la libertad y á la vida moderna como el viento á los mares, no; la opinión confiaba en ese eterno espíritu revolucionario de Francia, superior á la voluntad de los hombres, que ha tenido ideas salvadoras en todas las grandes crisis de la democracia moderna, sangre que dar en todos los campos de batalla, donde la peligro la causa de la libertad y del derecho. Francia sabe que su fuerza está en su destino, que su destino está en la revolución. Por eso, si ha oscilado entre abismos en todo el siglo presente, nunca ha vuelto sus ojos espontáneamente á la legitimidad antigua. Cuando se cansó de la república del 93, buscó un héroe, un dictador revolucionario. Para implantar el doctrinarismo, no quiso un rey legítimo, sino un rey cuyo trono fuera hecho con las maderas de las barricadas. Para liberarse del rey doctrinario, invocó la república. Y cuando cayó la república, no encontró en su camino al ungido del Señor, sino al elegido por el sufragio universal. Si una vez se levantó la legitimidad en Francia después de la revolución, esa legitimidad fué impuesta por las bayonetas extranjeras al pueblo francés, desangrado y exánime. Francia conoce que el espíritu revolucionario la ha dado esa vida, esa preponderancia en Europa, secreto de su poder; que por su espíritu revolucionario trastornó el derecho y la ciencia antigua, creando un nuevo derecho, una nueva ciencia; que su espíritu revolucionario ha penetrado en todos los códigos modernos; que su espíritu revolucionario ha sido el número de sus grandes víctimas, de sus maravillosas empresas; que su espíritu revolucionario flota sobre la frente de los soldados, y va envuelto en los pliegues de las banderas de sus ejércitos; que su espíritu revolucionario le ha dado esa universalidad de ideas, ese cosmopolitismo político, que es su mayor grandeza; y por eso cuando los mares se encrespan, cuando los horizontes se oscurecen, cuando brilla el relámpago y cae el rayo sobre las instituciones decrepitas, la revolución se entrega confiadamente á la Francia. Y la revolución europea vió que Napoleón obedecía ciegamente, no á su propia voluntad, sino al espíritu francés, que es superior á los hombres y á los imperios.

En efecto, la gran antinomia entre las revoluciones y la tiranía se planteó en el espacio tan clara y distintamente como está grabada en la conciencia. De un lado un pueblo, de otro un rey absoluto; de un lado la causa de la libertad, de otro la causa del absolutismo; la causa de la libertad servida por la gran nación revolucionaria, y la causa del absolutismo servida por el imperio austriaco; de un lado el derecho divino, de otro el derecho humano; y entre estos dos principios antitéticos y contradictorios, próxima á estallar una guerra, trasunto fiel de la contradicción que hay entre esas dos ideas en la esfera serena y tranquila de la conciencia. El mundo, pues, tenía derecho á esperar que el absolutismo autocrático de Austria fuera enterrado en el polvo de los combates; que la Italia sacudiera sus cadenas desde los Alpes hasta el Adriático; que las pequeñas soberanías, obstáculo insuperable á la unidad italiana, se acabaran para siempre; que la libertad política se alzase en Nápoles y en Roma; que la Confederación italiana fuera una gran confederación de pueblos hermanos; que los tratados de 1815, mengua de la Europa liberal, se rompieran para siempre, tanto más, cuanto que Rusia y Prusia abandonaban en tan supremo trance la causa de Austria, y que una nueva Santa Alianza es imposible, porque el espíritu democrático, oxígeno de la atmósfera de nuestra civilización, ha penetrado hasta en el seno del autócrata ruso.

Pero había un mal muy grave, un mal muy intenso para nuestra causa. El hombre que debía representar la Francia, no es digno de Francia; el hombre que debía condensar la revolución, había ahogado la revolución. Hoy no se puede resolver ninguna gran cuestión en el mundo sin el auxilio de la democracia; y ¿cómo había de invocar la democracia el que la enterró en la terrible noche del 2 de diciembre, el que rompió las trabas de la ley, el que dispersó á sus representantes, el que derramó la sangre de sus hijos, el que hundió la república confiada á su custodia? El emperador Napoleón iba á la guerra poseído por ese espíritu de Francia, que, como el viento que se levanta de los abismos, atrae al que está inclinado sobre su borde. El espíritu propagandista francés le hacía bajar de su trono, le llevaba á Italia, le arrastraba á los campos de batalla. Pero ese espíritu era para Francia una amenaza, para Napoleón un remordimiento. La guerra de Italia era una prueba que daba la Francia al mundo de que la libertad es más poderosa que el imperio; la guerra de Italia era para Luis Napoleón una válvula de seguridad con que desfogar un poco el espíritu francés. El pueblo buscaba en Italia la libertad; Napoleón un día más de dominio.

Y estalló la guerra. Napoleón arrojó á los vientos palabras de libertad, que debían caer como gotas de plomo derretido sobre su cerebro, palabras que soplaban en sus labios el espíritu de la revolución, muy superior á la voluntad de los reyes. Comienza la guerra, y el mundo vé con asombro un fenómeno aun no bien definido. Esta guerra no ha sido una guerra impe-

rial, no; ha sido una guerra democrática, una guerra revolucionaria. Los ejércitos se han batido á la voz de la libertad para emancipar á los pueblos; han entonado la *Marsellesa*, el canto republicano; han oído una vez más que los soldados franceses solo deben empuñar sus armas por la causa de los oprimidos; han mostrado sobre el campo el ardor de aquellas huestes de la república, que dispersaban por el suelo las armas de derecho divino de todos los reyes de la vieja y gastada sociedad antigua. Los ejércitos han mostrado que, si hoy son los ejércitos de un César, mañana pueden ser los ejércitos de la libertad, destinados á llevar los resplandores de una nueva idea por el mundo. Aquí, es preciso decirlo, la falta de inteligencia ha estado en los gefes superiores; el emperador, sobre todo, ha mostrado que está muy lejos de su modelo el vencedor de Lodi y de Arcole; que el fuego de la guerra no centellea sobre su frente. En Magenta, donde mas han querido encarecer su táctica guerrera, todos los cuerpos llegaron mucho más tarde y mucho más desordenados de lo que ideara la mente del emperador; y si Mac-Mahon hubiera obedecido absolutamente sus órdenes, acaso hubiera la victoria abandonado las banderas de Francia. En Solferino hay valor guerrero, hay empuje, hay heroísmo; pero no se descubre ninguno de esos rasgos militares que caracterizaban á Napoleón el Grande. ¿Dónde están aquellas proclamas tan atrevidas, tan elocuentes, tan sóbrias y tan entusiastas? ¿Dónde aquella sabia táctica que recuerda Verona? ¿Dónde una batalla de Marengo, un paso de Arcole, uno de aquellos golpes atrevidos, que tanta sangre francesa economizaban y tantas victorias conseguían? En esta guerra atroz, el soldado francés ha demostrado su heroísmo, su atrevimiento, su incontrastable ímpetu guerrero, su desprecio á la muerte, su prodigalidad de la propia sangre; ha esgrimido como siempre su temible bayoneta; pero la inteligencia atrevida, el alma grande del capitán, no ha venido al mundo con el nuevo imperio de los Bonapartes. Se ha mostrado que el espíritu democrático está vivo en el ejército, que son posibles las guerras por las nacionalidades, que son imposibles las guerras por los emperadores, que la libertad puede contar con los soldados franceses.

El emperador Napoleón no tiene el genio de un héroe; pero tiene el talento de un diplomático. Su corazón está helado, y no ama ni la gloria ni la guerra; ama el poder. Perseverante en todos sus propósitos hasta el fin, su alma toma todos los colores, y camina por sendas tortuosas y escondidas, para que nadie pueda conocer su pensamiento. Su fisonomía es impenetrable, y oculta sigilosamente todo lo que pasa en su alma. En los grandes peligros, muestra frialdad en la apariencia, y tiene en realidad aturdimiento. Le importa poco prometer, pues si le conviene, nada ha de cumplir. Prometió amplias reformas democráticas, grandes reformas sociales en sus obras, y después ha condenado sus propios pensamientos, ha prohibido sus propias obras. Juró la república cuando llevaba ya en su ánimo resuelto el perjurio. Dijo que el imperio sería la paz, al mismo tiempo que ideaba una guerra. Emprendió una cruzada contra Rusia, no para aniquilarla, sino para ganarse la amistad de su emperador. Ha dicho que la Italia sería libre desde los Alpes hasta el Adriático, y ha dejado á Italia esclava. Ha manifestado respeto á la soberanía de los pueblos, y después ha admitido la cesión de un pueblo como en los tiempos feudales, como en los siglos bárbaros. Se ha propuesto por ideal á su tío, y á cada instante desmiente y profana ese ideal. A un tiempo ha consentido el libro de Edmundo About contra el Papa, y la cláusula que da al Papa la presidencia honoraria de la Confederación italiana. Aprovecha para su familia los principios revolucionarios de 1789, y las formas despoticas de las monarquías absolutas. No cree que es posible por mucho tiempo sostener el imperio, y promueve guerras sangrientas, sin pensamiento y sin resultado, para deslumbrar á la Francia. Solo se parece á su tío en el afán de verter sangre inútilmente, sangre preciosa, que hubiera hecho crecer el árbol de la libertad si se hubiera vertido en los santos altares del derecho. Pero Napoleón ha venido á cumplir un gran destino, á ahuyentar un fantasma que siempre temió la libertad; ha venido á mostrar que es imposible el imperio democrático. Cuando la revolución democrática reaparezca en Francia, no encontrará en su camino la sombra del cesarismo.

El carácter ambiguo de Napoleón ha sido la causa principal de la ambigüedad que ha habido en la indecifrable guerra italiana. Napoleón quería una revolución sin ideas, una popularidad sin pueblo, una libertad sin liberales, una guerra nacional sin el sacudimiento de las nacionalidades, la solución del problema de Italia, sin herir en lo más mínimo el poder temporal del Papa y la soberanía de los pequeños príncipes; quería un imposible. Comenzó la guerra, y vió lo que no podía menos de suceder, el entusiasmo de los pueblos; los gritos de libertad llenando los aires; los emigrados corriendo á morir por su patria; las ciudades oprimidas levantándose de su abatimiento y de su esclavitud; la revolución sacudiendo el mundo; los príncipes enemigos de Italia, ocultándose á las iras de las indignas muchedumbres; Milan y Génova mostrando su antiguo espíritu democrático; Francia, conmovida con el recuerdo de sus glorias, con el amor de su derecho, ansiosa por subir al pedestal de su tribuna á dar su voz al viento, su voz, que para despertar á los pueblos valía más que los cañones de todos los emperadores; la nueva idea exhalándose pura de todas las víctimas que caían en los campos de batalla; los ejércitos respirando ese aire de libertad que todo lo envuelve, que á todas partes alcanza, que todos los corazones transforma y vivifica; y en tal crisis; al oír el viento que agitaba sus banderas, al ver el genio que se cernía sobre sus soldados, haberse perdido una paz deshonrosa á la libertad de Italia, cuyo fuego acaso hubiera derretido en su propia frente la frágil diadema de los Césares.

Hemos dicho que ha firmado Napoleón una paz deshonrosa, y vamos á probarlo. ¿Cuál fué el objeto ostensible de la guerra? Libertar á Italia desde los Alpes hasta el Adriático. Toda paz que no estuviera basada en esta idea, era una paz deshonrosa para el César, una paz afronta de su nación y de sus legiones. Sea cansancio, sea cálculo, sea arrepentimiento, lo cierto es que el César ha faltado á su palabra solemnemente empeñada á la faz de Europa. La sangre vertida en Magenta, en Solferino, en Palestro, es una sangre inútil, cuyos vapores suben á Dios en queja del que la ha vertido, como la sangre inocente de Abel. Conmover Europa, llamar á todas las naciones á las armas, arrojar un relámpago de esperanza en el calabozo de los pueblos oprimidos, derramar tesoros innumerables, asolar países riquísimos, sacrificar cien mil hombres, que tendrían madre, hermanos, seres amados, dar audaces batallas para conseguir tan exigüos resultados, para consentir que dure aun más tiempo el martirio de Italia, es una falta gravísima que perseguirá en vida al emperador como un remordimiento, y merecerá mañana, como el 2 de diciembre, una maldición en la historia. Pero vamos á probar que la paz es deshonrosa. Era necesario matar, no solo el poder, sino hasta la influencia de Austria en Italia. La influencia de Austria en Italia es más deletérea aun que su poder, porque oprime á los pueblos, porque quebranta las reformas, porque hace imposible, de toda imposibilidad, el progreso. La Confederación italiana, en que

Napoleon cifra su orgullo, es la muerte de la independencia italiana. Mientras Austria tenga el pie puesto dentro de Italia, Austria ejercerá sobre los pequeños príncipes, sus aliados, el influjo que ejerce la serpiente sobre el pájaro. La presidencia honoraria de la Confederación será del Papa; la presidencia real de la Confederación será del Austria. En la Confederación la causa italiana solo tendrá el voto del Piamonte, mientras la causa austriaca tendrá el voto del Papa, del rey de Nápoles, del duque de Parma, del gran duque de Toscana, de todos los príncipes absolutos que asientan su absolutismo sobre las bayonetas austriacas. Austria oprimirá a los italianos en el Véneto, mandará a los italianos desde el cuadrilátero, formidable reducto que todavía conserva para lanzarse sobre su presa. La casa de Saboya podrá sostener la bandera de Italia; pero la tratarán como enemiga los demás príncipes italianos; la hundirá el día que pueda la espada formidable de Austria. Está visto, el problema de Italia, como todos los grandes problemas, no tiene mas solución posible que la solución democrática.

Hasta la forma ha sido deshonrosa en esta paz. Dos emperadores, en una tienda de campaña, entre el vapor de la sangre y el humo de los combates, oyendo todavía los lamentos de los heridos, respirando el hedor de los muertos en el campo de batalla, sin oír la opinión ni el voto de los pueblos, sin preguntar a Europa su idea ni su juicio, sin atender al derecho que tantas revoluciones han dejado escrito en la conciencia humana con caracteres indelebles, sin ver para nada esa idea de justicia que flota sobre todos los acontecimientos; como si se encontraran en la edad media, como si pudieran disponer de los hombres cual disponían los señores feudales de los siervos de la gleba, como si el juicio de Dios, manifestado en la suerte de las armas, fuera aun el criterio de las grandes luchas y de las grandes querrelas de los pueblos modernos, se ceden, se regalan, se traspasan mutuamente regiones, territorios, millones de hombres, quebrantando el gran principio de la ciencia, el gran axioma del derecho universal, la facultad que tienen las naciones a disponer de sí mismas y de su gobierno; principio que no entienden esos dueños de naciones, los cuales profesan ideas que son como espectros salidos del polvo de las edades pasadas; ideas que Dios ha condenado a perecer en la inflexible lógica de la historia.

La verdad es que los emperadores todo lo han sacrificado a la fortuna, todo a la suerte de las armas. El emperador, representante del derecho divino, ha sacrificado la Lombardia; el emperador, representante del derecho humano, ha sacrificado Venecia. ¡Oh! Venecia es la mas desgraciada entre todas las desgraciadas ciudades de Italia. Venecia, reina del Adriático, tendida en su navio, cuyas velas de seda la llevaban al Oriente, al Occidente, a todas las riberas de todos los mares; dulce esposa de los vientos, que se dormía a sus pies, cuando arrojaba sobre las ondas su nupcial anillo; navegante audaz, que traía en sus lonas el ámbar, el coral, la púrpura, el incienso, los aromas, las sedas del Asia; amazona fuertísima, que en los grandes peligros de Europa ofrecía sus naves ligeras para contrastar las piraterías de los africanos, las irrupciones de los turcos y humillaba las banderas enemigas ante la civilización europea; ciudad querida de todos los poetas, que le consagraban sus versos; de los escultores, que tallaban magníficas estatuas para que se mirasen arrobadas en sus lagos; de los pintores, que decoraban sus palacios, para alojar a sus hijos, cuando volvían de los remotos climas; ciudad hermosa; hoy estás muerta; tu corona se ha quebrado, tu anillo nupcial se ha perdido, las olas gimen sobre tu cadáver, la luna te envuelve como en un plátano sudario, el silencio reina en tus plazas, la soledad en tu palacio, el gondolero no entona ya canciones de amor en las lagunas, y allí donde se oía en las hermosas noches de estío el eco del laúd que las brisas derramaban sobre todo tu ambiente, y el cántico melancólico y cadencioso como el eco del mar en las sonoras playas, solo se oye el llanto del esclavo o el ruido de los pasos de tus carceleros; hermosa reina enterrada al pie de las destrozadas quillas de tus antiguas naves, que solo guardas lo que guardan los sepulcros, la grandeza de los recuerdos, la magestad severa de la historia. Como Napoleon el Grande, Napoleon III ha sacrificado a Venecia, la ha abandonado al Austria.

Dios no reservará otra Santa Elena a esta tremenda injusticia; porque los grandes castigos se quedan para los grandes héroes. Pero algún día, cuando Napoleon baje de su trono arrastrado por los huracanes revolucionarios, que tan frecuentemente agitan al pueblo francés, y que suelen ser tan comunes y ordinarios como las tempestades en el trópico, acaso querrá encontrar entre los mares, en un dulce clima, una ciudad agraciada, que debiéndole la libertad pudiera darle francamente un asilo, y entonces se aparecerá a sus ojos enturbiados por el dolor y las lágrimas, la sombra ensangrentada de Venecia, que hoy ha abandonado a la injusta dominación del Austria.

Cuando aun no comenzaba la guerra de Italia, escribía yo a un periódico del Nuevo Mundo un presentimiento, que habia comunicado tambien a uno de los mas ilustres patriotas y escritores de Italia; el presentimiento que tenía triste, pero seguro de que Italia, en esta nueva cruzada en favor de la libertad, iba a pagar su error histórico de confiar en fuerzas que no son su fuerza; en voluntades que no son su voluntad. Este error es la clave de muchos males, de muchas desgracias de la infeliz Italia. Desde que cayó aquella vigorosa raza romana, guerrera de la tierra, Italia se hundió en su lecho de flores; y dejó el cuidado de su independencia a las mismas gentes que habian sido sus enemigos. En la gran lucha entre güelfos y gibelinos, estos cometen el error de entregarse siempre a un príncipe alemán y aquellos a un príncipe francés.

El Dante sueña con un emperador de Alemania para redimir a su patria, con un emperador, cuando las repúblicas italianas, por su genio, por su valor, por su gloria, podían mas que los emperadores. Petrarcha, si alguno vez aclama a Rienzi, en cambio dirige sus ojos a toda Europa, buscando una espada extranjera para defender a la que aherró a su trono todo el mundo. Próxima corta las olas del Mediterráneo en su negro navio, y viene pedir a Pedro III de Aragón, de rodillas, sus escuadras, sus almogávares y su inmortal valor. Nápoles, ora se entrega a los príncipes españoles, ora a los caballerosos soldados de la casa de Anjou. Cerdeña ya es presa de unas u otras familias ambiciosas del mundo. Los Papas bajan de su trono temporal, y corren a refugiarse en el hogar de la Francia; ¿para qué? Para que los reyes de Francia tomen por cetro y por espada el báculo de San Pedro. Los diferentes reinos italianos, ora se entregan a Fernando el Católico, ora a Francisco I, ora a Carlos V; nunca a sus propias fuerzas, nunca a su propio valor. En nuestro mismo siglo, un gran poeta lloraba con lágrimas amargas, desesperado y confuso, al ver que los ejércitos heroicos de la Italia iban a lejanos climas a perecer entre el hielo de Rusia, en una causa que era la causa de Napoleon, pero no la causa de Italia, ¡ay! de Italia, que necesita la sangre y la vida de sus hijos. Hoy ha pagado ese mismo error, y su soldado, como extranjero, no ha querido arrostrar la muerte por salvar a Italia.

El problema de Italia está en pie. El problema de Italia solo

puede resolverse por medio de la democracia. Una cruzada de pueblos no hubiera asustado al mundo como le ha asustado una cruzada de emperadores; porque en una cruzada de pueblos no hubiera visto Europa ni ambiciones desahogadas, ni ataques a su independencia. Si los ejércitos franceses, los ejércitos de la nación francesa libre, hubieran coronado la cima de los Alpes, el aliento revolucionario en un solo día hubiera derrocado el poder de Austria. Todos los pueblos, todas las ciudades, todos los oprimidos, se hubieran levantado al ver que iban a protegerlos y a salvarlos sus hermanos, sin mas interés que el amor a la libertad, sin mas propósito que la realización de la justicia. Cuando esto suceda, el mundo será libre; la hora final de la tiranía habrá sonado en el reloj de los tiempos. Entonces se levantará la hoy abatida Florencia; abandonará su sepulcro la hoy esclava Venecia; entonarán sus cánticos de libertad los guerreros magyares en sus montañas; Polonia volverá a ser un pueblo grande y caballeresco; los griegos entrarán en Constantinopla, arrancarán la media-luna a su frente, y la coronarán con el signo sagrado de la cruz; las razas se confederarán para formar una sola familia; un gran congreso de pueblos encerrará a cada nación dentro de sus límites; y cumplido el derecho, Europa, sin sombras en su conciencia, sin cadenas en sus manos, elevará una oración a Dios, oración de gratitud, porque al fin se ha realizado la libertad, se ha cumplido la justicia.

EMILIO CASTELAR.

GOETHE Y EL FAUSTO.

(Continuación.)

III.

En los diferentes períodos de la civilización que han precedido al actual, era cosa muy digna de notarse, que un solo pueblo daba carácter y fuerza al movimiento civilizador en todas sus fases, y en cada época un solo individuo representaba al pueblo, siendo, por decirlo así, la expresión viva de su pensamiento; basta considerar, siquiera sea con poca profundidad, la historia para persuadirse de la verdad de nuestro acerto; en virtud de estos hechos, un acontecimiento solo bastaba a cambiar por completo todas las circunstancias sociales, imprimiendo nuevo y determinado rumbo a la marcha de la humanidad; interviniendo como motor supremo de esa evolución un individuo. Todos los imperios orientales perecen en una sola batalla y el héroe que dirige las huestes vencedoras avanza magestuosamente hacia el mar que baña las costas del Asia hasta que las últimas toman su asiento en lo que hoy se llama Egipto, y en las encantadas riberas del Bósforo: el pueblo griego, representante de una forma de la idea antitética de la que gobernaba a las naciones indias, destruye aquellas naciones en una sola campaña, mientras que pocos siglos adelante una guerra, en que apenas se encontró resistencia por parte de los antiguos helenos, dió al traste con su civilización recogiendo Roma de entre sus ruinas el cetro de la tierra.

Pero, desde que cayó el imperio, las fuerzas individuales cobraron tanto influjo, que hoy ninguna nación puede creer con verdad que representa la civilización moderna, ni dentro de cada una es poderoso un individuo solo a marcar el rumbo de los acontecimientos.

Por eso la epopeya propiamente dicha es imposible en nuestra época. ¿Qué acontecimiento, qué pueblo de la moderna Europa serviría de asunto al poeta? ¿Qué gigantesca individualidad personificaría el complicado movimiento civilizador de estos tiempos? Sin duda no faltarán algunos que crean, que el renombrado capitán, que logró un instante a principios de este siglo reducir bajo su cetro a casi toda el continente, es la figura mas propia que pudiera encontrarse para la epopeya y que solo falta un poeta, que, apoderándose de los hechos que forman el tegido de su gloriosa vida, se levante a la altura de Homero prestándole el inefable encanto del arte; pero sometiendo esos maravillosos sucesos al criterio de la razón, examinando con alguna profundidad los caracteres de esa época excepcional, que casi ha corrido en nuestra presencia, nos persuadiremos de que no pueden dar materia a una epopeya: el héroe a pesar de sus arranques de independencia, es el instrumento dócil del destino que no se presenta identificado con él, y todos los actos, que no reconocen mas norma que su voluntad soberana, se pierden y evaporan en el espacio y en el tiempo sin dejar en pos de sí rastro alguno: una prueba si bien indirecta de nuestra opinión, es que el vate de las glorias del Corso no se ha dado a conocer, al paso que pupulan sus historiadores: cuando la razón humana ha llegado al grado de desarrollo que hoy alcanza, desdeña el prestigio de la imaginación: Napoleon, considerado artísticamente, no puede en estos tiempos producir mas que la estatua de David o la oda de Manzoni.

Para crear algo que se parezca a los antiguos poemas, necesario es que el héroe que se cante sea un personaje fantástico, porque no hay forma humana real que corresponda a la idea en su presente evolución, y que la escena en que se agite tenga las infinitas dimensiones del espacio y del tiempo, porque llegado es el momento de considerarla no en sus formas parciales, no en una de sus determinaciones posibles, sino como eterna verdad, como noción absoluta; por eso Goethe obedeciendo, tal vez por instinto, a estas condiciones, no saca a su héroe de la historia, sino le busca en la leyenda: Fausto es una creación de la fantasía teutónica, es el tipo del sabio en la edad media; en esa época los espíritus fuertes, no satisfechos con las soluciones dadas por la religión a los problemas científicos, se lanzan a buscar otras, no por el llano sendero de la razón y de la experiencia, sino abandonándose en alas de la imaginación.

En todos los tiempos algunos han seguido ese camino en la adquisición de la verdad, dominando a tan absurdo procedimiento, sobre todo en las primitivas civilizaciones, porque en ese período de la humanidad que corresponde a la infancia de los individuos, no es la inteligencia la facultad que gobierna a las demas. Los magos eran los sabios de las naciones de Oriente y su in-

flujo fué en ellas omnipotente: en Grecia hubo algunos iniciados en esos misterios: Pitágoras era tenido por sus coetáneos por hombre versadísimo en las ciencias ocultas, que en Roma tuvieron tambien sus representantes: el paganismo, en sus diferentes modificaciones, es una religión supranaturalista, que con sus oráculos y misterios nos muestra claramente que se dirige a la imaginación de los pueblos, y que se vale como instrumento de lo maravilloso; el cristianismo debia, ademas de otros bienes, producir el que resulta de la extirpación absoluta de las supersticiones; pero como tenían tan hondas raíces en las costumbres de los pueblos, todavía las vemos dominar en la edad media, produciendo ese inmenso número de fanáticos que se clasifican en géneros y familias, tales como los mágicos, hechiceros, brujas y alquimistas, y aun hoy es el día en que se presentan, si bien con escaso resultado, a mas de las antiguas sectas, otras nuevas especies de iluminados, que ya con buena, ya con mala fe, evocan espíritus y conversan con ellos amigablemente.

De ordinario han servido de pretexto en las diferentes épocas a el nacimiento de los diversos géneros de iluministas, algunas leyes mal estudiadas de la naturaleza. En efecto. Cuánto debieron sorprender a los hombres ignorantes los primeros fenómenos eléctricos! y hoy dan pábulo a las elucubraciones de algunos necios o mal intencionados los hechos todavía poco conocidos y no clasificados que revelan la indudable existencia del magnetismo animal de que Mesmer fué el primero que se ocupó seriamente.

Fausto, habia agotado su vida en el estudio, desesperado de ver que no encontraba en él la verdadera satisfacción de su naturaleza; pero por una parte su inteligencia no alcanzaba la solución de los grandes problemas, descubriendo delante de sí un inmenso horizonte cubierto de las nubes de la ignorancia; y por otra sentia un deseo irresistible de obrar, de poner en ejercicio su infinita actividad, y no teniendo medios para hacerlo, determina poner fin a su existencia, que es para él un tormento, supuesto que no puede alcanzar su propósito: el rumor de las campanas y de los cánticos sagrados, le apartan del suicidio, no porque renazcan en él las creencias religiosas, sino porque evocan en su espíritu el recuerdo de los días alegres de la bulliciosa e inocente infancia; la vida sigue siendo, sin embargo, para él insostenible carga, y cuando, acompañado de Wagner se dirige al campo atravesando la ciudad en medio de los saludos respetuosos de un pueblo, que le admira al día siguiente de su criminal tentativa, solo imágenes de dolor se presentan a su alma contemplando el animado espectáculo que se ofrece a sus ojos: un lebral misterioso, negro como la noche, le sigue de vuelta a su morada, donde presa de las tempestades de su alma, busca refugio en las divinas escrituras; pero su sentido no se revela mas que en aquellos que cuentan con el auxilio de la gracia; a los que llegan con fe a beber en sus manantiales de vida, y el doctor es víctima de la inexorable duda; por eso abandona su empresa y quiere evocar por medio de conjuros misteriosos las fuerzas sobrenaturales, el espíritu de las tinieblas; al poder de sus palabras aparece Mefistofeles, que al cabo arranca a Fausto un pacto firmado con su sangre, en virtud del cual, le pertenecerá su espíritu a condición de que satisfaga sus inmensos deseos: la ciencia no cumplió este fin, y se propone alcanzarlo en el revuelto mar de la existencia: Mefistofeles quiere dar una muestra de su radical escepticismo antes de emprender su larga y fantástica peregrinación, y a este propósito, envuelto en la toga del doctor, recibe a un estudiante que pretende asistir a sus explicaciones, y que le da con sus candidas preguntas ocasion cumplida para presentarnos los principales ramos del saber bajo el dominio de la mas insoluble duda.

Despedido el inocente escolar, emprenden por sendas inescrutables su camino y llegan a la taberna Auerbach, en Leipzig; pero esta faz de la vida no podia satisfacer el elevado espíritu de Fausto, y al momento salen de aquella mansion del mas inmundo de los vicios, buscando mas nobles y profundas impresiones: ninguna pasión es poderosa a agitar un noble pecho como el amor; mas para gustar sus inefables dichas y sus punzantes dolores, es necesario hallarse todavía en la primavera de la vida, y el doctor ha encañecido sin experimentar esas dulces agonías en la meditación y el estudio; menester es que antes de encontrar a Margarita, recobre su juventud perdida, cosa facilísima contando con el omnipotente auxilio de Mefistofeles, que le lleva para este fin al antro de una hechicera encargada de confeccionar el elixir cuya virtud misteriosa habia de devolverle sus perdidas fuerzas y las formas elegantes y artísticas de la adolescencia.

Apenas apurado el prodigioso filtro, siente Fausto brotar en su pecho el fuego del amor: encuentra a Margarita en una calle y queda prendado de su belleza y de su modestia, arde en deseos de poseerla, y su astuto compañero dispone las cosas de modo que a poco tiene con ella una entrevista en el jardín de Marta; estas escenas, así como todo el desarrollo de la pasión, que une por un instante aquellas dos almas, están magistralmente tratadas por Goethe y respiran tal melancolía y exquisita sensibilidad, que mas bien parecen escritas por Schiller. En efecto, Gretchen es de la familia de las Miller. El amor llega hasta sus últimas consecuencias, no era necesaria en esta ocasion la intervención de Mefistofeles, ni el cebo de los magníficos presentes, sobra con la fuerza del sentimiento para llegar al punto a que llegó aquella historia. Si Fausto se hubiera encontrado satisfecho con su dicha, aquí hubiese concluido el poema, y los días del héroe se deslizarían tranquilos en el seno de la familia y al amor pacífico del hogar; pero aquel espíritu no podia satisfacerse en el reposo, y la aventura de Margarita no era mas que un episodio de su vida futura; por eso la joven tuvo que llorar su perdi-

cion y sus crímenes, conquistando á vueltas de leves momentos de ventura indecibles y duraderos tormentos. La plegaria que entona á la Virgen dolorosa, es el eco de su afliccion y de su arrepentimiento.

Vuelve á mi tus dulces ojos
piadosa Virgen María
y contempla la agonía
de mi triste corazón.
Del Gólgota en la alta cumbre
con el pecho trasapado
ves á Jesús adorado
espír en su dolor.....

Tus ojos buscan el cielo,
exhalando gemido,
con acento dolorido
llamas al padre inmortal.....

Reina de los serafines,
si en el seno de tu gloria
guardas del dolor memoria,
apiadete mi penar.

¿Quién comprenderá la angustia
que despedaza mi seno
de temor y angustia lleno
sino tú, madre de amor?

A todas partes me sigue
esta insufrible agonía,
lloro, y lloro cada día.....
Se me parte el corazón!
¡Ah! mis lágrimas regaban
los tientos de mi ventana
al cojer esta mañana
esas flores para tí.

Y antes que en el aposento
entrarse la luz dorada
yo en mi lecho desvelaba
harta estaba de gemir.

Madre de Dios, virgen pura,
cambia mi angustiada suerte,
de la afrenta y de la muerte
libre me tu intercesion.

Vuelve á mi tus dulces ojos,
piadosa Virgen María,
y contempla la agonía
de mi triste corazón.

Pero tarde reconoce su error la inocente jóven: su pasión la condujo ya á permitir un crimen; su tierna madre, que velaba por su inocencia, murió envenenada por Enrique, y Valentín su hermano caerá al golpe de su homicida acero; el dolor de Margarita se convierte en delirio, los remordimientos llegan á enloquecerla. Para expresar estos sentimientos profundos y terribles, escribe Goethe la horrenda escena de la catedral que es digna de la pluma de Shakespeare.

Por satisfacer á Fausto, dispone Mefistófeles una aventura maravillosa; la impresion causada por el amor en aquel corazón debió ser tan profunda, que en vano se buscaría en la tierra cosa capaz de borrarla; el tiempo solo sería poderoso á alcanzar en alguna manera este fin; por eso el maligno espíritu apela á medios extraordinarios y determina llevarlo á la fantástica gira que celebran los brujos en el Broken; renunciarnos á describir los prodigios que allí pasan, refiriéndonos á los siguientes fragmentos que darán aproximada idea del magnífico espectáculo.

La noche de Walpurgis.

EL HARZ.

Montañas de Schirk y Eland.

En la esfera de los vértigos,
en la region de las nieblas
entramos... mas las tinieblas
cruza un trémulo fulgor.....

Gloria á tí si nos conduces
á través de estos portentos,
espíritu que los vientos
surcas con dulce esplendor.

Chocan las peladas rocas,
desgáñanse con estruendo
al hondo valle cayendo,
do llevan muerte y horror.

En las sombras de la noche
los árboles se confunden,
sus altas copas se hunden
en abismo aterrador.

Oigo entre huecos peñascos
filtrarse pura corriente
murmurando blandamente
sus cristales al torcer.

Y leves brisas que espiran
causando vagos ruidos
al acariciar las flores,
los árboles al mecer.

Es un murmullo de cantos
y de voces armoniosas?
Son las quejas dolorosas
de un amante corazón?.....

Como un eco del pasado
dentro en mi pecho resuena
dejándome el alma llena
de indefinible emoción.

¡Ah! qué gritos lastimeros
el gato, el buho medroso
despiertan y pavoroso
se oye el agudo graznar.

Su enorme vientre y sus patas
las gigantescas arañas
entre musgos y cizañas
arrastrando torpes van.

Los arbustos y raices
se enroscan como serpientes;
entre arenales hirvientes
veo sus ramas estender:

Como gigantescos pólipos
forman apretados lazos
con sus infatuos brazos
para al incauto prender.

Y las ratas en cuadrillas,
las garduñas, los turones
y los traviesos ratones
pintados de rojo y gris,

Andan saltando á millares
entre la fresca verdura
celebrando en noche oscura
su bullicioso festín.

Como vívidos destellos
de esmeraldas transparentes,
las moscas incandescentes
en numeroso tropel,

Cruzan zumbando los aires
describiendo caprichosos
círculos que luminosos
en las tinieblas se ven.

¿Aquí permaneceremos
ó hacia la altura avanzamos?
Aguja, aguja, corramos
que comienzan á rodar,

Arboles y enormes rocas,
silvan los vientos furiosos
y fuegos fatuos medrosos
se ven las nieblas cruzar.

.....
.....
.....

LAS BRUJAS EN CORO.
Al Broken van las brujas,
verde está el grano,
mas la paja tan seca
como en verano.

Y en la alta cresta
causando horrible estrago
Urian que truenan.

Todos á sus caprichos
allí se entregan
uno en pie, otro sentado
y otros se acuestan.

¡Grande es mi gloria

si el cabron me prefiere
y soy su esposa!

UNA VOZ.
En un un cerdo cabalgando
viene á nosotros derecha
la decana de las brujas,
Bautó la taimada vieja.

CORO.
Honor á quien lo merece!
Inclinémonos ante ella!
A horcajadas en un puercito
viene aleutando ligera
á toda la cofradía
de brujos y de hechiceras.

UNA VOZ.
Dime, ¿qué camino tomas?

OTRA VOZ.
Sigo por esta vereda
hacia Jiserstein do diviso
en el hueco de una peña
unos ojos que me encantan;
¡adue llegue á mi ginetá!

Mas ay! que me despedaza,

UNA VOZ.
¿Porque corres, torpe vieja?

OTRA VOZ.
Porque me muerde y araña
mira su zarpa sangrienta.

LAS BRUJAS EN CORO.
Adelante, que el camino
es áspero; ¡qué tormenta!
¡qué zambra! la horquilla aguija,
la escoba se desconcierta,
puja el chiquillo y su madre.....

LOS BRUJOS.
Nuestro paso se amaja
al del tardo caracol,
el enjambre de hechiceras
pasa raudo, y á los brujos
atras, muy atras nos deja:
cuando se trata del mal,
cuando el diablo las enreda,
las mugeres largo espacio
nos llevan de delantera.

LAS BRUJAS.
Es inmensa la distancia,
y la muger al mal vuela;
pero de un salto los hombres
á su alcance ansiosos llegan.

UNA VOZ DE LO ALTO.
Venid, venid compañeros,
dejad ese mar de piedras.

VOZ DE ABAJO.
Anhelosos os seguimos
á la esplendente eminencia.
Ay! del abismo en el fondo
se consumen nuestras fuerzas,
agitándonos en vano
por llegar á la alta cresta.

CORO.
El huracan se apacigua,
huye la trémula estrella,
la luna entre pardas nubes
su pálido disco vela,
con alegre corazón
la desenvuelta hechicera
se abalanza en noche oscura
y en el seno de las nieblas
arroja brillantes chispas,
que medrosa luz destellan.

VOZ DE ABAJO.
Deteneos!

VOZ DE LO ALTO.
¿Quién me llama?

VOZ DE ABAJO.
Ah! Llevadme con vosotros,
tres siglos de eterna pena
hace, que en vano procuro
llegar á la altura inmensa.
Ay! por piedad ayudadme
á llegar á la alta cresta.
Qué grande será mi dicha
si reposo al cabo en ella!

CORO.
No hay viergo, palo ni escoba

que no traiga una hechicera,
el que hoy al monte no suba
por siempre abajo se queda.

VOZ DE LO BAJO.
Qué lejos están los otros!
En vano agoto mis fuerzas
y para ganar la cumbre
en valde sufro estas penas.

CORO DE BRUJAS.
De cierto frasco el unguento
anima á las hechiceras;
un dornajo es nuestro buque,

y una rodilla es su vela
adelante compañeras
adelante compañeros
que el brujo que hoy no volare,
cierto en su vida no vuela.

LOS DOS COROS.
Adelante compañeros
y al llegar á la alta cresta
estendeos á lo lejos
y que pueblen las tinieblas
bulliciosos escuadrones
de brujos y de hechiceras.

Como antes indicábamos, esta tradicion de las brujas es tambien vulgar entre nosotros y conviene maravillosamente la relacion que de las fiestas celebradas por los de la seta, se publicó con ocasion de un auto de fe, que tuvo lugar en Logroño, y que anotó con chispeante ingenio Moratin; lo que de estas gentes dice Cervantes en el coloquio de los perros; y lo que pasa en las escabrosas cimas del Harz.

Las doradas bodas de Oberon y de Titania forman un intermedio que ninguna relacion tiene con la accion que viene desarrollándose; es un desahogo del genio esencialmente epigramático de Goethe: en él aparecen los representantes de las diversas escuelas artísticas y filosóficas de la época, y cada cual expresa sus opiniones exageradas hasta el ridiculo; este fragmento es una fantasia compuesta de variados y caprichosos temas, hecha á la manera de las sinfonías de Beethoven, y que no tiene cosa que se le parezca en el arte de la poesia.

El terrible espectáculo del Harz solo hace olvidar un momento á Fausto la historia de sus amores, quiere socorrer á Margarita y para ello atraviesa el espacio cabalgando en los fantásticos corceles que Mefistófeles pone á disposicion suya; Gretchen gime en una prision acusada de un horrible delito: para evitar su ignominia arrojó á la limpia corriente del rio el fruto de su ilegítimo amor: es la noche que antecede al día de su ejecucion que debia ser el de sus bodas; el doctor quiere salvarla á toda costa: la infeliz, que ha perdido la razon en fuerza de sus penas, vacila un punto, pero su instinto la dice que debe sufrir el castigo para espír sus crímenes; ya el alba empieza á dorar la cima de los montes vecinos, y Mefistófeles viene á advertirles los peligros que corren; Margarita con esa lucidez, que alcanzan los que están cerca de la muerte, reconoce en él al genio del mal, invoca á la Virgen, pide socorro á las falanges angélicas para que la protejan y rehusa decididamente seguirle; entonces dice Mefistófeles *está juzgada*, y una voz responde de lo alto: *está salvada*; el demonio arrastra en pos de sí al doctor; Gretchen le llama como avisándole los peligros que le esperan, y se oye su voz que se pierde en el espacio gritándole *Enrique! Enrique!*

Aquí termina la primera parte de la titánica obra de Goethe; todavia no descubrimos los inmensos horizontes que se abrirán luego á nuestras atónicas miradas: lo que hasta ahora hemos contemplado es una de las muchas románticas leyendas que han salido de la pluma de los vates de los tiempos medios y modernos: no se necesita gran erudicion para encontrar muchas obras análogas; revelémos si en ella las cualidades que distinguen al poeta, sobre todas, su brillantísima y tal vez desordenada imaginacion, y al decir de las personas versadas en la lengua alemana, el estilo está manejado en esta como en todas sus obras magistralmente: en el siguiente ó siguientes artículos haremos una reseña de las partes segunda y tercera, tan breve como requiere la índole de este trabajo.

ANTONIO MARIA FABIÉ.

CAUSAS DE LA ESPULSION DE LOS MORISCOS,

POR D. FLORENCIO JANER.

(Continuacion.)

II.

Hallábanse en los primeros años del siglo XVII de tal manera infestadas de corsarios nuestras costas del Mediterráneo, que el terror de las poblaciones marítimas no menguaba, ni colocando crecida guarnicion en las fortalezas, ni velando á todas horas las playas que les servian de desembarco, ni empleando en perseguirlos ó en rechazarlos las galeras de la real armada. Necesario era, para dar algun desahogo á las naves mercantes y facilitar el comercio, que salieran de nuestras ciudades formales expediciones contra las madrigueras de aquellos piratas. Solo así podian castigarse las insolencias de los corsarios, ó cuando algun navio mayor que sus fustas y galeras, hallándose en alta mar, sabia dar buena cuenta de sus desalmados tripulantes, regresando á las poblaciones cristianas con el pirata á remolque, y arrastrando por sobre las ondas sus vencidas flámulas y destronados gallardetes (1). Sin embargo, ni en el siglo anterior pudo lograrse el exterminio de semejantes enemigos, por mas que, reunidas las fuerzas de la cristiandad contra el turco, ganasen en 1571 la famosa batalla de Lepanto (2), ni en el siglo XVII, á pesar de unir sus fuerzas diferentes naciones marítimas para castigar su osadía, se alcanzaba otro fruto que la pérdida de hombres y de caudales.

Únicamente pudo escarmentarse algun tanto á los corsarios turcos y berberiscos cuando, en paz España con Francia, Inglaterra y las Provincias-Unidas de Flandes, por los tratados de Vernins (3) y de Londres (4), y la tregua ajustada en abril de 1609, podian regresar al Mediterráneo parte de las fuerzas de las escuadras que habian mantenido denodadamente la guerra contra aquellas orgullosas potencias. Mas ni las expediciones de los marqueses de Santa Cruz y de Villafranca, llevadas á cabo en 1603 y en 1605, ni la que emprendió D. Luis Fajardo en 1609, llegando hasta la Goleta y desbaratando una poderosa armada anclada en aquel puerto, daban otro resultado que renombre al pabellon español y riquísimo botín á nuestros soldados y marinos; pues, por lo demas, continuaron infestadas las costas de piratas turcos y africanos, siendo en verdad doloroso el que la raza de nuevos cristianos que sustentaba nuestro suelo escitase y animara á aquellos enemigos para

(1) Son muchas las relaciones manuscritas é impresos que se conservan de aquellos tiempos sobre encuentros navales entre moros y cristianos.
(2) *Historia del combate naval de Lepanto*, por D. Cayetano Rosell.
(3) Ajustado con Francia.
(4) Ajustado con Inglaterra.

que corriesen las playas, talaran las campiñas, incendiaran los pueblos y pusieran en consternacion á todo el reino.

No pocas veces se habian sorprendido espías moriscos en inteligencia con los bajeles moros que sureaban las aguas de Valencia, de Murcia y de Cataluña; no pocas veces se habian interceptado cartas y avisos de unos á otros, ofreciéndoles su mediacion y auxilio para apoderarse de las principales ciudades y sujetar de nuevo la España al dominio del Islam. Tan grande saña y rencor abrigaban contra los cristianos, porque les obligaron á convertirse! De las ciudades interiores, no solo salian espías avisando la partida de viajeros ó de convoyes para que fuesen asaltados en alta mar ó sorprendidos en las costas, sino que partian embajadas á los gobiernos de Tunes y de Argel, y hasta llegó el caso en que un morisco de Córdoba se presentó al Gran Turco, facilitando la empresa de apoderarse de España, asegurándole que encontraría en ella quinientos mil moros, tan mahometanos como sus vasallos, que le esperaban todos para aclamarle por rey y señor (1).

Ya hemos visto en los capitulos anteriores cuánta era la insolencia de los moriscos y de los corsarios durante los reinados del emperador Carlos V y de su hijo Felipe II: insolencia que no menguaba por cierto al empuñar el cetro el tercero de los Felipes, sino que, al contrario, subia de punto, cometiendo mas á menudo sus piraterías y venganzas, y estendiendo el terror de su nombre hasta el interior de Aragon y el corazón de Andalucía. Espionajes y avisos, tratos y solapados conciertos, asaltos y sorpresas, robos y degüellos; tales eran los desmanes á que de continuo y con furor inaudito se entregaban los moriscos, al comenzar el siglo XVII, exasperados con los esfuerzos que el clero hacia para adoctrinarlos en nuestra santa fé, á instancias del arzobispo D. Juan de Ribera, patriarca de Antioquia.

Y en verdad que, diseminados, como dice un escritor, en mas ó menos número por casi todas las comarcas de la península, y mas desde la espulsion de los de Granada, «ni habian dejado de ser blanco de la enemiga de los cristianos mas exaltados y ardientes, ni ellos habian renunciado con sinceridad, al menos en gran parte, á sus antiguas prácticas y supersticiones, ni los medios que se habian empleado para convertirlos á la fé y refundirlos en el pueblo católico habian sido los mas acertados. Ni dejaba de imputárseles, con mas ó menos fundamento, delitos privados y conjuraciones políticas, ni habia faltado nunca alguno que aconsejara y propusiera á los reyes su espulsion definitiva y total.» El patriarca de Antioquia, sin embargo, consagróse con ardor y extraordinario celo á la conversion de los moriscos, que solo eran cristianos en el nombre, y enviando de nuevo á todos los pueblos de su arzobispado eclesiásticos que predicaran; alcanzando nuevos edictos de gracia; escitando á los obispos sufragáneos á que secundaran sus esfuerzos; dotando las misiones; fundando seminarios y escuelas, creia lograr mayor fruto del que hasta allí habian alcanzado los preladados sus antecesores. Mas la impaciencia de este piadoso varon no permitió que las semillas de su santo celo llegasen á germinar en los moriscos. Apenas acababa de dotar un colegio para las cristianas nuevas, cuando en 1602 elevó una memoria al rey, decidiéndose á reclamar como necesidad la espulsion de la raza conversa (2).

Manifestaba á Felipe el arzobispo de Valencia que todos los moriscos eran apóstatas; que se correspondian los de unos reinos con otros, y todos con los turcos, con los berberiscos y con los demas enemigos de España; que con dolor bautizaban los sacerdotes á sus hijos, sabiendo que se tornarian en seguida mahometanos; que cada día eran profanados los santos sacramentos, y desaparecian robados del pais hombres y mujeres, siendo mas sensible que los niños arrebatados por los corsarios aumentarian en Africa el número de los infieles; que las conspiraciones contra el Estado eran continuas y de diversos géneros; que la ruina de España estaba cercana, como en tiempo del rey D. Rodrigo; que los descalabros, en fin, sufridos en el anterior reinado por la *armada Invencible* y en la empresa de Argel eran sucesos providenciales para enseñar á nuestros monarcas que debian emplear sus armas contra los moros del reino antes que con los hereges de fuera (3). Satisfechos de su celo por la religion, contestaban al patriarca el rey, el duque de Lerma y Fr. Gaspar de Córdoba, confesor de S. M., en términos generales, sin acceder á sus deseos ni tomar por entonces providencia alguna contra los moriscos. Pero lo que habia dicho el patriarca, acaso sin fundado conocimiento, era verdad: los moriscos conspiraban; y fuese que ellos mismos promoviesen los desasosiegos, fuese que emisarios turcos y berberiscos, y aun religiosos franceses calvinistas recorriesen los lugares, enardeciesen su espíritu nacional ó alarmasen sus conciencias y sembrasen discordias, ó lo que es mas seguro, unas y otras causas juntas, lo cierto es que se encontraban depósitos de armas, susurrábanse próximos levantamientos en Valencia y en Andalucía, y pagando estos delitos con la muerte, acrecentábase la rabia de los conversos, y atemorizábase el corazón de los cristianos en vista de nuevas rebeliones y desgracias. Segun los pormenores que nos presentan varios historiadores (4), tramábanse planes formales de conspiracion entre los moriscos valencianos y los franceses de Bearne y del Rosellon, ofreciéndose aun alguno á favorecer con semejantes medios las miras hostiles de la reina de Inglaterra.

No tardaba en ser dirigida de nuevo á Felipe III, por el infatigable arzobispo de Valencia, una segunda Memoria mas fuerte todavia que la primera. Sacando esta vez sus argumentos de la riqueza, de la sobriedad y de la economia y laboriosidad de los moriscos, recordaba al monarca la obligacion sagrada que tenia de exterminar los infieles; demostraba las funestas consecuencias de la templanza de su padre y de su abuelo, que en balde lograron convertirlos, y proponia, en fin, la espulsion como único medio humano para limpiar el reino de la raza conversa.

La idea de exterminio y matanza de tantos millares de hombres le horrorizaba, y se adelantaba á responder á las dificultades que pudieran ocurrirse. Mas no deja de ser extraño uno de los cargos que fulminaba el reverendo patriarca contra los moriscos, ponderando los daños temporales que causaban con su tráfico y comercio á los cristianos viejos, menos laboriosos é industriosos que ellos. Siendo, decia, codiciosos de dinero y amigos de guardarlo, y dedicándose á los oficios y artes mas apropósito para adquirirlo, venían á ser la *esponja* de la riqueza.

(1) COLECCION DIPLOMATICA.

(2) *Instancias para la espulsion de los moriscos*, por D. Juan de Ribera. Barcelona: 1612.

(3) Ademas de las *Instancias* del mismo arzobispo Ribera, impresas en Barcelona en 1612, y ya raras, pueden verse: *Vida de D. Juan de Ribera*, por Escribá; *Memorable espulsion*, por Guadalupe y Javier; *Historia de Valencia*, por Escolano.

(4) Véase la COLECCION DIPLOMATICA, en el año 1600 los moriscos de Valencia no llevaban trato alguno con Francia, pero si en 1602, segun puede verse en los siguientes libros: *Expulsion*, por Guadalupe; *Expulsion*, por Damian Fonseca; *Crónica de los moros*, por Bledar; *Expulsion justificada*, por Aznar Cardona; *Decadas*, por Escolano; *Memorias del duque de la Torre: Historia de Felipe III*, por Watson; *Historia de los tratados de paz*, por Koch.

za de España, resultando de aquí que aunque habitasen generalmente en lugares pequeños, frágiles ó estériles, pagando á sus señores el tercio de los frutos, y estando cargados de fardos ó tributos, todavía eran mas ricos, mientras los cristianos, que cultivaban las tierras mas fértiles, se hallaban en mayor pobreza (1). «En efecto, dice un historiador, dedicados los moriscos al ejercicio de la agricultura, del comercio, de los oficios mecánicos y de las artes útiles, de que habían llegado á hacerse casi los dueños; económicos, sobrios y frugales, si se quiere, hasta rayar en avaricia y en miseria; sin lujo en las casas ni en los vestidos, á pesar de los enormes impuestos con que estaban gravados, habían ido acaparando el dinero y adquirido un bienestar que aventajaba en mucho al de los españoles ó cristianos viejos, menos laboriosos y mas pródigos que ellos. No admitido entre ellos el celibato; no entrando en conventos; casándose todos bastante jóvenes; no diezmando sus hombros las guerras, á las cuales no eran llamados; no emigrando al Nuevo Mundo, y viviendo tan sobriamente como hermanos dicho, aun en medio de la proscripción y de las dispersiones se habían ido multiplicando de una manera prodigiosa. Hé aquí una de las cosas que, aparte del principio religioso, influían mas en la animadversión con que los moriscos eran mirados por la población cristiana (2).»

Mas los nobles y los señores valencianos que tenían vasallos moriscos, de que sacaban grandísimo provecho por las cuantiosas sumas que como á colonos les pagaban, no pudieron ver indiferentes las excitaciones del arzobispo de aquel reino para que fuesen estos expulsados; y cuando apareció la segunda memoria respondieron con otra en que, con expresiones claras y terminantes, negaban las conjuraciones imputadas á aquella raza; suponíanlas inventadas por los monjes desde sus claustros; pedían de ellas pruebas jurídicas, señalando como causa de ignorancia en la fé la mala instrucción que recibían, y marcaban como clave principal de la ojeriza entre cristianos nuevos y viejos la odiosa distinción que se establecía con estos nombres. Y, sin embargo, los moriscos, á quien especialmente patrocinaban los nobles y barones, continuaban sus intrigas é inteligencias con los franceses, que, descubiertas por uno de los conspiradores á Fr. Jaime Bleda (3), produjeron la prisión, sentencia y ejecución de Pascual de Santisteban, Martín de Iriando, Fernando de Echarrin, Pedro de San Julian, Miguel Alamin y Pedro Cortés, principales autores y cómplices (4). No podía ya dudarse del peligro con que de continuo estaban amenazados los españoles ó cristianos viejos, colocando al reino en ocasión de perderse; y, sin embargo, aunque los moriscos de Valencia comunicaron tambien su desasosiego á los de Cataluña, Aragón y Castilla, renovando sus tratos con turcos y berberiscos, amenazando las costas, asesinando á los viandantes, injuriando á los sacerdotes y poniendo en consternación á los pueblos, no opinaban todos los prelados por la expulsión ni por el exterminio de la raza morisca. El obispo de Segorbe, D. Feliciano de Figueroa, entre otros, aconsejaba aun la instrucción evangélica y la tolerancia en vez de adoptar medidas duras y de fatales consecuencias para el comercio y la agricultura de España.

Pensaban, pues, varios prelados como los nobles, si bien no movidos por el interés que á estos obligaba con la utilidad que obtenían de sus colonos; y unos y otros escribieron al rey y al pontífice para que, antes de decretarse la expulsión de millares de familias útiles y productoras, se tratase con toda gravedad tan importante negocio. Acedía el papa Paulo V á las solicitudes de nobles y de prelados, despachando en 1606 un breve al arzobispo de Valencia para que llamara á los obispos de Orihuela, Tortosa y Segorbe, y, en union con ellos y otros eclesiásticos ilustrados, escogitasen los medios mas suaves de instruir con fruto á los moriscos y convertirlos definitivamente á la religion católica (5). Congregóse, en su vista, una junta, compuesta de los prelados, del virey de Valencia, que era el marqués de Caracena, de nueve teólogos, tres seglares y seis regulares, y de un secretario (6). Diversos fueron los puntos que se discutieron en esta junta, algunos que ya habían sido examinados en años anteriores, á saber: si los cristianos nuevos (7) eran notoriamente herejes ó apóstatas; si se podía bautizar en conciencia á sus hijos, dejándolos en poder de sus padres; si se podría obligarles á confesar y recibir los demas sacramentos; si, en fin, podría dejárselos la libertad de declarar sus dudas en materia de fé, sin que ellos incurriesen en pena ni los que los oyesen en obligación de acusarlos. Detenidos fueron los debates que duraron tanto como las sesiones, hasta marzo de 1609, y en el intermedio, recelosos los moriscos, reanudaron los tratos con los enemigos externos de España. Colmóse la medida de sus excesos; y trasluciendo las resoluciones de la junta de Valencia, levantóse un clamoreo general de los pueblos acusando de su miseria y malestar á los cristianos nuevos, pidiendo en memoriales y cartas su expulsión, pronosticando al rey guerras, llantos y peligros por todas partes si no acordaba pronto semejante medida. Las plagas de grullas, los cometas, los temblores de tierra, los siniestros resplandores, los rayos y centellas, las tempestades que por aquellos años atormentaron á los españoles, aunque proviniese todo de causas naturales, todo era en suma atribuido á las maldades de los moriscos y considerado por el vulgo (8) como señales inequívocas de la ira del cielo, por tolerar aquella raza en nuestros dominios. Don Gomez Dávila de las Ruelas, caballero toledano, presentó tambien al rey largo discurso lleno de advertencias, pidiendo la expulsión de los que llamaban *tornadizos*, en término denigrante. Don Manuel Ponce de Leon elevaba igualmente á S. M., aunque en sentido contrario, un notable dictamen sobre esta materia, (9) si bien otras muchas personas particulares se dirigían al rey anhelando la expulsión, de antiguo solicitada.

Entre tanto los moriscos, sospechando lo que se trataba, reuníanse en conciliábulo; echaban suertes los mas fanáticos de ridiculas maneras para saber si ganarian ó no en sus intentos; (10) juntábanse y discurrían de unos en otros lugares, siguiendo mas á sus anchas en los usos muzlimicos, pues que los cristianos viejos ya no cuidaban de ellos sino para perseguirlos y atormentarlos. Y como sus temores eran conocidos, veíanse tambien mas vigilados por la Inquisición y la justicia ordinaria, que acaso por leves motivos los encarcelaba ó amar-

raba á los bancos de las reales galeras. Por semejantes causas se hicieron algunos castigos en 1608, y entonces emigraron aterrorizadas diversas familias de la raza conversa, que prefirieron comer el pan de la esclavitud en otros países. Los moriscos mas acaudalados de Ubeda, Baeza y Villa de Quesada se trasladaron con tiempo á Francia con sus hijos y mujeres, despues de haber vendido todas sus haciendas á bajos precios.

Hallábanse así las cosas, cuando los recuerdos de la junta de Valencia, con muchos memoriales, respuestas y capitulos que en ella se habían examinado, fueron remitidos á la suprema, congregada en Madrid para tratar de la misma materia; y en ella comenzaron á escogitarse por la milésima vez los medios mas á propósito para instruir á los cristianos nuevos ó reconocer la necesidad de expulsarlos. Mas si la sabiduría, como dice Sully, pudiese descender á la tierra, mas bien se encontraría depositada en un hombre solo que no en el seno de una asamblea numerosa; (1) y hé aquí por qué surgían no pocos pareceres distintos y dificultades para tomar determinación acertada en tan grave negocio. Tan diferentes como sus intereses eran las inclinaciones de los ministros. Teniendo unos por vasallos gran número de moriscos, defendían su conservación, alegando que no tenían cuento los millares de cristianos nuevos que emigraban en América; el temor de que se convirtiesen las mas de las tierras en eriales por falta de labradores, sobre todo en Aragón, en Valencia y en Andalucía; que las artes y las industrias desaparecerían todas con ellos, porque eran los únicos que las ejercían. Fijando otros la atención en el verdadero interés del reino, aseguraban que los españoles reemplazarían perfectamente á los moros en estas ocupaciones, mucho mas si no tenían quien lo hiciera, y que era preferible cien veces contemplar terrenos baldíos que mantener dentro del Estado infatigables conspiradores que podían levantar ejércitos y facilitar la invasión á los principes enemigos.

Un suceso inesperado aceleró la expulsión de la raza morisca. Sentado como principio indudable que los conversos eran enemigos irreconciliables del Cristianismo, é imprudencia abrigar en el reino infieles que le perdían, la junta de Madrid habria aconsejado, á no dudarlo, la expulsión de la morisma, cuando, alarmado el duque de Lerma, gran favorito de Felipe III, con nuevas confidencias de conspiraciones y de próximos desembarcos de gente armada, resolvió por sí solo la expulsión, proponiéndola al monarca. Este accedió con su habitual debilidad al consejo del ministro y pronta y sigilosamente se dieron oportunas órdenes para realizar tan delicado proyecto. En balde el estamento militar de Valencia, penetrando los intentos de la corte, despachaba sentida embajada á los piés del rey exponiendo los males que padecería el reino con la violenta medida de expulsión; la pobreza en que iban á quedar iglesias y monasterios, no menos que barones y caballeros, sostenidos con los censos de los moriscos (2); las pérdidas no despreciables de la hacienda real, y las consecuencias de exasperar á un pueblo indomable que ya habia dado muestras de anhelar el recobro de su independencia (3). Pero habia sonado ya la hora en que debía constituirse por completo en España la unidad religiosa, despues de ya lograda la política cien años antes; y era llegado el momento de providencial expiación, en que los descendientes de aquellos españoles arrojados de su patria en el siglo VIII por la raza árabe que inundó la península, arrojaban sobre las playas del Africa vecina al pueblo sarraceno, tan grande en los tiempos de su fortuna como envilecido en los dias de su desgracia.

FLORENCIO JANER.

(Continuación.)

RECEPCIONES ACADÉMICAS.

REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

I.

Siñ contarme en el número de los que consideran á los cuerpos académicos como focos sagrados de ciencia, sin juzgar á estas corporaciones como faros y guías para el adelantamiento de la cultura intelectual de los pueblos, considero sin embargo á las academias de nuestra patria como instituciones benéficas y dignas de aplauso, porque donde la ciencia calla, permanece silenciosa y vegeta con muy escasa vida, despiden alguna vez que otra vivísimos fulgores que acuerdan á los menos los deberes que la ciencia impone y despiertan en los mas ideas y aficiones. Tambien sé que en la culta Alemania y aun en la vecina Francia, la ciencia se ha desenvuelto fuera del recinto consagrado; pero no desconozco que donde esta ciencia libre no existe, la educación intelectual debe recibir impulso y dirección de los cuerpos académicos. Mas de un ejemplo de esta verdad pudiera citarse recorriendo la historia de los trabajos de nuestras academias en el pasado siglo y en los lustros trascurridos de la presente centuria, pero bastará como demostración citar las últimas recepciones y entre ellas la del Sr. Amador de los Rios en la Real Academia de San Fernando, y la de D. Pedro Felipe Monlau en la Real Academia Española. Contadas estas recepciones viene tambien al recuerdo el discurso del ilustrado crítico D. Manuel Cañete, y las notables páginas que en contestación al del señor Tamayo y Baus, escribió la docta y elegantísima pluma del Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe siendo muy de lamentar que el aplaudido poeta dramático al cual contestaba el colector del gran Quevedo, no hubiera elegido para su discurso un tema mas sencillo, de menor elevación filosófica y cuyo enlace y trabazon con las altas cuestiones de la ciencia, no constituyera como en el escogitado por el Sr. Tamayo un problema difícilísimo, irresoluble para los que no se han consagrado al estudio de una ciencia que desde los dias de Baumgarte, Kant, Schiller y Hegel, ha recibido nueva vida de manos de Krausse, Wischer y otros estéticos, maestros afamados hoy en Europa. Todas estas recepciones han despertado alguna vida en los círculos literarios, y esta agitación siempre es fecunda para el espíritu. Y si las recepciones académicas son en general estímulos poderosos, cuando los puntos dilucidados pertenecen á la historia española, el sentimiento patrio aguza los sentidos y con avidez se recojen las enseñanzas que desde el alto asiento de académicos se dan sobre el arte ó la historia de nuestra querida España. De arte español y lengua española escribieron los Sres. Amador de los Rios y Monlau en sus discursos y no causará por lo tanto estrañeza que con predilección me ocupe de los temas, asunto de sus disertaciones, atendiendo hoy al primero, y dejando el exámen del segundo para otro escrito.

- (1) «Si la sagesse descendait sur la terre, ce ne serait point dans le sein d'une nombreuse assemblée qu'on la trouverait, mais bien dans la tête d'un seul homme.»
- (2) Ascendían dichos censos á unos doce millones.
- (3) Lo peor que se esperaba de la expulsión era un levantamiento.

II.

Y no solo el asunto escogitado por el novel académico de la Real de S. Fernando acrecer la importancia de la recepción de que tratamos, sino que para los amantes del arte, es digno de aplauso, todo estudio crítico que verse sobre el espíritu artístico de nuestra patria. No es envidiable el cuadro general que ofrece hoy el arte contemporáneo, pero es mucho mas triste el estado de los estudios críticos. Así en letras como en bellas artes, dormían criterios mezquinos y vulgares, hijos de accidentes históricos contemporáneos, inspirados por afectos á instituciones históricas, ó á creencias y convicciones respetabilísimas, pero no basados en el estudio profundo y detenido del espíritu humano y de sus leyes constitutivas. Al criterio estrecho del siglo XVIII que tachaba de bárbaros los siglos medios, ha sucedido el *criterio-romántico* que adora la edad media y maltrata el arte antiguo, y condena el renacimiento; se subordina la creación artística á intereses fugaces de la vida contemporánea, se declama y perora contra el desaliento que mata la inspiración, se maldice y anatematiza la duda, el escepticismo y la incredulidad, pero todas estas elegias que se escriben sobre la losa del dogma artístico que murió, no bastan para crear la fé robusta, la inspiración ardiente que brota como los rayos del foco luminoso de una concepción sintética vestida de magestad y de hermosura, de la vida y de la ciencia contemporánea. De otra manera la crítica no saldrá de un círculo férreo y morirá entre interjecciones y admiraciones. Por fortuna el culto del arte cuenta en nuestra España con sacerdotes dignos: los escritos del elegantísimo poeta é ilustrado crítico D. Manuel Cañete, los del laborioso y erudito Sr. D. E. de Ochoa, á quien tanto deben las letras españolas, bastan para recordar á poetas y artistas los deberes que les impone el alto rango en que están colocados y la crítica histórica, uno de los ramos mas difíciles de la estética, ha encontrado en nuestro suelo en el docto académico de cuya recepción tratamos, un intérprete dignísimo, que á costa de largas meditaciones y de un estudio incansable, ha conseguido teger la serie de las ideas que constituyen la vida del arte español, ha logrado reconocer su unidad, en todos y cada uno de los períodos históricos, formando así el verdadero trasunto del pensamiento que sirvió de nervio y sangre á la raza española desde los gloriosos dias de la reconquista hasta el heroico alzamiento contra el invasor extranjero.

La Real Academia de San Fernando, despues del obstinado y reprehensible silencio al recibir en su seno al Sr. D. José Amador de los Rios, al autor de *Sevilla* y *Toledo pintorescas*, se ocupó en sesión pública de uno de los mas interesantes y oscuros puntos del arte español. Se propone el docto Decano de la Facultad de filosofía y letras, reconocer cuál es la influencia de la raza mudejar en la historia del arte español, y en verdad que al solo anuncio de este tema se comprende que su estudio debe procurarnos doctrina bastante para juzgar aquel período que se estiende desde la última mitad del siglo XIII hasta los últimos lustros del XV y para comprender cómo la riquísima herencia del arte árabe fué recojida y empleada por el genio artístico de la España cristiana.

No hay para qué decir que es el arte de un pueblo fidelísimo, reflejo de su vida, de sus creencias y costumbres, que es esta verdad muy conocida y trivial por lo probada, y que partiendo de esta sentencia y admitida la verdad histórica de que la raza mudejar fué guardada por el sabio rey D. Alfonso y desde entonces creció su importancia, debió esta raza dejar en el arte español señales de su vida y reflejos de su espíritu. Las letras, como nos indica el sabio académico, guardan en monumentos fijos en los siglos XIII y XIV, memoria del genio creador de los mudejares y no debía ser la arquitectura excepción del principio que guía las investigaciones en este linaje de estudios.

Desde los dias gloriosos en que el Santo rey, padre del rey Sabio, abrió á las lanzas castellanas los encantados paisajes de la oriental Andalucía, pudo el ingenio cristiano gozarse en la contemplación de los artificios del arte mahometano, y arastrado por sus encantos, reproducir en sus fábricas como recuerdos, aquellas gentilezas que exornaban los monumentos de la Arabia española. Y si esta fascinación no podía ser tanta que sobrepusese la fuerza de la creencia, los alharifes mudejares, vecinos y constructores en las ciudades castellanas, no sentían igual influencia y recordaron sus tradiciones al levantar suntuosas fábricas en las villas y ciudades cristianas. No vivía con su natural pureza y gallardía el arte mahometano en la fantasía de los alharifes mudejares, porque era muy diferente la civilización y la sociedad en que existían de aquellas que vieron el origen y crecimiento del arte mahometano; pero así como el artífice grava ocultamente su nombre al pie de joya preciada para que viva su memoria, así los alarifes consagraban un recuerdo á su pasada vida, trayendo á la nueva construcción memorias del arte por sus mayores engendrado. Y es tanto mas natural y lógico este carácter del arte castellano, cuanto que el estilo romano-bizantino no tenía en nuestra patria aquella potente originalidad que constituye la fuerza de un período artístico y le obliga á rechazar toda novedad é imitación de artes estrañas. Si Tióda, Viviano y Gino hasta el siglo X levantaron fábricas donde no existe huella ni reflejo del espíritu árabe, si en sus construcciones resalta el estilo romano-bizantino como inspirador, desde los últimos lustros del siglo XI y en todo el siglo XII cambia aquel carácter, notándose en los monumentos de aquella época como vacilación y duda. Respondan los arcos de herradura del pórtico de San Miguel de Escalada, la ermita de la Luz en Toledo, y el mismo San Millán de la Cogulla. Quizá estudiada con detención la arquitectura arábigo-hispana, nos ofrezca en estos siglos fenómeno semejante, gracias á la mútua influencia de ambos pueblos y de ambas civilizaciones.

Pero en el siglo XIII se determina con luz vivísima esta influencia, nace un nuevo estilo, debido, no ya á la vaga influencia que un arte pudo ejercer sobre el otro, sino á la presencia de la raza mudejar entre la grey cristiana. Menos ciego ya el odio contra los sectarios de Mahoma, segun nos dice el señor Caveda, y armados de evangélica tolerancia los monarcas de Castilla, como nos dice el nuevo Académico, la raza mudejar encontró en el suelo castellano protección y favor. Lucen en el siglo XIV bajo el turbulento reinado de D. Pedro, en el *Alcázar Sevillano* los alharifes del rey, sus ingenios, y en aquella restauración todos los elementos de la arquitectura arábigo-hispana se vieron reunidos. Levantan por los mismos dias sinagogas los martirizados hebreos, y vive tambien en estas fábricas el estilo mudejar, y Toledo queda poblada de otras maestras que atestiguan lo espuesto por el nuevo académico.

Con doctísima pluma y con una verdad y prolijo exámen peregrino entre nosotros, describe el Sr. Amador de los Rios el *palacio de los Ayala* en Toledo, el *alcázar* de nuestros reyes en Segovia, y el *palacio de los Mendoza* en Guadalajara. Nunca elogiaremos debidamente estas páginas del discurso del Sr. Amador de los Rios, y por mas que ensartemos a continuación los epítetos mas expresivos que cuenta nuestra lengua, no nos bastarían aquellos elogios para hacer comprender á nuestros lectores, como la suntuosidad del edificio se

(1) *Instancias*, por Ribera: discurso ó memoria 2.^a—Escribá, en su *Vida*, y otros ya citados.

(2) *Historia General de España*, por D. Modesto Lafuente.

(3) Autor coetáneo que nos ha dejado una relación de la expulsión y las obras tituladas *Corónica de los moros* y *Defensio Fidei in causa Morichorum*.

(4) *Memorable expulsion*, por Guadalajara: *Décadas*, por Escolano: *Corónica*, por Bleda.

(5) COLECCION DIPLOMÁTICA.

(6) Que fué el cronista é historiador de Valencia Gaspar Escolano.

(7) No se olvide nunca que eran designados así los moriscos.

(8) Y tambien por otras personas. Véanse los libros de la expulsión que refieren estos sucesos y se entretienen en narrar lo relativo á los célebres toques de la campana de Villia.

(9) COLECCION DIPLOMÁTICA.

(10) Véanse los libros particulares sobre la *Expulsion*.

refleja en el estilo, como su lujosa ornamentación encuéntrase descrita y apreciada, recibiendo nombre y adjetivo adecuado cada uno de los innumerables accidentes y de las numerosas galas con que el ingenio mudejar ornó aquellas notabilísimas fábricas. Sabíamos, porque así lo habían dicho *Toledo* y *Sevilla Pintorescas* y otros escritos, que era muy entendido y muy conocedor en nuestras artes el nuevo académico, sabíamos que era el ilustre escritor que había fundado entre nosotros la crítica artística; pero confesamos paladinamente que nuestras esperanzas no habían subido tan alto como hoy miramos el nombre del nuevo académico, gracias al discurso leído en su recepción en la Real Academia de S. Fernando.

Descritos aquellos celebrísimos momentos, nota con sumo acierto el ilustre académico como en el siglo XV, después de recorrer las huestes acaudilladas por los reyes Católicos las conquistadas plazas de Granada y de admirar las maravillas del Generalife y de la Alhambra, se refresca en la memoria de todos la tradición Mudejar; pero este renacimiento fué pronto ahogado por el edicto fulminado en 1492 contra la raza hebrea y por entregarse al sistema de proselitismo que tan amargos frutos había de producir para mudejares y cristianos viejos. Comienza entonces a fructificar en España la arquitectura italiana. Gaiña, Covarrubias y Berruguete culminaban en nuestro suelo los pastos de Brunelleschi y Bramante, pero el renacimiento encontró muy vivo aun el estilo mudejar y de este consorcio toma aliento el estilo plateresco, que recibe inspiración de ambas fuentes.

Este es el nuevo estilo historiado y definido por el señor Amador de los Ríos. Hijo de circunstancias propias de nuestra historia no tiene en la de Europa, rival ni semejante; nace con la evangélica tolerancia de nuestros reyes, muere con la inhumana persecución de hebreos y moriscos: hijo de genio árabe huye la forma humana y busca en la naturaleza vegetal los tipos de la ornamentación y si la robusta fé de nuestros antepasados lo mira con disgusto en las fábricas religiosas, luce sus galas y atavios con libérrima originalidad, en los palacios de próceres y magnates y en las fábricas civiles.

No dudo será tildado como quimérico ó imaginado el estilo mudejar entre los que conciben solo el islamismo y la fé cristiana, como dos corrientes contrarias y siempre con curso opuesto, sin que nunca se mezclaran ni confundiesen sus caudales; pero este punto de vista es erróneo y falso á todas luces. La historia en varias de sus inapalables páginas, nos dice cuantas veces las civilizaciones árabes y cristianas se penetraron mutuamente cediendo á las analogías de sus creencias ó á necesidades sentidas por ambos pueblos, y demuestra que el arte mudejar no es el arte árabe entre cristianos, porque los caracteres distintivos del arte árabe, sea cualquiera la que de sus épocas se tome por tipo, se encuentran desnaturalizados en el mudejar y en consorcio con elementos artísticos rechazados siempre por el arte árabe en sus días clásicos.

Antes de concluir con el discurso del Sr. Amador de los Ríos conviene, nos permitiremos notar, que el estilo mudejar (nombre ya consagrado) no llega nunca á idear la traza ó planta del edificio, así como á idear distribución y proporciones diferentes de las que la liturgia y el rito habían consagrado en las construcciones religiosas: no es un estilo *señor*; *sui juris*. es un estilo feudalitario; solo le incumbe la ornamentación: suyas son las techumbres, las paredes de las cuerdas, las columnas, los adornos y el decorado, pero está fuera de su dominio el pensamiento y planta del edificio, porque aquel pensamiento corresponde á la civilización madre, á la civilización, al pensamiento que ha recogido y protege á la raza mudejar. La raza vencida adorna lo que otros crearon: solo le incumbe allagar al sentido, no responder al pensamiento. ¿Por qué este carácter? Porque era la mudejar una raza vencida, y amparada que pagaba el tributo debido á la raza vencedora.

III.

Contestó al notabilísimo discurso del nuevo académico el Sr. D. Pedro Madrazo. Nota el ilustrado académico, la diferencia que existe entre el arte mozárabe y el arte mudejar y después de sentidas lamentaciones sobre lo difícil que es encontrar monumentos que respondan al pensamiento de la raza mozárabe, cuya dificultad creo yo invencible, pasa á exponer el porqué el arte de los moros fué la forma predilecta de las construcciones civiles cristianas.

Nótase desde luego que el Sr. Madrazo plantea la cuestión de una manera viciosa. El arte de los moros no fué la forma predilecta de las construcciones cristianas nunca, por mas que el arte mudejar fuera empleado en los siglos XIV y XV. ¿Qué perdió el arte mudejar de su progenitor? ¿Qué tomó del arte romano bizantino? Contestadas quedan en el discurso del Sr. Ríos estas preguntas y si cabe contestarlas, es evidente que el arte mudejar es cosa distinta del arte de los moros. Perdió lo que había perdido la raza que lo empleaba, la independencia, la libertad, que en la esfera del arte puede llamarse inspiración. El mismo Sr. Madrazo lo reconoce así á poco de formulada la anterior pregunta al decirnos que se había convertido el arte en mano de los mudejares en mera y exuberante decoración. El Sr. Madrazo se empeña en averiguar la causa de un hecho que jamás existió y no es de extrañar por lo tanto que la luz le falte y si bien su indisputable talento le salva del absurdo, cae en la paradoja, y en la paradoja histórica, que es la peor de todos los linajes de paradojas.

El Sr. Madrazo no satisfecho con el alto principio crítico espuesto por el docto académico, no satisfecho con el criterio filosófico que guía al Sr. Ríos en sus indagaciones, se detiene ante el siglo XIII y descubre en él la herigía y la blasfemia, los anuncios del *formidable principio de la independencia y del individualismo libre*. Descúbrase desde luego que deben andar muy apartados los juicios emitidos por el Sr. Madrazo de los espuestos por el Sr. Amador de los Ríos.

El nuevo académico considera al arte como unidad suprema, como espresión del espíritu humano y lo examina á la luz de la ciencia, sin sugetarlo á limitaciones históricas, sin entender por arte esta ó aquella edad, sino que lo estudia al través de sus varias revoluciones: el antiguo académico, por el contrario, mira solo el arte en los siglos medios. Nacido al calor de la creencia cristiana, se estasia ante la catedral gótica, y para él no hay mas arte que el cristiano: la restauración del arte antiguo es para el Sr. Madrazo idea peligrosa y el renacimiento, que fecunda á la edad media con la tradición de la antigua, que une y estrecha las dos civilizaciones y restablece la corriente central de la historia, es sacrilego, como es digna de censura la unión de Oriente y Occidente que realiza D. Alfonso el Sabio en el siglo XIII bajo la idea altísima del arte simbólico.

Esta escuela crítica llamada romántica y que nació en Alemania inspirada por un pensamiento político y fué sostenida por los hermanos Schlegels, que levantaron el arte gótico, y fuera de los siglos medios no descubrieron ni salud, ni verdad, ni belleza, es ya cosa pasada en autoridad de cosa juzgada para que nos detengamos en su examen. Pasaremos por lo tanto muy de ligero sobre estos juicios y otros muchos históricos y literarios que se encuentran en las primeras páginas del discurso del Sr. Madrazo, como en gracia de la brevedad no

nos ocuparemos tampoco del singular juicio que emite sobre el rey Alfonso. Ignoro cómo el Sr. Madrazo caracterizará al período franco-germano de la historia europea hasta el siglo XI, ni qué diría del feudalismo; pero lo averiguado es que en su sentir en el siglo XIII comienzan á contagiarse de individualismo muchos príncipes y magnates, y el individualismo entibia su fé y aconseja impuras alianzas con los moros. Pero esta apostasia comienza en el siglo XI, dice el Sr. Madrazo, y ¿por qué no en el IX? El espíritu religioso en Asturias no decayó bajo los reinados de Aurelio Silo y Mauregato? ¿No se encuentran en el siglo X y en el IX hechos parecidos á los que apunta el académico en el siglo XI? Sin duda, pues discutiendo por estos méritos y según el criterio histórico del señor Madrazo, la tan decantada reconquista española no es mas que una larga apostasia de siete siglos, y venció la cruz por que se dividieron y afeminaron los sectarios en la media luna. La fé robusta de que nos dan tan claro testimonio la historia española y el arte español, no es mas que una mal forjada mentira de nuestros cronistas y poetas. Corrupta la fé, las costumbres eran mezcla informe de árabes y castellanos, según el Sr. Madrazo en los siglos XI, XII, XIII, XIV y XV, y como buena prueba presenta el Sr. Madrazo romances españoles, pertenecientes á la primera mitad del siglo XVI, cuando el gusto árabe tomaba cuerpo en nuestras letras, y que por lo tanto sin guardar relación alguna con el siglo á que se refieren, responden solo al sentimiento literario de la época en que se escribieron. Como último dato, acude el académico de San Fernando á la relación escrita por Gabriel Tetzl del viage que en los días de Enrique IV hizo el conde Bohemo Leon de Rosmital, relación tan digna de fé, como lo serán dentro de tres siglos, los escritos de T. Gauthier y Alejandro Dumas.

Tales son los juicios y comprobantes que se descubren en el discurso de que nos ocupamos: basta recordar lo que es la historia, y su principalísima ley que manda nada quede anulado y sin relación en la vida, sino que todo se continúe y mueva con lógico encadenamiento, hasta comprender lo que engendra la comunicación entre las razas humanas, como lenguas, usos y costumbres reciben y dan gérmenes á otros artes y á otras conofalizaciones; basta observar que se llama civilización cristiana, ó pagana, española, ó francesa, aquel pensamiento que es bastante fuerte y poderoso para asimilarse y subordinar á su fin las influencias ó los legados que recibe y se comprenderá desde luego que el Sr. Madrazo ha querido desconocer por un momento las leyes de la crítica histórica para asentar las singulares paradojas que se leen en su discurso.

Cuánta sea la distancia que separa á estos estudios bajo su aspecto crítico, de los trabajos de los Ponz, Llaguno y Ceán Bermúdez, no hay para qué decirlo que á la vista salta. Las preocupaciones de escuela han cedido ante la comprensión filosófica del arte y de su desarrollo, y la crítica busca sus fundamentos así en las fórmulas filosóficas como en las investigaciones históricas. *Sevilla* y *Toledo pintorescas*, el ensayo apreciable del Sr. Caveda sobre la *Historia de la arquitectura española* y algunos tomos de la publicación, titulada *Recuerdos y bellezas de España*, son fundamentos firmísimos para los que aspiren á conocer la vida artística de nuestra España. Siguiendo tan noble impulso la Real Academia de San Fernando en su última recepción ha derramado luz nueva sobre puntos oscuros hasta hoy para la crítica, ha mostrado cuán felicísimo es el consorcio de las escuelas históricas y filosóficas con la crítica artística, probando lo apuntado en el comienzo de estas líneas, que no es en España donde pueden tacharse por estériles é infecundas las Reales Academias.

F. DE PAULA CANALEJAS.

SIGNIFICACION HISTÓRICA DE CERVANTES.

En la eterna lucha del bien y del mal, vemos al espíritu humano salvar en rápido vuelo el período del combate, anticipar los gozos de la victoria, trasladarse ufano á las apacibles regiones de la tierra prometida, y saboreando su ventura, cobrar nuevos bríos y aliento nuevo para proseguir la empeñada lucha, no de otro modo que la tierra madre, en medio de los penosos deberes que le impone la infancia de sus hijos, salva, en alas de su impaciente deseo, ese azaroso período, y trasladada en espíritu á la época de la virilidad, goza de antemano en verlos en su completo desarrollo, trocada ya la inesperienza en juicio, en sabiduría la ignorancia y la debilidad en fuerza. Por eso, en todos los tiempos, ha construido el mundo de los espíritus una halagüeña utopía, en donde la humanidad aparece, coronada su frente con la aureola del triunfo. Allí se contempla libre de la jurisdicción del mal; allí su flaqueza es omnipotencia, ciencia su ignorancia, y luz vivísima sus tinieblas. Allí descubre los arcanos, sondea los abismos y sorprende en la naturaleza los secretos, que en la vida real son el inmenso Océano en que se pierde, el escollo en que naufraga, la roca en donde se estrella. Allí resuelve los antagonismos, concilia las contradicciones, une al conocimiento el poderío, y en tan dichosa cópula engendra un buen gobierno: establece el reinado de la justicia, hace triunfar la virtud, resplandecer la verdad, reinar el orden, y lograr, por último, que esa felicidad que en el mundo llama quimera, se realice en el país quimérico formado por su fantasía.

La historia nos presenta á la humanidad acercándose mas y mas en su marcha á ese modelo, que en cada nueva manifestación se presenta mas completo y acabado, bien así como un alcázar que se enriquece y adorna con las maravillas y á donde se trasplantan los prodigios á que cada día dan origen los descubrimientos en las ciencias, en las artes y en la industria. La utopía de Cabel es superior á la de Morus, y la de este á la República de Platon, en cuanto la organización social del reformador moderno abraza los nuevos adelantos de las ciencias político-sociales: y el ciudadano de la Icaria goza de infinitos deleites y refinamientos ofrecidos hoy por las artes y la industria, que ni aun pudieron imaginar el honrado Caoniller y el filósofo divino. La utopía moderna, en suma, al paso que al espíritu, ofrece un palacio de cristal á la materia, abarca al hombre por entero y si reduce al alma por la esclerencia de los principios y de las verdades que á su contemplación presenta, atrae á los sentidos á la contemplación de las maravillas y al disfrute de los goces del mundo de la materia.

Al modo que si el alma no fuese inmortal, no podríamos tener la idea de la inmortalidad; ¿cómo podría la humanidad crear esos mundos, si no fuese susceptible de llegar algun día á la perfección? Y nótese que lo que llamamos utopía, rara vez se asienta en aéreas regiones, ni toma naturalezas angélicas por naturalezas humanas, sino que se funda en un parage de nuestro globo y en islas con mas frecuencia, como para demostrar que allí han llegado á puerto las virtudes, el bien, la verdad y la justicia; y que los vicios, el mal, las iniquidades y los errores, por su naturaleza perecederos, se han anegado en el mar que las circunda, salvándose solo en

el naufragio lo que ha de ser eterno por ser divino. No son espíritus celestes los que en la Nueva-Atlántida de Bacon forman el Instituto Salomónico, y sin embargo, ¿quién no les creería Dioses al verlos producir nuevos minerales, prolongar la vida del hombre con su agua del Paraíso, modificar los aires, cambiar la forma y el sabor de los frutos, producir plantas nuevas, con otros miles prodigios que suspenden el ánimo, por lo lejanos que parece debían estar de seres que visiten la librea de la carne? Y con todo eso, la vara mágica, obradora de tantos milagros, no es mas que la observación y la experiencia, método que nos lleva á conocer las obras de la creación, descubrir las causas, comprender la naturaleza íntima de las fuerzas primordiales y de los principios de las cosas, y á entender los límites del imperio del hombre sobre la naturaleza entera.

Siguiendo esta vía trazada por el ilustre pensador, hemos llegado á ofrecer verdaderos milagros por medio de sencillos procedimientos; y aun estamos en el *Alpha* del espléndido y rico abecedario de la creación, cuyas combinaciones nos han de enseñar á comprender, medir y conocer la grandeza de su autor. ¿Por qué, pues, lo que se realiza en el mundo de la materia no ha de realizarse en el mundo del espíritu? ¿Son seres divinos los que han profetizado la aparición de un cometa, los que han multiplicado hasta lo infinito las lenguas del pensamiento, los que mirando el compás magnético se lanzan seguros sobre mares desconocidos, los que han dotado á la tierra de un tejido de arterias que facilitan la circulación, y transmiten instantáneamente la palabra del hombre del uno al otro hemisferio? No, son seres humanos los obradores de tales prodigios; y ¿por qué ha de creerse extravagante locura, repetimos, cuando el espíritu imagina un orden moral perfecto, una sociedad en donde los miembros que la componen, obedezcan, acaten y veneren los altos principios de la justicia, practiquen el bien, posean la verdad y establezcan un orden superior con arreglo al cual obren y se dirijan? Si para los milagros que admiramos no ha sido necesaria una naturaleza de ángeles, sino la constante observación y experiencia, ensayos sobre ensayos, combinaciones sobre combinaciones; ¿por qué la experiencia y la observación, que tan buenos resultados ofrecen en la esfera de lo físico, han de ser estériles en la esfera de lo moral? Sería necesario, se dice, formar al hombre de nuevo para poder concebir en la tierra una sociedad arreglada al modelo de las utopías; y esto es aventura, sin parar mientes, en que si el hombre no estuviese sujeto á las pasiones y á los vicios, sino cayese á menudo dentro de la jurisdicción del mal, no existiría la lucha, y que por lo mismo que existe, se propone vencerle, estrechar sus límites y perseguirle hasta en sus últimas trincheras, que es lo que en último resultado nos ofrece la historia de la humanidad.

Y tan cierto es que la actividad humana tiene igual objeto é idéntico propósito en ambos mundos, material y espiritual, que si echamos una ojeada sobre la historia, la veremos en ambas direcciones, caminando por grados á asemejar la realidad al modelo formado por los ensueños de su fantasía. Ya hemos visto en nuestra época llevadas á cabo obras y portentos tales, que adelantan y superan á cuanto, en épocas remotas, pudo inventar la ardiente imaginación de los poetas. La antigüedad no soñó para Júpiter una mansion mas aérea, un palacio mas encantado que el que recorre hoy día el pobre mendigo de Londres en las alturas pintorescas de *Sydenham*, y en donde encuentra dócil á su voz el rayo, atributo del jefe del Olimpo. En las regiones de lo moral, el progreso, si no tan marcado y distinto, no es menos cierto. Tomemos por campo de nuestras observaciones el gran período que comienza con la predicación de la divina moral del Evangelio, ideal perfecto como su autor. Este divino modelo fué admirado con entusiasmo y su aparición venia á causar una revolución completa en el mundo del espíritu. Al cabo de diez y ocho siglos y medio podrán preguntar algunos con asombro: ¿llega impreso nuestro siglo en su fisonomía el sello de la doctrina evangélica? ¿Dónde están los que presentan la mejilla izquierda cuando sienten herida la derecha? ¿Dónde están los que reparten sus bienes entre los pobres, toman la cruz y siguen los pasos del hijo de Nazareth? Aun el monge, esa figura cuyos pies no debían tocar el polvo, esa creación del cristianismo, que debía vivir en la tierra la vida de los espíritus, ¿dónde está? ¿Por qué volvió á amontonar los bienes que con liberal mano había repartido? ¿Por qué abandonó la cruz que con santo amor había abrazado? ¿Por qué el polvo de las pasiones vino á mezclarse en el santuario con el puro incienso que se eleva á Dios en los altares, y trocó la dulce calma de los bienaventurados por la agitación inquieta de los réprobos, la soledad por el bullicio y la abstincencia por el regalo? Y estos que ignoran que la época actual, en medio de su egoísmo impio, tiende mas que ninguna otra á ajustarse al divino modelo y á traducir su espíritu en las instituciones sociales, creerán llegado el reino del Antecristo y verán en San Vicente Ferrer el ángel que viene á anunciarnos la próxima destrucción del mundo, y compararán con turbada vista la historia de las asociaciones cristianas de nuestros días con las profanas, que empezando por la familia de la *rue Montigny* y el retiro de *Ménilmontant*, concluyen en Texas y el Lago Salado, en donde se han refugiado los Mormones y Fourieristas, los unos con una idea religiosa, los otros con una idea social, trasformada tambien en religion, y sacarán de aquí lúgubres predicciones.

Pues estos fenómenos de nuestra época, si sabemos leer la historia, no significan mas que el grande esfuerzo que hace la humanidad para conseguir la realización del ideal evangélico, harto sublime para que el hombre en su pequeñez ó ignorancia le comprendiese de muy luego y ajustase á su espíritu la organización de las sociedades; así es, que existe en todas las europeas la armazón del gentilismo, y apenas en los códigos civiles y políticos ha penetrado, hasta ahora, la savia regeneradora de su espíritu; pero han trascurrido diez y ocho siglos y medio y esas máximas, esas verdades que son el alma de nuestras almas, deben ser tambien el alma de nuestras instituciones, que entonces y solo entonces podrán producir frutos cristianos. Y no hay duda que lo serán. El bello ideal, práctico, naturalizable si alguna vez ha existido ó puede existir, está en el cristianismo.

El hombre no vió primitivamente en el código divino sino una pura regla del espíritu; cuando el Evangelio es tambien regla, es tambien ideal social. El hombre no comprendió entonces que, al propio tiempo que aquella doctrina abría nuevos espacios al alma, daba nueva vida al espíritu y satisfacía todas sus aspiraciones en el orden elevado de sus relaciones para con el Ser Supremo; abría tambien nuevo camino, daba vida nueva á nuestra actividad y satisfacía todas nuestras aspiraciones nobles en el orden social, en las relaciones con nuestros semejantes. Por eso se dice, que su doctrina es eminentemente civilizadora, que su espíritu no pugna contra idea alguna de progreso, antes al contrario, ella les da origen y alimento. No vino el cristianismo á abrazar al hombre solo en espíritu, sino al hombre por completo, ya individual, ya colectivamente considerado; mientras esto no se realice, se cumplirán en la sociedad las palabras de Jesucristo: *no he venido á traer la paz sino la guerra.*

La fé del mártir al confesar á su Dios en medio de los tormentos, debía mas tarde traducirse en fé para confesar y sostener sus principios humanitarios, sus dogmas civilizadores, el espiritualismo del anacoreta en incarnacion de la idea divina, su quietismo en actividad, su mortificacion en tolerancia para con sus hermanos, su libertad en sus vuelos místicos, en libertad en el órden social, la fraternidad proclamada en el recinto de los claustros, en fraternidad en todos los ámbitos de la tierra, y esa igualdad de que fué simbolo el sepulcro, porque *el no ser* á todos los hombres igual, constituiría en la sociedad, no en el cementerio; buscarla en la vida, no en la muerte, que si en la muerte *el no ser* produce la igualdad en todos, en la vida *el ser* á todos iguala é identifica.

Sigamos con la vista esa obra de naturalizacion del ideal cristiano, detengamos la unidad en esa protesta primera que se formula en hechos, en ese espíritu que se reviste de cuerpo, en ese primer ensayo de la accion frente á la contemplacion. Aun vemos al ermitaño macerar sus carnes, aun vemos al anacoreta hastiado del mundo, borrar su idea de su imaginacion, volver sus ojos al cielo y emparar sus preces en las lágrimas que hacen brotar en sus párpados, la desdicha de los que se anegan en el proceloso Océano de la vida, y ya la humanidad se propone aclimatar en la region de los hechos el ensueño de la region de las ideas. No pide al hombre solo su espíritu; le pide su corazón y sus manos, no la contemplacion sino la accion, y deposita su alma en un cuerpo visible, y funda la institucion de la caballeria, y le imprime un sello de actividad que raya en lo prodigioso. La órden de la caballeria es el primer paso que da la civilizacion en la senda que mas tarde hará ajustar las sociedades al modelo evangélico. La órden de la caballeria se nutre con el espíritu cristiano y opone al solitario el paladin, al dispensador de los consuelos divinos el dispensador de los consuelos humanos. La lógica de los tiempos hermana mas tarde á los ministros de la religion social y de la Religion divina; hace del caballero el monge y del monge el caballero, prestándose mutuamente sus armas y sus ritos. El religioso interrumpe su oracion y se mezcla en los combates; el andante en medio de los combates, pone su pensamiento en Dios y en su dama. Aquel desciende de las gradas del templo, emprende una vida mas activa y se mezcla en intereses humanos; este sale de la esfera humana y en medio de su fé en la justicia de Dios, en el premio de los buenos y castigo de los malos, se cree instrumento de la Providencia, y proclama que no es tan largo el plazo de la eterna justicia, que las deudas ó créditos contraídos en la tierra por el hombre para con Dios, no se liquidan y solventan únicamente en la otra vida, sino que, aun en esta, puede comenzarse la reparacion, impedirse la iniquidad, ampararse al necesitado, castigarse al soberbio, ensalzar al humilde, sostener al débil, reformar los abusos y deshacer mil y mil errores, agravios é injusticias. ¿Y quién no vé en este credo caballeresco la doctrina del Evangelio en una tendencia práctica y social? ¿Hubo igual nobleza de miras, pureza de intenciones, sublimidad de propósito, sacrificio mas magnánimo, ni ocupacion mas noble y generosa antes de que resonasen en el mundo las palabras del Crucificado en el Gólgota?

Para que nada falte á esta Religion, simboliza el mal en los gigantes, los vicios en los vestigios y endriagos y la malicia y la astucia en los encantadores enemigos. Ennoblecido con su mision el caballero, creyéndose enviado para limpiar la tierra de una plaga de monstruos, cree tambien sus fuerzas iguales á la grandeza de su tarea; pero, ¿qué mucho que tengamos alta idea de si mismo, si llega hasta creer en su inmortalidad? Nunca ha de morir el andante en lucha con el monstruo. Entre el gigante y el caballero, la corona de laurel es para el caballero. Si perece, ahí están los bálsamos y las recetas preciosas que le volverán á la vida ó, á falta de estas, la proteccion de los buenos encantadores. Si son numerosos sus enemigos y fuertes sus corazones, él se proveerá de armaduras impenetrables y de espadas cortadoras. La mortalidad del gigante y la inmortalidad del caballero son mitos verdaderos, que esplican, como el mal está destinado á la derrota, y que el bien saldrá triunfante siempre de la lucha, y será solo duradero en la humanidad.

Esta época fué el empuje del socialismo. Entonces el reformador caminó errante y usó de lanza y espada, porque no existiendo la vida de ciudad, aislados los hombres, encastillados los señores, sujetos los vasallos, no á la ley, sino al capricho; no al derecho sino á la fuerza, la fuerza debía ser la reparadora de los agravios. El mal como el bien eran considerados bajo un estrecho punto de vista. Dábase al individuo mas influencia en la ejecucion del uno que del otro, se desconocia su verdadero origen, y su trascendencia, se juzgaba como causa lo que era resultado y efecto y equivocada su nocion, venia á convertirse la tarea del caballero en otra tela de Penélope, porque no buscando derechamente sus fuentes y raices, ni dejando de surgir los mismos crímenes y abusos, ni bastaría un caballero en cada legua cuadrada para remediarlos.

Inútil es enumerar, por lo sabidas, las causas que contribuyeron á dar muerte á esta institucion de gran momento en la historia, y en especial en la nuestra, en donde dejó impresa una huella mas indeleble, tanto en la literatura como en las costumbres y en las ideas; institucion nacida para remedio, del seno mismo que causaba el daño, para que no pudiese ser sospechosa la buena fé con que el hombre redimido por completo, se consagraba al socorro de aquellos sobre quienes pesaban todavía las cadenas que forjan el error y la ignorancia. Hoy dia tambien, del seno mismo de la Plutocracia y de las clases privilegiadas salen los campeones que recorren las ciudades manufactureras y celebran meetings para llamar la atencion de los hombres de Estado hácia ese inmenso esqueleto que abarca ya con sus brazos todos los ámbitos de la tierra, y en nombre de la humanidad piden para esa eterna victima agua potable y aire puro que el Ser Supremo no ha negado ni aun á las fieras; en esta sobriedad de medios se reconoce el dedo de aquel, que viendo que un árbol habia sido causa de nuestro daño, hizo que un árbol fuese ocasion de nuestro remedio.

Hemos dicho que la institucion de la caballeria murió, y decimos mal; su espíritu es inmortal como comprensivo de lo que ni es ni puede ser perecedero. Sustituyamos á la palabra muerte la de transmigracion. La muerte, accidente es propio de los cuerpos, mas las almas no mueren. La caballeria deja las armas por las letras, cuelga la espada y toma la pluma para de los campos á los gabinetes y del caballero andante al pensador independiente. La caballeria ideal ó literaria, que de materia abundante y campo estenso, sacó tan pobre cosecha para la humanidad, se refugia en el teatro y recibe el tono de los Lopez y los Tirso. Las armas que han luchado en aquel gran periodo histórico, quedan depositadas como en trofeo, reclamando el respeto que se les debe, con aquella inscripcion de

Nadie las mueva
Que estar no pueda
Con Roldan á prueba.

Mas ya entonces ha nacido el nuevo Roldan, el Roldan de la

idea, que puede estar á prueba con el Roldan de la espada, armado de armas superiores, no forjadas en las herrerías de Vulcano sino fabricadas por la diosa Minerva. Entonces una nueva generacion recibe en sus brazos el legado de los Héroes que intentaron purgar de monstruos á la tierra.

Entonces reaparece el ideal en mayor escala, mas distinto, con formas mas acabadas. Lo que antes estaba en la categoria de ensueño de nobles aspiraciones, pasa al laboratorio de la razon humana y se convierte en alimento de todo espíritu, en fé de todos los corazones, en esperanza de todas las almas generosas, en norte de todas las inteligencias. Las miras se engrandecen, estiéndese el golpe de vista y abraza á la humanidad entera. Las tinieblas se disipan y al destruir el ruinoso edificio del mundo antiguo, al corromperse el gigante contra el cual ha peleado el brazo de los Amadises y Roldanes, se ve que el mal por él causado es producto de un vicio de su organizacion material; y al reconocer á su eterna victima, el débil, se advierte que su flaqueza es producto del abandono de su ser moral. El hombre no va ya á presentar batalla al gigante, ni á pelear con él cuerpo á cuerpo, sino á destruir ese organismo vicioso que le da la fuerza gigantesca; ni va á socorrer al débil, sino á arrancar de cuajo la ignorancia, raiz de su debilidad.

Grande es la tarea, pero al terminarla, los nuevos combatientes de la inteligencia no habrán vencido á los enemigos, sino *estirpado la mala simiente* de los enemigos, ni habrán salvado á un oprimido, sino á todos los amenazados por la opresion. El campo de la nueva caballeria es el vastísimo campo de las ideas, la prensa, las tribunas y academias, los palenques destinados á la lucha, las armas las del raciocinio, su defensa y escudo la justicia de su causa. Todos son obreros en el inmenso taller que se abre á la actividad humana; pero ahora no se aprende la obra contra el hombre como el paladin antiguo, sino contra las instituciones, porque en ellas está el origen de muchos males, en ellas la causa ingente de tanta raza de vestigios, la semilla de los Briareos que el hombre ha de destruir con un rasgo de la pluma. La idea nueva que se implanta, produce á Cardan y Telesio, á Galileo y Newton, á Bacon y Descartes, que han enmendado mas abusos y corregido mas errores con sus plumas, que con sus espadas los Belianis y Felixmartes, los Orlando y Amadises. Iniciado el dogma de la razon por Lutero, vienen los nuevos Santos Padres del racionalismo á completarle, y aplicando con arreglo á él los mundos de la materia y del espíritu, dan nuevo giro á la filosofía, nuevo fundamento á la soberania, nuevo impulso á las ciencias y vigor nuevo á las artes y á la industria, que acordos caminan y de continuo marchan á la grande obra de la reforma social. El ideal humano se acerca mas y mas á las regiones de la vida. El monge de Stilo ilumina la Calabria con su ciudad del sol, cuyos resplandores han llegado hasta nosotros sin perder de su pureza, y el canciller de Enrique VIII lanza desde las islas Británicas su isla de Utopia, para mostrar á los nuevos obreros la planta y el alzado á que han de arreglarse para fundar y organizar sus sociedades.

Pero entre estos obreros que hablan al hombre en los dominios de la inteligencia, nace uno, á quien la inspiracion del cielo ilumina, para que hable al pueblo en los dominios del arte, para que le muestre con imágenes vivas lo que tiene lugar en las regiones de la ciencia, para que le haga apartar la vista de lo pasado, de ese mundo antiguo hácia el cual gravitamos temerosos de lanzarnos en el porvenir desconocido, y le señale distintamente hácia dónde camina la sociedad, cuál es su objeto, y cuáles los medios de que va á hacer uso: porque en vano es que el hombre de la ciencia recorra siglos en un solo vuelo; desde las cúspides de la ciencia hasta el pedestal del pueblo hay que recorrer un largo y penoso camino, en el cual la idea ha de romper lanzas con todas las ideas, y todavía para entrar en la jurisdiccion del pueblo necesita de un intérprete, necesita de los cantores del pueblo, de los artistas, que tomando esa idea para él muerta, le den vida en la region del arte incarnándola en un personaje que la simbolice y á quien ella imprima fisonomía, colorido, movimiento y lenguaje, á fin de que el pueblo que le ve salir de entre sus filas, que entiende su idioma y que le reconoce, beba en él las inspiraciones de la ciencia. Este hombre elegido, este genio que adivina el bello ideal social del periodo libre en el seno de la civilizacion cristiana, y los medios que ha de emplear para realizarlo, es para nosotros Miguel de Cervantes. Cervantes se apodera del espíritu y mata el cuerpo de la caballeria. Al espíritu le engrandece, le formula, le incarna, le hace llenar toda una existencia, le hace examinar constantemente en una direccion; pero muestra al propio tiempo á su época, que ya no han de ser las armas de tajante acero las que han de combatir el mal, sino las armas de la razon y de la inteligencia; que la caballeria que ha de resucitarse no es la militar, sino la social; que al mirar á un oprimido, no debemos atender únicamente al oprimido para castigarle, sino destruir las causas que originan y los vicios que producen la opresion; que al socorrer al desvalido y menesteroso, no debemos compadecer y remediar á aquel solo menesteroso y desvalido, sino á toda una clase que gime y se encuentra en igual desdicha. Que el fuerte no ha de vivir á su alvedrio, mientras no haya caballero andante que le contenga; que la injusticia no ha de andar triunfante ni la soberbia erigida, hasta que venga un Amadis que la ponga á raya, que el agravio no ha de estar patente hasta que un paladin lo repare, que la sinrazon y el entuerto no han de estar visibles, hasta que venga un campeón que lo enmiende y enderece, y por último, que el pobre, el desvalido, la doncella, el huérfano, la viuda, el inocente y el humilde, no han de vivir á la ventura, espuestos á cada paso á ser víctimas de los follones y malandrines, sino que en el nuevo periodo, en la nueva caballeria social, los hombres deben buscar baluartes seguros contra la injusticia, barreras incontrastables contra la opresion y diques contra la fuerza.

Tal es la mision de Cervantes en los dominios del arte. ¿Qué importa que ni él ni su época la comprendiese? La mision del hombre de genio, ha dicho un célebre escritor, solo se conoce cuando su alma, despues de volar al cielo, se contempla en su obra y parece gravitar sobre ella.

NICOLAS BENJUMEA.

ESTUDIOS SOCIALES.

El Hombre y el Derecho.

«Guosce te ipsum.»
SAN AGUSTIN.

I.

Materia vastísima y por demas intrincada es la que hoy nos ocupa, y seguramente pertenece á lo mas importante de la ciencia política. Ella encierra y en ella se resuelven las cuestiones fundamentales de la filosofía social, pues que de ella tiene que surgir la verdadera nocion del *Derecho* de donde necesariamente ha de partirse para organizar un buen cuerpo de doctrina.

«La justicia, dice Proudhon, él es astro central que gobierna las sociedades, el polo sobre que gira el mundo político, es principio y regla de todas las transacciones. Nada se verifica entre los hombres sino en virtud del *derecho*; nada sin invocar la justicia. La justicia no es obra de la ley: por el contrario, la ley no es nunca otra cosa que una declaración y aplicacion de lo justo, en todas las circunstancias en que los hombres pueden encontrarse en comunicacion de intereses. Así, pues, si la idea que nosotros nos formábamos de lo justo y del derecho estaba mal determinada, si era incompleta y aun falsa, es evidente que todas nuestras aplicaciones legislativas serian malas, nuestras instituciones viciosas, nuestra política errónea: y consiguientemente todo seria desorden y mal social.»

Todo esto es incuestionable. Mas ¿dónde está el derecho? ¿Existe fuera de nosotros? ¿Está por el contrario con nosotros y en nosotros?

Para que la conciencia de su ser se presente con tanta fuerza en nuestro pensamiento; para que todos afirmen si quiera sea vaga é indeterminadamente su existencia, proclamándola en alta voz con toda la seguridad que comunica el alma una percepcion intuitiva, preciso es que sea *no solo cierta, innegable*, sino tambien que *tenga íntima relacion con nuestro propio ser, que afecte con influencia fuertísima é inmediata* nuestro espíritu, que resida, en fin, en nosotros, *que forme la condicion de nuestra naturaleza*, que sea nuestra esencia si se quiere.

Con efecto: *Derecho* vale tanto como decir *ley*, palabra que con relacion al hombre significa el órden que resulta de su naturaleza, pues que con ella y á manera de ella, si así puede decirse, funciona. Esta *regla, ley ó derecho* lo descubre *nuestra razon* al echar una mirada sobre sí y su continente.

«La sabiduría, dice Bossuet, consiste en conocernos á nosotros mismos.»—y añade.—«El conocimiento de nosotros mismos debe elevarnos al conocimiento de Dios.»—Estos principios son universalmente aceptados, aun cuando no se respeten en manera alguna sus inmediatas consecuencias y últimos corolarios.—¿Qué es Dios? A este concepto, Dios, es la *fuerza del derecho*;—¿qué digo? *el derecho* mismo. En nosotros estudiaremos el derecho y estudiándonos, tendremos lo *suficiente* de la idea de Dios, para seguir nuestro camino con firmeza.

Basta ya para fundar filosóficamente nuestro aserto: seguros estamos de no habernos engañado en nuestras deducciones, guiados—nos atrevemos á decirlo—como lo somos por una lógica indeclinable. Para aquietar, empero, algunos ánimos, bueno será decir que el estudio que hoy proponemos fué reconocido siempre como de primera utilidad. Eminentemente varones de todas las escuelas han cuidado de emplear en él sus plumas desde la mas remota antigüedad, y solamente el *modo* con que han mirado por este vidrio ha producido, no diremos todos, pero sí, la mayor parte de los trascendentales errores de que hoy unos y otros nos apartamos.

Mas no queda satisfecho todavía nuestro objeto. La materia de socorrida y árida al propio tiempo en su comienzo y nos precisa hacer para amenizarla y prepararla, algunas consideraciones históricas.—¿Qué fué el *derecho* para el vulgo? ¿Qué para el filósofo? ¿Cómo lo encontramos hoy? Sobre estas preguntas terminaremos nuestro primer artículo.

Sin vacilar un momento contestamos á la primera. «Lo que se ha llamado *derecho*, lo que *como á tal* se ha escrito en las leyes y enseñado públicamente en la plaza y en el foro, y como á tal se ha ejercido y practicado; la gran palanca, el artificioso resorte que por espacio de muchos siglos ha levantado y reducido á escombros cetros, coronas, chozas, templos y palacios y puesto en movimiento á individuos y familias; razas, pueblos y naciones; á la humanidad entera, en fin, no ha sido otra cosa que la *Esplotacion*. Si; por seca y mal sonante que parezca esta palabra: si; por tristes y desastrosos que se presenten los hechos conocidos por estas brillantes y gloriosas, de tal manera coloreados con esta sencilla pincelada, gota cristalina que lava de repente el enmarañado y oscuro cuadro de la historia, no por eso es menos cierto que la *esplotacion* ha ocupado siempre y dominado sin rival el puesto del *derecho*. Léanse sino una por una las páginas de la historia de la humanidad iluminadas ya por una crítica severa y una purísima filosofía, y desafiarnos á que con ellas en la mano se nos desmienta.

Si el hombre hubiese comprendido desde luego su verdadero interés, hijo legítimo de su propia naturaleza; si no se hubiese dejado alucinar por toda clase de seducciones, ciertamente que entonces, luego que acabada de formar su razon, saliese fuerte y poderosa de las nieblas de la infancia para vivir vida intelectual en union con toda la naturaleza, no se hubiera retardado tanto el período armónico de su desarrollo, que gracias á esfuerzos poderosos de la razon humana, gracias á la fuerza misma de la verdad que penetra con su luz clarísima los mas espesos velos del error, llega ya al punto crítico de su iniciacion.

¿Qué! ¿Se duda por ventura de nuestras palabras? Vamos á la prueba: creemos ya demasiado conocida la historia por nuestros lectores, y como solo pretendemos raciocinar sobre hechos generales, no habremos de necesitar en manera alguna estrañas interpretaciones.

Poco nos importa que perdidas las primitivas é indudablemente puras y completas ideas del derecho, hayan vislumbrado algunas verdades aisladas, eminentes filósofos, legisladores y poetas, lumbreras y glorias inmarcesibles de las antiguas civilizaciones. Estos hombres como todos las genios, se han sobrepuesto á su época con todo el poder de una razon noble y elevada ó un esquisito é ingénio sentimiento.

Confucio, Mencio y Lao-seu en China; Sabara-Suami, Vyasa, Kapila, Gotama, Buddha y los misteriosos autores de los no menos maravillosos poemas indios; Sócrates, Platon, Yennon, Jenófanes, Licurgo, Homero, Sófoles y Esquiles en Grecia; y tantos otros cuyos nombres memorables gravados están por siempre en el inmortal templo de la fama, no pertenecen á su época en manera alguna, porque, en cuanto hombres, son sin duda muy superiores á ella.

Y esto decimos que no nos importa en el terreno de los hechos generales que ahora examinamos, porque; ¿quién en siglos materialistas y corrompidos, hace caso de un filósofo que sueña el alma y vé sus propiedades mas ó menos inmortales entre las nubes de una ignorancia universal? ¿Quién percibe entre las bacanales de un teatro desmoralizado, la moralidad que encierran entre ricas galas, cual perla oriental en oro purísimo montada tal verso ó tal palabra de la tragedia que se vé sin ser *oida ni sentida*? ¿Quién comprende la ley que le protege ó perjudica, si no vé otra cosa en ella que los flancos que pueda presentar para eludirlo? Cuando el quizá esos mismos pensadores, legilador, filósofo ó poeta, elevados á la verdad por la fuerza de la verdad, habrán escrito ayer sin comprenderla esa máxima que hoy combaten fuertemente haciéndose intérpretes del error comun; ¿quién, repetimos, es bastante fuerte para entretenerse en profundizar y analizar las ideas que surgen en su derredor, sin presentar á sus inteligencias embotadas por el fanatismo, los gozes materiales ó el prodigioso desarrollo de las fuerzas físicas, otro carácter que el de una nove-

dad perigrina y estraña, cuando mas y sin poder suficiente en su mérito para convertir á sí las atenciones? El filósofo y el legislador y el poeta, hombres de buena fé quizá, ni aun habrán tenido la prevision de defender contra la malicia y el olvido las ideas que escribieron probablemente sin comprenderlas, y si quiera sea grande su verdad, faltando la realización práctica, falta casi todo en especulativa, y todo, absolutamente todo, en el terreno de los hechos.

Por idéntica razon importa poco tambien, aunque ya mas por la intensidad y duracion de los efectos, que el cristianismo con su hábito vivificante haya venido á dotarnos con la idea, mas diré, con la doctrina mas pura y completa del derecho eterno; porque el resultado final, despues de muchas alternativas y compensaciones viene á ser *cero* ó casi *cero*; lo mismo ahora que antes; lo mismo aquí que allí.

No se puede ciertamente poner en duda nuestro inmenso progreso, porque no hayamos *sentido* del todo los efectos de la idea ya conocida: precisamente en este *conocimiento* y en algunas practicas despreciables por lo sobrado *rutinarias* está nuestro gran paso. Mas lo que hayamos alcanzado ha sido poco menos que neutralizado por los hombres, que casi siempre tienen formal empeño en desorganizar y falsear las fuerzas *espontáneas* de la naturaleza. Siempre la verdad ha surgido por sí misma á ministerio de fuerzas *propias y fatales*, luciendo mas cuanto mas contrarrestada fué; mas tambien frecuentemente se ha *cuidado de alejar* de ella la opinion, estraviándola en las intrincadas y peligrosas sendas del error, y así ha sucedido siempre con todo gran sentimiento. Por eso la idea del *Derecho* entrevista por *algunos* pocos en el mundo antiguo, reflejada y presentada en toda su pureza y esplendor por la idea cristiana y continuada incesantemente por espacio de diez y nueve siglos en su desarrollo, durante cada una de las evoluciones progresivas de la inteligencia humana por hombres de las mas opuestas posiciones, que por ello han merecido bien de la humanidad, ha sufrido tantos embates de fuerzas contrarias, ha atravesado tantas y tales *soluciones de continuidad* en su marcha, que, algunas veces, quizá nos atreveremos á decir que ha pasado desapercibida é ignorada por ciertas generaciones, faltando en consecuencia su complemento, cual es la aplicacion práctica, madre de la experiencia que sola puede servir al completo desarrollo de la idea social.

¿Y cómo se verificó esto? Por la *espoliación*, hemos dicho y repetimos, por la *espoliación* que fué la práctica universal y aun introdujo el veneno en las ideas.

Bien; mas ¿que es la *espoliación*? ¿Cómo obra y cómo se presenta? Oid un momento las ideas de un moderno escritor (1) que á un propósito semejante ha dicho palabras muy buenas sobre las que vamos á colocar las nuestras.

La *espoliación* no es otra cosa que el *constante esfuerzo* de los miembros de una sociedad para vivir y desarrollarse á *expensas unos de otros*. Este es el peor género de antagonismo conocido; porque es la lucha de intereses opuestos, viciados, falsos y enteramente fuera de toda ley racional. Y la *espoliación* es innegable como hecho; porque si ella no existiese, serian absolutamente innecesarias las leyes puesto que solo ella da motivo á su establecimiento con ser lo único que impide el perfeccionamiento del orden social en su desarrollo espontáneo, interviniendo en él y contrariándolo con influencias estrañas y artificiales.

La *espoliación*, como toda lucha, se organiza por sí misma, merced á los esfuerzos del error que se apodera de las conciencias en fuerza de la ceguedad que el hábito comunica; y luego que se constituye en *medio* y á un *término* de existencia de una aglomeracion de hombres, de una sociedad cualquiera, no tarda en aparecer una ley que la sancione, cual moral que la glorifique y tribunales que la hagan respetar en sus informes obras. Así, la variedad de sus formas es múltiple hasta ocupar todos los grandes y pequeños puestos en las transacciones humanas.

Preséntanse primero las formas que tienen la *fuerza* por agente en dos grupos generales superiores, la *guerra* y la *esclavitud*.—Entre los salvajes, el vencedor degüella al vencido para adquirir á la cosa, por ejemplo, un derecho, sino *incontrovertible*, por lo menos *no-contróvertido*. Se espera que un hombre sea dueño de una cosa, para arrancársela á mano armada. Ayer no pasaba de *individualidades* este hecho, y se llamó *robos*; mañana se ejercerá en mas grande escala, y se llamará *conquista, defensa* si se quiere. Ayer, el *ladron* fué quizá un gran hombre; pero mañana, será execrado y dejará su lugar al *guerrero*, que á su vez, cuando el derecho *sea el derecho*, dejará de ser *conquistador*, y no entrará al saqueo en las ciudades, ni tarará los campos agenos, limitándose á guardar los suyos, y de no, correrá la suerte del que le ha precedido, confundiendo con él en los *hechos* y en el *nombre*, es decir, en carácter, en consideracion, en todo.—Cuando el hombre comprende que la tierra se fecunda y fructifica con el trabajo, hace con su hermano esta particion: «La fatiga para tí; para mí el producto.» Aquí no se aguarda por el producto para arrebatarlo; se sujeta el brazo antes de producir y esto ya es dar en cierto modo un progreso, pues conociendo la necesidad de poner á salvo la nocion de justicia, preléndese legitimar la adquisicion inmediata con un derecho anterior, siquiera sea efímero: «Yo he vencido, puedo matarte, mas te perdono; en cambio eres mio en cuerpo y alma; mejor dicho, no tienes alma, eres una cosa porque así me conviene; trabaja, trabaja con ardor y sin descanso, á ese precio vivirás.» Hé qui sancionada la esclavitud; hé aquí el principio de un escándalo perpetuado no solamente *hasta ahora*, sino aun *por ahora*.

Mas hay aquí demasiada franqueza y la franqueza es peligrosa, sobre todo, desde que los pueblos, conociendo algo de su derecho, han aprendido á sublevarse, y sublevándose han aprendido tambien algo de su fuerza al escribir ese derecho en una bandera sangrienta desplegada entre sus iras.

Una vez llegados á este punto; una vez que los hombres, obedeciendo á una ley eterna, fatal si se quiere, pues que es indudable han tocado un grado de perfeccion que les permite reponerse de los embates de la fuerza, y no solo resistirla, sino tambien combatirla y arrollarla por su cuenta, es preciso engañarlos con falsas apariencias de verdad y de justicia, medio seguro de hacerse dueños, no ya de los cuerpos, no ya de un espíritu pobre, ignorante y embrutecido, si que tambien de inteligencias que alcancen ya y reflejen algun rayo de la clara luz de la razon. Antes nos hacíamos *dueños* de nuestros semejantes, obrando sobre sus facultades físicas con coaccion fuerte y pesada en demasia: hoy esto es indigno, es pobre; por eso se obra sobre el espíritu ligándolo con suave aunque fuertísimo lazo á las ruedas de nuestro carro triunfal, el efecto es el mismo; no, sino que es mas seguro.

De estas máximas han nacido sucesivamente una porcion de cosas admirables. Examinemos: todas las *mentiras* de una filosofía delirante, apareciendo bajo formas las mas estrañas y peregrinas; todos los *errores* de buena fé de algunos misticismos; códigos humanitarios, llenos, atestados de principios lo mas á propósito para producir la conflagracion, la *disolucion social*, dadas determinadas circunstancias; una corrupcion de

que los hombres no se creerian capaces si la historia, en lo pasado, y aun sus propios sentidos en la actualidad no les convenciesen; y en fin, de todo esto, llenando dignamente la cúspide de tan estraña y fatal pirámide, el *eclecticismo*, bella conquista de una época no lejana, sistema abigarrado con los colores de todos los sistemas, recopilacion de errores y caja de Pandora que concluyó de esparcir y *organizar* los males que ya la humanidad venia sufriendo, mas, los que él mismo trajo con su malhadada aplicacion. Y entiéndase que en esta enumeracion solo entran grupos generales, y que hemos usado demasiada benignidad con el eclecticismo, que es el *sistema del mal* por excelencia, y con esto está dicho todo.

De todo esto nacieron tambien la *teocracia* y el *monopolio*, nuevas generalidades de la accion espoliadora.

Y dijo la *teocracia*: «Segun lo que tu me des ó reuses lo que te pertenece, yo te abriré las puertas del cielo ó del infierno.» Despues se conservó al vulgo en la ignorancia, prohibiéndole ocupar su inteligencia en todo lo que á la luz de la discusion pueda rasgar el velo estúpido que le ciega, y hé aquí una organizacion casi perfecta: el hombre que llegue á misticarse empapándose en el sutil veneno de la supersticion, primero se abrirá las arterias en un baño que poner su mano en la llave, ni aun mirar la puerta que el sacerdote le ha cerrado.—De este modo, cualquiera que sea la religion, no es el sacerdote el instrumento de ella; si que es ella el instrumento del sacerdote.

El *monopolio* es el *minimun*, el *non plus ultra* de todas las organizaciones espoliadoras. Pretende en apariencia dejar subsistente la gran ley social de transacciones: *servicio por servicio*, mas la *fuerza* interviene en el debate bajo formas brillantes y agradables, y consiguientemente se altera la proporecion entre servicio y servicio, y la *espoliación* triunfa.

Hé aquí la atmósfera en que vivimos: el *monopolio* nos rodea, nos abraza con músculos de acero, nos envuelve en una estensa red de gruesas mallas, y se apodera de toda nuestra savia. Todo lo ocupa, todo lo explota: religion, ciencia, industria. La legislacion le protege en todas sus esferas de accion y lo peor es que la opinion no le es quizá del todo opuesta: él y sus hombres han sabido estraviarla; siquiera ya se vaya desenvolviendo del error en fuerza de la verdad.

Si; no en vano se ha dicho «que la razon concluye siempre por tener razon;» hay ya señales de una nueva evolucion en el espíritu, evolucion que nos debe conducir necesariamente á un periodo mas perfecto de nuestro desarrollo.—Nótase ya mucho movimiento intelectual; nuestro siglo ha recibido la herencia de los anteriores, y nuestras nuevas generaciones han depurado y completado las ideas que otras generaciones han dejado. La humanidad espera; el porvenir es de la democracia que siendo la humanidad, espera con ella y aguarda con fé á que el soplo divino del pensamiento, emanacion primera del ser por esencia, disipe las nieblas del error, elevando al triunfo á esa verdad que hoy guardan cuidadosos cual incomparable tesoro, las conciencias libres de los hombres libres.

II.

«Quand je me demande ce que je suis dans mon essence, ce que je suis par rapport á moi même, ce que je suis comme homme, je réponds et je ne puis pas ne pas répondre: Je suis un esprit et corps intimement unis. Il m'est impossible, dans l'état actuel, de ne pas me saisir sur cette double face de mon existence; il m'est impossible de me concevoir comme un esprit pur ou simple ment comme un corps.»

MARIMON (Principes d'organisation sociale.)

Nótanse, al parecer, en la vida de relaciones del hombre, varios periodos que se marcan perfectamente, combinándose y graduándose en las épocas de su desarrollo físico y moral; mas en realidad solo pueden observarse *dos*, apartados por una inmensa distancia por su propia indole, si bien unidos forman la armonia del ser. Presentan primero el *sentimiento*, y solo despues de algun tiempo, entra como elemento de su vida moral, el *conocimiento*, combinándose paulatinamente con aquel. De los diferentes grados de perfeccion que alcanza el elemento dominante en el primer periodo y de los accidentes que sufre en su combinacion con el otro, nacen todos los demas periodos: así que estos no son positivamente sino fases de aquellos.

Sientese el hombre primero á sí mismo, siente despues la creacion, y mas tarde, simultáneadas estas sensaciones, se relacionan y empieza ya el *conocimiento*: el hombre *piensa*. Hé aquí la cuestion de los fenómenos internos en el tiempo.

Al darse el hombre cuenta de sí mismo, siente casi siempre *impulso* de orgullo irreflexivo superior á todo razonamiento, y que naciendo de estas circunstancias, tiene que ser *forzosamente* hijo de una idea intuitiva, expresion genuina de su naturaleza y base, por consiguiente, de sus especulaciones psicológicas. Sin haber aun formado juicios, el hombre se *juzga superior á cada individuo* que le rodea, aun cuando el conjunto de la creacion le abruma, mientras no logra elevarse sobre él en alas y á impulso de su razon. ¿Qué encierra, pues, esta naturaleza que así se reconoce y afirma con energía espontaneidad, superior á todas, ó á la mayor parte, cuando menos, de las naturalezas que la rodean? *Es el cuerpo* el que, por la bella y ordenada distribucion de sus partes y la proporecion armónica de su conjunto, da lugar á tan atrevida apreciacion? No: la impresion que causan todas estas condiciones materiales del hombre; mas aun, su estudio, por profundo que sea, no puede producir jamás nocion alguna de superioridad: la materia es la misma en todas partes, idénticas son sus condiciones sustanciales, y si alguna diferencia puede notarse en sus accidentes, establecida la comparacion, esta no puede menos de ser desfavorable al hombre.

Con efecto, si se prescinde ya de los seres inorgánicos que, completamente sometidos á las leyes de la inercia, no pueden prestar en esta cuestion términos comparativos, podemos establecer, como regla general, que todo ser material está asistido por mejores condiciones de existencia que el hombre-materia.

Veámoslo sino. Las funciones de los seres orgánicos pueden estar dirigidas por tres móviles: la *necesidad*, el *instinto*, y la *voluntad*. La *necesidad*, ley universal que se impone á todos los seres, se manifiesta en los vegetales de tal manera que, al propio tiempo, es *ley* y *ejecucion*. Estos cumplen sin esfuerzo y *pasivamente* todas las funciones de su desarrollo, mediante á que todos los elementos que han de ayudarlas, vienen á contribuir con sus efectos, sin que en todos estos inconvenientes intervenga otro agente que el impulso *impreso ab initio* á todos los átomos del universo: esta maquina está siempre limpia, no hay peligro de que una materia estraña entorpezca sus muelles y ruedas, que solo la cesion del impulso inmediato puede paralizar.

Los animales (1) que llamamos inanimados, obedecen tam-

bien á la *necesidad*; mas como en ellos hay *vida*, es decir, *actividad*, *movimiento propio* y *especial* al ser animado, esta necesidad se realiza por medio del *instinto*, que no es otra cosa que la *misma* necesidad aplicada al ser y realizándose; porque no reconocemos *espontaneidad* en el instinto, y sino digase: ¿podrá el pájaro dejar de hacer su nido con las circunstancias y condiciones que en cada familia estableció naturaleza? ¿Podrá el pacífico caballo permanecer tranquilo y sosegado al alcance del tigre carnicero? Y para concluir de una vez, ¿habeis visto ó comprendéis que un gato pueda suicidarse? «No, se responderá decididamente: falta la *voluntad* para salvar la ley.» Pues eso quiere decir, que la *necesidad* señaló la marcha y condiciones de cada uno de esos seres, géneros, especies é individuos, y la naturaleza les dotó del *instinto*; esto es casualidad *semi-activa* para *dirigir* el cumplimiento de la *fatal* necesidad. La naturaleza dotó á estos seres de todas las condiciones suficientes para realizarse. El clima, el suelo, la habitacion; su estructura interior, sus formas y aspectos exteriores; todo está armonizado, combinado, relacionado, para permanecer siempre en el estado de *inmovilidad* en que les conocemos. Alterad algo de esto y el animal perece.

¿Y en el hombre? En él la materia, por bella y esquisita que sea su estructura, si bien esté ayudada por condiciones interiores de existencia, casi carece de las exteriores necesarias; porque unas y otras están debilitadas en razon contraria de lo bello de su forma. La naturaleza formó al hombre casi despojado de fuerzas propias, sin armas naturales defensivas ni ofensivas; espuesto á toda suerte de males que no puede *materialmente* combatir. Todo se rebela contra él; el guijarro le lastima el pié, la espina del vegetal le hiere, el bruto le ataca, la tempestad le abruma, el frío le entumece, el calor le disuelve, el rayo, en fin, le abrasa: mientras que los animales, dotados de armas, fuerza y robustez, por todas partes hallan condiciones de vida y socorros á su flaqueza cuando la naturaleza les presenta enemigos superiores.

¿Pues qué hallamos en el hombre que pueda sustituir á todas estas condiciones de que carece? Si nada, podeis ya imaginároslo el ser mas desgraciado del universo, como tambien el mas inútil, formando así un cuadro fúnebre y desgarrador para el que no será posible hallar comparacion. Mas luego de esto, contemplad á la luz del claro sol que nos alumbraba, el risueño y colosal edificio de la moderna civilizacion, recoged siquiera una piedra, una cinta, un miserable clavo de las antiguas y estableced un paralelo. En un momento habrá desaparecido todo lo lúgubre, fatal y formidable de la precedente hipótesis, ante la claridad deslumbradora de lo real. Entonces esclamaréis indudablemente, heridos por un impulso irresistible: «sí, el hombre siente bien; al sentirse grande, el hombre no se ha equivocado,» porque todos haceis plaza al buen sentido cuando el buen sentido lo quiere. Si: por un movimiento natural de nuestra conciencia sabemos apreciar los motivos de certidumbre que encierran las cosas, y si por medio la razon *á posteriori*, juzgamos dogma nuestra conviccion, tambien hace la razon juicios *á priori*, y quizá entonces es su golpe de vista mas seguro.

Si despues de este impulso volvemos á recaer serenos en la reflexion, indudablemente conoceremos la razon que nos ha guiado á descubrir que los actos del hombre son completamente independientes, que no están sujetos á las leyes de la materia en modo alguno. Distinguese en ella la *espontaneidad* con la misma fuerza con que la necesidad se deja percibir en los de los demas seres. Enhorabuena que el cuerpo humano esté regido por leyes físicas indeclinables; enhorabuena que el hombre tenga tambien leyes de otra naturaleza que obedecer; mas conforme su materia no podrá salvar jamás las leyes que le ordenan, hay algo en el hombre que se sobrepone á todas las fatalidades: el hombre *quiere* y el hombre *puede*: hé aquí la traduccion de ese *algo* superior y la acusacion de su existencia. Esto es, la *razon*, la *voluntad*, el *sentimiento*, el *alma*, en fin. Por su medio el hombre ha atravesado los siglos siempre progresando; por su medio el hombre ha rechazado con energia todos los obstáculos y allanado todas las asperezas de su camino.

Pues bien, este *algo* que se sobrepone á las leyes constantes de la materia, no puede ser materia: por el contrario, ha de formar completa oposicion con ella, con fuerza bastante para dominar la *pasividad* del cuerpo y regirle en todas sus operaciones so pena de no vivir vida propia y relajar la ley moral, y el cuerpo á su vez ha de estar bien organizado y responder con exactitud al movimiento interno de la voluntad, ó de lo contrario, consumido y arrastrado por su propia debilidad, perecerá en pocos instantes.

Compónese, pues, el hombre de dos naturalezas distintas y aun opuestas; pero que combinadas y armonizadas, producen la obra mas perfecta de la naturaleza. *Espiritu*, *materia*, son los dos términos que forman el todo sintético.

Sabemos que no son, ó por lo menos no han sido estas las creencias de todos. sabemos que se han inventado innumerables sofismas para combatirlos; mas no intentamos seguirlos en su variada y caprichosa marcha. En otra circunstancia bastaria establecer sólidamente nuestra doctrina para destruir por su base las contrarias, removiendo principios de disolucion que contuviesen: mas hoy ni aun eso juzgamos necesario: hánse reformado las opiniones en sentido muy racional y no tememos que se nos suscite oposicion.

Concretarémosnos, pues, á trasladar al papel uno solo de los argumentos que la razon nos proporciona, abandonando la polémica, muy gastada ya en esta materia, y, lo repetimos, innecesaria.

Todos los actos del hombre van marcados con dos caracteres distintos como tienen que serlo las propiedades *fundamentales* de dos sustancias *heterogéneas*: en dos series generales pueden consiguientemente dividirse estos actos: de un lado todos los que pertenecen al *mundo físico* y *fenomenal*; del otro, todos los relativos al *orden moral é intelectual*. Pues bien, una vez afirmada esta *dualidad* del Yo, de aquí á la distincion, no hay mas que un paso: vamos á darlo.

Hemos hecho notar anteriormente la inmensa distancia que la *voluntad* ponía entre la naturaleza y destino de la *materia* y el destino y naturaleza del *alma*: ahora escuchad.

Habeis sido jóven, habeis vivido y gozado del mundo con esceso, y al concluir vuestra carrera, pesan sobre vos males sin número: habeis causado muchos males á vuestros semejantes, habeis estragado vuestra sensibilidad y embotado vuestra inteligencia; por otra parte, vuestro corazon está seco, sois indiferente á todo, estais hastiado de la vida y os suicidais; es decir, anonadáis vuestro cuerpo, y como no sois mas que *materia*, os sustraéis por ese medio al castigo á que sois merecedor, pues que ni aun la muerte es castigo cuando os la dais voluntariamente. Vuestros crímenes, pues, quedan impunes, sin reparacion vuestras victimas. ¡Triste justicia! ¡Infelices victimas! Esto es horrible ¿verdad? Oid aun.—Habeis vivido puro, habeis *satisfecho á la naturaleza*, habeis hecho mucho bien á vuestros semejantes; mas habeis sido muy desgraciado y estais á punto de sucumbir á vuestros padecimientos: en este momento, en medio de vuestros dolores, en

(1) Bastiat, *Sopliques économiques, deuxième série.*—1848.

(1) Prescindimos de los que por su especialidad no caben en este cuadro.

medio de vuestro sufrimiento, sentís una amarga satisfacción al recordar vuestra vida, ni una mancha la empaña y os creéis acreedor á alguna felicidad de la que habeis regalado á vuestros hermanos y que no habeis podido gustar; vuestra alma eleváse impulsada por no sabemos qué energía, á regiones ideales, imaginarias, hermosas y tranquilas como vuestra conciencia, y trata de encontrar allí, lo que aquí ha buscado en vano: mas podeis destruir todas estas consoladoras aspiraciones, la muerte lo concluye todo, sin daros ni aun tranquilidad, porque el sepulcro, que es la nada, nada puede dar. Esto es mas horrible todavía ¿no es verdad?

No hay que dudarle; ese algo que hay en nosotros, fuerte, grande é inmortal, opuesto á todo lo que tenemos de pequeño, imperfecto, miserable y perecedero, esas sublimes aspiraciones de la inteligencia, ese impulso secreto que al infinito nos eleva; todo eso es mucho para encerrarse en tan estrecha cárcel como un cuerpo destinado á volver al polvo de que es hecho. Nuestra alma es *espiritu, indivisible, inmortal*: nuestra alma, en cuyas propiedades están reflejados los atributos de la divinidad, no puede sino ser emanación directa de la divinidad, á quien semeja y á cuyo seno marcha valiente la inteligencia, una vez desvuelta de las pesadas cadenas de la materia perecedera.

No creemos deber insistir mas en un punto tan debatido por la ciencia, y en nuestro humilde concepto, decidido ya en favor de la razón. Solo si, concluiremos este episodio de nuestro artículo recordando estas palabras de un filósofo francés (1): «La materia conservará siempre su naturaleza y nunca dejará de ser estensa y capaz de figura y de movimiento.... sean los que fueren los progresos de la física, jamás descubriremos que el placer, el dolor, la admiración y otras afecciones del mismo linaje sean sólidas ó porosas, redondas ó cuadradas, lentas ó rápidas en el movimiento.» Por lo demas, nuestras ultimas observaciones y corolarios podrán servir para completar la teoría que esponemos.

Vamos ahora á reconocer al hombre en las funciones del alma, en las del cuerpo y en la union de ambos sucesivamente. Todo será brevísimo en comparacion de lo que podría ser atendidas las condiciones de este trabajo (2).

El alma es una sustancia dotada de razón y puesta en contacto con el cuerpo, no para *gobernarlo*, como dice San Agustín (3), tomando el *medio* por el *fin*; sino para *servirse* de él como único medio de ejercer su acción en el mundo fenomenal, sustancial y formalmente. El alma es el *principal* elemento del *ser humano*, es lo que constituye imprescindiblemente el *ser*, que por conducto del cuerpo solo se pone en relacion con los objetos exteriores, ligándose á él con vínculos cuya progresiva relajación y deslance constituyen principalmente el objeto de las conquistas de la inteligencia. El origen del alma es divino. Por su naturaleza espiritual es una y simple y solo por ella es capaz de contener y percibir la noción de las *dimensiones abstractas* y de las figuras rigurosas *incorporales*, y en fin, de todo lo que no es susceptible de apreciación física; porque no se concibe que ninguna sustancia pueda contener en si elementos ó principios que no pertenezcan á su naturaleza en género ó especie.

El alma es á la vez sustancia *pasiva* y *activa*. Se presenta caracterizada con tres propiedades ó *modos* de *ser*, y obra por medio de facultades ó *principios de acción*.

Lo que hemos llamado *modos de ser* del alma no es otra cosa que la *sensibilidad*, la *inteligencia* y la *actividad*. Por *impresionable* á todas las influencias propias y estrañas, es *sensible*; por ser centro del *conocimiento*, es *inteligente*; por ser *libre* y dotada de *voluntad*, es *activa*. Estas propiedades constituyen sus elementos de vida: por medio de ellas, en series de actos mas ó menos instantáneos, mas ó menos deslindados á nuestra vista, *percibe* cualquier objeto (*sensibilidad discreta*, *examina* y en consecuencia, *afirma* ó *niega* sustancias, *modos* y relaciones (*inteligencia*) y según las inspiraciones que este juicio le comunique, obra por medio de su *voluntad* cuyo poder se estiende sobre el cuerpo *inmediatamente*, y por razón de su especial destino, y sobre los objetos exteriores *mediatamente* por virtud de sus propias fuerzas naturales ó adquiridas (*actividad*).

Como juzgarán nuestros lectores, estas ligeras indicaciones y las que siguen, bastan para formarse una idea en grupo de las funciones del alma, como necesitamos para deducir mas adelante las consecuencias que vamos buscando. Reconocida ya la teoría de las *propiedades*, cúmplenos ahora repasar la de las *facultades*.

Mucho se ha discutido acerca de estas y mucho tambien se ha errado. Háse pretendido clasificarlas en grupos y secciones, y en esta materia se ha dado lugar á largos altercados y minuciosas observaciones, como si fuera de las mas importantes de la ciencia, no se ha logrado formar siquiera un mediano sistema, merced á la confusión que el escolasticismo ha introducido en la mayor parte de las materias que han caído bajo su mano.

Hicieron residir las *facultades* en algunas de las *propiedades*; error grave; pues al paso que se pretendía fijar el verdadero sentido de la *voz propiedad*, se introducía un elemento que lo alteraba notablemente. Siendo la *propiedad modo de ser*, muy bien puede servir de *elemento* á la *facultad* razón, por ejemplo, mas nunca esta facultad podrá residir en tal propiedad que no es *mas modo* y en ninguna manera *sustancia* especial. Sirviéndonos de un ejemplo material diríamos que: el peso (*propiedad*) A, de la *sustancia* Z, puede *influir* según su naturaleza y á medida de su grado en la fuerza (*facultad*) D; mas esta fuerza residirá en la totalidad Z que puede calificarse por las *propiedades* eficientes A, B y C, tambien en su totalidad.

Carecen, pues, de base todas estas organizaciones y clasificaciones; ni son tampoco esenciales á la moral, ni producen en el derecho efecto alguno positivo. El buen juicio de cada uno podrá comprender perfectamente que, la atención, la memoria, la razón, la imaginación y la palabra son verdaderas facultades; porque no derivan de otro principio *especial* que pueda reconocerse superior, y sabrán apreciar el *juicio* y el *raciocinio* como funciones de la facultad *razón* y no como facultades distintas.

La voluntad interviene en todas ellas como agente principal porque las dota de la cualidad de *activa* que viene á ser lo mismo que hacerlas tales facultades (4). Las demas propiedades tambien entran en las funciones de cada facultad, cada cual en el círculo de sus influencias mas ó menos fuertes, según el diferente estado del hombre y sus condiciones actuales de relacion con los objetos exteriores. Asimismo, estas influencias logran sustituir en la acción, unas facultades por otras. Nadie ignora, por ejemplo, que siendo la razón la que debe gobernar al hombre, puede este hallarse muchas veces bajo la

influencia inmediata de una imaginación calenturienta, demasiado escitada por cualesquiera causas naturales ó artificiales.

Como solo la actividad constituye, según lo indica su propio nombre, la propiedad *activa* del alma, las otras dos propiedades, la *inteligencia* y la *sensibilidad* que, solo son activas en cuanto se combinan con la primera, no pueden ser mas que modalidades secundarias de las facultades, pues conforme las constituye á todas en su carácter general y uniforme de potencias, la *sensibilidad*, las califican y dotan de su condición especial.

En la voluntad, atención, memoria, razón, imaginación y palabra, se encierran todas las funciones del alma. La *sensibilidad*, en cualquiera de sus aspectos, comunica materia para el trabajo de esta complicada máquina de ideas como la ha llamado un pensador. Mas esto no es admitir el *nihil est nisi intellectu*.... de Aristóteles, porque la *sensibilidad*, no solo es *sensación*, cuando corresponde el alma á las impresiones de los objetos esternos, si que tambien es *sentimiento-moral* cuando siente las acciones de los seres morales que nos rodean; es *sentido intimo (conciencia)* cuando nos impresionamos por las acciones del *yo*, y es, en fin, *sentimiento-relacion* cuando antes de *comparar* y formar verdaderos *juicios*, *sentimos* la idea intuitiva (1).

La propiedad *inteligencia* es tambien elemental en todas las facultades con mas ó menos intensidad: esta influencia se comprende una vez apreciado el valor de la *voz inteligencia*, con solo mentar las facultades enumeradas.

Entre todas las facultades, distingúense la *razón* y la *voluntad* como caracterizadas del *ente humano*. Con efecto: no solo se eslabonan y enlazan entre si, sino que su existencia es absolutamente necesaria para la existencia de las demas que no son sino su complemento. La razón por si sola eleva al hombre sobre todo lo creado; porque, *semejante* á Dios, tiene conciencia de su *ser*, *se comprende* y *sino crea, descubre*, lo cual es indudablemente una segunda creación. Mas aun esta facultad, noble y poderosa como es, dejaria de producir sus beneficios y admirables efectos, si la *voluntad* no la revistiese de una cualidad activa que estiende su poder y la coloca á toda su altura.

De tal combinación nace el *libre-albedrío*, que consiste en la facultad de *elegir*, objetos, medios y fines (*inmediatos*) de acción, facultad que no puede suponerse sin un anterior *conocimiento* de lo *elegible*, y un esfuerzo de *voluntad*.

El hombre, pues, dotado de la facultad de *conocer*, juzgar y *elegir*, es completamente dueño de sus actos (*libre*) y como tal, responsable de ellos.

Mas colocado en cierta posición de dependencia, con relación á todos los objetos, no es ni puede ser completamente amplia esta libertad; es decir, que si bien es absoluta cuando existe, muchas veces desaparece. Sometido al poderoso influjo de la materia, fuertemente escitado ya por recuerdos, ya por impresiones del momento, casi le es imposible en muchos casos sobreponerse á los instintos *apasionados*, y en estos casos, como que la libertad queda anonadada, la responsabilidad inmediata es nula.

Por lo demas no siempre puede ser motivo de irresponsabilidad, la fuerza de los impulsos *apasionados*: el hombre tiene estrecha obligacion de apreciar escrupulosamente sus impresiones y no dejarse arrastrar con facilidad por ellas; la razón y la voluntad deben velar de continuo en la prevision de una lucha que á todo trance deben aceptar cuando se presenten causas ajenas y estrañas y evitar cuando en si mismos pueda iniciarse.

Hemos dicho antes que bastan estas ligeras indicaciones para servir á nuestro objeto: ellas producirán las consecuencias necesarias para satisfacer cumplidamente nuestro propósito. Dedicemos ahora algunas palabras á nuestra parte material, el cuerpo, y en este empeño seremos por las mismas razones, sobrado mas lacónicos que en el que acabamos de desenvolver.

Nuestro cuerpo es un completo organismo. *Organos,—funciones*: hé aquí su composición. Todo esto *animado* por el *movimiento*, constituye la parte física del hombre.

El movimiento que anima este organismo es de tres categorías: el de *gravedad*, comun á todo cuerpo; el de *desarrollo* y *sustentación*, comun á todos los organizados, y el de *locomoción*, simultáneo á la generalidad de los *animados*. El primero es de naturaleza completamente *pasiva*, los demas son completamente *activos* en cuanto puede serlo la *materia* y solo el segundo, se ayuda con la *asimilación* de sustancias estrañas que, reforzando constantemente los miembros por medio de aparatos delicadamente concertados, proveen á la conservación de los elementos que sostienen la armonía de la totalidad á impulsar su crecimiento y formación hasta el estado natural, despues del cual el desgaste de la máquina produce la *descomposición*, la muerte del organismo. Esto por lo que hace á las funciones de *sostenimiento* exclusivamente.

Mas hay todavía otra suerte de funciones físicas que solo tienen por objeto el servicio y complemento de las facultades espirituales. Estas son las funciones del cerebro.

Entramos, pues, ya en el terreno de la union del alma y el cuerpo. Esta union consiste..... en la *union del alma y el cuerpo*: hé aquí la única razón, si tal puede llamarse, que han logrado encontrar todas las elucubraciones de los filósofos, estraordinariamente agitados por cuestion tan trascendental como misteriosa. A esto se reducen todos los arbitrios de explicación inventados, á cero.

Como nosotros no pretendemos hacer aquí un curso de metafísica; como tampoco hemos pretendido hacerlo de anatomía, nos basta reconocer el hecho,—que ya nadie sueña en disputar,—de esta union, que no hay otro medio que admitir, una vez admitida la distinción de sustancias de que tratamos en el comienzo de este artículo. Así que, solo consideraremos las manifestaciones del alma por medio de los órganos como efecto de esta union, cuya causa ni queremos ni quizá conseguiríamos investigar.

Una ciencia presentada ya de luengos años, si bien no estudiada ni practicada hasta hace poco; la frenología, ciencia eminentemente espiritualista por mas que se haya declamado en contra, ha logrado elevar esta cuestion á la altura á que merecía.

Segun ella, el *cerebro*, es la residencia de los órganos correspondientes á las funciones internas que por su medio se *manifiestan* y *sistematizan* las inclinaciones, por esa propension de la naturaleza material á viciarse ó siquiera á modificarse de cualesquiera modos en fuerza del *hábito*.

Esto, segun desde luego se nota, supone tan exacta correspondencia entre *facultades (espirituales)* y *órganos (mate-*

riales), como seria necesaria para la perfecta union y armonía del principio espiritual con el material, de manera que ambos constituyan unidos un *ente* que, una vez separados, dejaria de ser lo que es.—Esta correspondencia da lugar á que las modificaciones *viciosas*, una vez impresas en el *órgano* por la *facultad-agente*, hagan *incompleta* y *viciosa* su manifestación exterior, si ya no es que la *educación*, castigando el hábito, introduce otra nueva modificación y vice-versa. De este modo el *cerebro*, punto de confluencia de todo el *sistema-nervioso*, re-concentra en si las impresiones para *transmitirlas* del alma á los miembros y de los *sentidos* al alma, estableciéndose así la cadena de relaciones que forma la vida moral é intelectual del hombre.

SALUSTIO V. ALVARADO.

LA NOVIA DE LA FANTASMA,

HISTORIA CONTEMPORÁNEA,

contada

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Advertencia preliminar.

Hace mucho tiempo me encontré en la calle con un antiguo compañero de universidad y de filas.

Nos metimos á charlar en un café, como que habia mas de doce años que no charlábamos juntos, y por fin de charla me ofreció procurarme un asunto para llenar con él algunas páginas.

Al dia siguiente me llevó á casa un legajo de papeles de diferentes formas, tamaños y colores.

Aquello era un fragmento, segun decia, de lo que llamaba enfáticamente sus memorias.

Se fué y yo no se lo que seria de él, porque no le he vuelto á ver.

Aunque la forma sea, como en las memorias, la de la narración directa, debo confesar francamente que esta historia, sin dejar de pertenecer en el fondo á mi amigo, en cuanto á la forma me pertenece: la he escrito yo.

Y digo que la he escrito, porque lo que me dió mi amigo fueron unos apuntes preciosos, sin duda, por lo estensos, por lo detallados, por lo gráficos, por ese no se qué palpitante que se deja sentir en todos los relatos verdaderos: pero apuntes desordenados, difusos, como escritos por una mano profana: yo he ordenado esos apuntes, los he enriquecido, los he vestido, dejando bajo este traje cortado á la moda, intacto el cuerpo histórico, por decirlo así: en una palabra: he novelado un drama muy sencillo, un drama de aldea, que me ha parecido á propósito para procurar un rato de entretenimiento á los lectores de LA AMÉRICA.

Estos apuntes han dormido mucho tiempo entre el cúmulo de mis papeles con otros tantos que esperan pacientemente que les toque su turno, y salen al fin á luz á causa de mi necesidad de escribir.

Prólogo.

I.

En primer lugar este no es un cuento.

Es una historia hecha y derecha.

Historia triste, si se quiere, con sus ribetes de fantástica, y su parte *lacrymosa* á la orden del dia: pero historia al fin.

Los principales personajes, como si dijéramos, *Julietta* y *Romeo*, han muerto, porque esta es una historia trágica: pero existen personas que fueron testigos y aun parte interesada de los sucesos que vamos á referir, y á su testimonio apelaremos en el caso improbable de que alguien dude de nuestra veracidad.

Hecha esta manifestación, que hemos creído necesaria, emprendemos.

II.

Hace muchos años era yo sargento de provinciales.

Por aquel tiempo andaba yo aperreado por vericuetos y andurriales de dia y de noche, y sin tener hora de descanso.

Algunas veces queria mi buena suerte, que, en vez de pernoctar en una venta, cuando no en un ventorrillo, que ya es menos que una venta, ó en una barraca, ó en un aprisco, ó en una cueva, y á veces en la posada de la Estrella, donde todo lo que se ve es cama, y á buen seguro que nadie toque con la mano al techo, pernoctase en alguna villa ó pueblo.

Esto era ya tolerable.

Se cenaba caliente, se estaba hasta las ánimas sentado en un rincón del hogar en el invierno, ó en la puerta al fresco en el verano, y despues de las ánimas se dormía en una cama que por muy dura que fuese, ya era mas blanda que la madre tierra.

Porque eso de que el césped es blando, son tonterías de poetas bucólicos que nunca han dormido al cielo raso ó nublado; y en cuanto á lo de los verdes cortinajes de los árboles, junto con la humedad de la tierra, son lo mas mal sano que puede darse.

Yo creo que desde aquellas andancias y á fuerza de dormir bucólicamente, he contraído el catarro crónico bronquial que debo la tos mas recalcitrante, sistemática y *estatuquista* que darse puede.

Pero como no se trata ni de demostrar lo mal sano de dormir al sereno sobre la yerba, porque eso á todo el mundo se le ocurre, ni de mi catarro crónico, que á nadie importa nada, sino del prólogo de *La Novia de la fantasma*, continuemos.

III.

Pinos del Valle ó los Pinos del Valle, (no estoy seguro de si este nombre es con ó sin el artículo) es un pueblecillo por medio del cual pasa el camino viejo de Motril.

No hay nada mas bello, mas ideal, mas encantador, que la vista de este pueblecillo, mirado desde el camino nuevo.

(Entre paréntesis: este camino no se llama nuevo sino porque el otro es mas viejo.)

La parte del camino nuevo desde donde se ve á la derecha, yendo á Motril, el pueblo de Pinos del Valle, se llama la Solana.

Permitaseme algo de descripción, porque el pais la merece.

Yo gozo haciendo la descripción de aquellos lugares, porque al acordarme de ellos, me acuerdo de mis veinte años ó para evitar anfibologías, de la época de mi vida en que yo acababa de cumplir los veinte años.

Mi vida era entonces fresca, dorada, rica de esperanzas y de sueños (muchos de los cuales, debo confesarlo, se han realizado) como es fresco el suelo de aquellas montañas, como es radiante la luz del sol que dora los átomos impalpables de aquel cielo diáfano; como es inmenso el horizonte que se alcanza en todas direcciones desde aquellas cumbres.

A vuestra izquierda, precipitándose ruidoso por su profundo y pendiente lecho, rueda el Guadalquivir, el rio traidor, que

(1) Massias.

(2) San Agustín.—«Cantidad del alma.»

(3) Nunca nos cansaremos de producir esta advertencia, pues nuestro laconismo en esta materia podría tacharse de poca profundidad, y por mas que no pretendamos pasar por sabios, justo es que tratemos de alejar y destruir todo juicio inexacto.

(4) Facultad *défaire* (Fuerza-potencia).

apenas un ligero nublado desprende de si una lluvia de algunos minutos, se enturbia, se hincha, se enronquece, acomete los flancos de la montaña amenazando sus cumbres, enriquecido por el millón de pequeños raudales que llevan á su lecho las arrugas de aquellas mismas montañas.

A la izquierda del Guadalepe se extienden las Alpujarras, ese pequeño y romántico país, donde brotan las tradiciones bajo la planta del viajero; donde en cada cumbre hay un castillejo arruinado y una villa blanqueada; cuyos valles están salpicados de alquerías; donde los naranjos y los limoneros mantienen un perpetuo verdor aun en la estación de las heladas, al pié mismo de ese gigante cano, cuya punta, que se pierde en las nubes lleva aun el nombre del rey Xequé, del padre del rey Chico, del penúltimo rey de Granada, de Muley Hacén.

Aquel suelo, cuando no es verde, es rojo.

Parece que le ha teñido de una manera indeleble la sangre vertida durante la rebelión de los moriscos.

Sorprendentes puntos de vista; rocas calcáreas; colinas rojas; montes que van hundiéndose en escalones, á la manera de las gradas de un anfiteatro; de una parte los oscuros pinares, de otro los encinares tupidos; los valles con sus vapores leves, como velos de tul blanco; los campanarios de las aldeas que refractan á larga distancia los rayos del sol con sus tejas vidriadas y sus azulejos moriscos; las rocas caprichosamente cortadas, que vistas de lejos, y con poco que la imaginación ponga de su parte, parecen torreados castillos feudales, ó ciudades arruinadas; el valladar azul de irregular silueta de las sierras del horizonte; hé aquí lo que se ve por todas partes, desde el punto del camino de la Solana, desde donde se ve al otro lado de un valle profundo el lugarejo de Pinos del Valle.

Refiriéndome al aspecto de este pueblo, figuraos el efecto de un inmenso dado de tierra, cortado perpendicularmente, y cubiertas de verdor sus cortaduras, produciendo el mismo efecto que un muro viejo cubierto de yedra: suponed sobre este monte cortado de esta manera, una extensa plataforma, sobre la cual se levantan los grandes olivos de Andalucía con su verde oscuro, y cien especies de árboles frutales ostentando todos los matices, todas las intensidades del verde; y en medio de esta plataforma fructífera, ocupando la tercera parte de su extensión, una línea de casitas blancas, en medio de las cuales, descuella un humilde campanario.

Aquel campanario, aquellas casas, en medio de aquel jardín maravilloso, son el templo y los hogares de los habitantes de Pinos del Valle.

Ninguna montaña envidiosa oscurece con su sombra esta aldea: detrás de Pinos del Valle no hay nada que le perjudique: la luz le inunda por todas partes: el pardo perfil de sus tejados, sus chimeneas, la cruz de su iglesia, se recortan sobre el límpido azul del cielo.

III.

Siento mucho verme precisado á llevaros al interior del pueblo, despues de habérselo mostrado desde una altura de la Solana y á la distancia de punto en blanco de cañon rayado.

Habéis visto con delicia las sombrías alquerías del valle que da nombre al pueblo; habéis atravesado, embriagados con la fragancia de las flores, de las frutas y de las cañas de maíz, las huertas que le rodean, y cuando entreis por la primera estrecha calleja del lugar, os acontecerá lo que me aconteció á mi la primera vez que entré en él.

Desperté del sueño de mi imaginación de una manera ruda.

Casas muy blanqueadas, sí, pero muy tristes, muy pobres; acá y allá, á grandes trechos, algunas con mas pretensiones, en que se alcanzaba á ver algun balaon de madera; irregularidades caprichosas; portales abiertos por enormes rendijas, á través de las cuales se veían corrales tristes; callejuelas sin salida: un piso infernal, al cual era preferible el piso de la montaña; polvo, paja, profundos carriles, pedruscos que dificultan el paso: hé aquí el feo epilogo de aquel magnífico poema aspirado con delicia un poco antes.

Estábamos, en fin, en el interior de un pueblo, sino de la Alpujarra, enteramente semejante á los pueblos de la Alpujarra.

IV.

Era domingo.

Yo avanzaba hácia la plaza al frente de mi destacamento.

Cuando al salir el sol se ha empezado á andar por barrancos y cerros, atravesando arroyos y flanqueando montañas, con ligeros descansos por largos intervalos, cuando el sol se pone, el fusil y la mochila pesan demasiado, yo os lo aseguro.

Mis granaderos y yo íbamos cuanto de prisa podíamos, al olor del alojamiento.

Pero al volver una esquina, nos llamó á todos la atención una voz de mujer, mejor dicho, de niña, que exclamó desde una puerta inmediata:

—Venid, muchachas, venid: ¡entra tropa!

Un momento despues estaban en un ancho portalon una docena de jóvenes.

La voz de la joven era una de esas voces sonoras, dulces, poderosas, que hacen vibrar de no sé qué manera misteriosa una fibra oculta en nuestra alma, y cuando se tienen veinte años, y es uno soldado....

Yo mandé hacer alto á la tropa y me dirigí al grupo de muchachas.

Dentro se oía ruido de fiesta.

Una mano incansable rasgueaba sobre una mala guitarra un monótono fandango.

A este son insoportable se unía el repicar de castañuelas; pero en compensación, al acercarme yo á la puerta, una voz admirable, una voz de mujer, cantó con una espresión, una languidez y un sentimiento infinitos, una de esas coplas improvisadas por ese poeta que se llama pueblo, y que cantadas como las que en aquel momento estaba oyendo cantar, nos oprimen el corazón con no sé qué dulce tristeza, y arrancan una tranquila lágrima á nuestros ojos.

El pueblo español, y especialmente el pueblo andaluz de la montaña, no sólo encuentra en su corazón y en su imaginación el espíritu y la forma del sentimiento con que espresión sus cantares, sino que él solo es el único que sabe cantarlos, aumentando su fuerza intrínseca con la fuerza de la espresión.

V.

Yo caí de nuevo en ese sueño que dormimos despiertos. En esa concentración de la imaginación en lo bello, en lo lánguido, en lo voluptuoso.

El cuadro que tenía delante no era á propósito por cierto para despertar.

Cubriendo el portalon de la casa, había como una docena de muchachas desde los quince á los veinte años, que constituían un monstruo magnífico.

Ninguna era fea, ni bonita, ni linda: eran todas algo mas. Eran hermosas.

Hermosas, con ese incitante atractivo de la hermosura meridional.

Mas aun: con la fuerza de encantos, de vida, de pasión, de espíritu, de ese tipo que se encuentra en las Alpujarras y en el distrito de Motril, y solo en ellos, porque ese tipo, conservado fielmente de generación en generación, es el tipo morisco-español.

No importa que los ojos de esas muchachas sean negros, pardos ó azules.

Todos tienen la misma incontrastable fuerza.

A través de la límpida y brillante mirada de todos ellos, se ve lucir esa chispa perenne, ardiente, del fuego sagrado del alma.

Esas mujeres aman una vez y solo una vez.

Esas mujeres son todas enteras, corazón, vida, pensamiento, para el hombre de su amor.

Su fé de amantes es igual á su fé religiosa.

Una conversacion de amor con una de esas mujeres es un magnífico trozo de poesía inspirada, tan elocuente, tan primitiva, tan original, tan sentida, tan ardorosa, tan dulce, tan entusiasta como el trozo mas escogido de uno de los largos arrebatos de inspiración, de pasión, de la mejor tragedia de Eschilo, el trágico de los trágicos, el padre del teatro griego, el poeta de los gigantes arranques.

Y no importa el lenguaje con que esas muchachas espresan lo que sienten: su misma sencillez, su misma vulgaridad, si se quiere, dan mas fuerza al sentimiento, porque el sentimiento es tanto mas poderoso, cuanto menos le encubren el artificio ó la elevación del lenguaje.

He dicho que todas aquellas muchachas eran hermosas.

Voy á decir mas: en Pinos del Valle no se guarda memoria de que haya nacido en él una mujer fea.

Los naturales tienen acerca de esto una vanidad que raya en impertinencia.

La atribuyen unos á causas maravillosas consignadas en consejas tradicionales heredadas de los moros y trasmitidas por los padres á los hijos de generación en generación.

Otros menos dados á lo maravilloso, lo atribuyen á las aguas, á los aires, á influencias puramente locales.

Y dicen para apoyar su opinión:

Tal tierra hay en que no sale un melon malo.

Tal en que los higos no pueden ser mejores.

Otra en que las naranjas son dulces como la miel, y *aguas* como una fuente.

Pues bien: Pinos del Valle es una tierra de *buenas mozas*.

Y al ver que toda joven que en el dicho pueblo se presenta es hechicera, y que no hay vieja que no conserve vestigios de la hermosura de su juventud, os veis obligados á confesar que, en efecto, la antigua villa mora es, por excelencia, la patria de las buenas mozas.

Y algo de *intrínseco*, algo que no está al alcance de la razón hay en esto, porque en cuanto á hombres, los buenos mozos, como en todas partes, son excepciones.

VI.

Al llegar á las jóvenes pregunté en general, por dónde se iba á la plaza: yo necesitaba preguntar algo.

—Por ahí abajo todo derecho, me respondió una en la que reconocí por la voz á la que había dado el aviso á sus compañeras de que entraba tropa en el pueblo.

Con la contestación de la niña el diálogo había dado fondo: había muerto al empezar.

Sin embargo, yo estaba allí detenido por....

En medio del grupo de las jóvenes, había una que, desde que yo me acerqué, había fijado en mi una mirada que yo no podía traducir, que no comprendía.

Era una mirada grave, serena, en que había algo de dolorosa tristeza.

Una mirada emanada de los ojos negros mas pudorosos, mas lucientes, mas endérgicamente hermosos que he visto en toda mi vida.

Aquellos ojos habían concentrado toda mi atención: no me habían dejado tiempo de examinar detalle por detalle á la joven.

Yo quería aprender su figura de memoria.

Hay dos pretextos en los pueblos cuando uno quiere detenerse en la puerta de una casa: pedir fuego para el cigarro ó agua.

Yo no tenía cigarro en la mano.

Supliqué que me diesen una poca de agua.

La misma joven que me había respondido, entró en el patio que había inmediatamente detrás de la puerta y se puso á sacar agua de un pozo.

Algunos mozos de los que estaban en la fiesta sobrevinieron.

—Militar, me preguntó uno de ellos: ¿van Vds. de paso?

—No, amigo: venimos destacados.

—¿Y por mucho tiempo?

—No lo sé.

Yo entretanto contemplaba á la joven de los ojos negros, que reparó al fin en la insistencia de mis miradas, bajó los ojos se volvió y se metió adentro.

Entonces, la otra á quien había pedido el agua, me la trajo en una caldereta de cobre perfectamente estañado.

Bebí, me despedí, puse en marcha la tropa, y poco despues llegaba á la plaza y me dirigía á las casas de ayuntamiento.

Salióme al encuentro un hombrecillo.

—Que se le ofrece á Vd. *militar* me dijo: el alcalde está de caza, pero como lo que Vd. *quedará* será los alojamientos no le hace porque yo soy el alguacil.

Yo sabía por experiencia lo que son los alguaciles de los pueblos.

Le di una peseta, y despues de haberle sobornado le dije:

—Que calle es esa por donde hemos venido.

—La calle *rial*.

—En la calle Real, hay una casa á la izquierda segun se viene, que tiene un patio con emparrado.

—*Mia tu! pus ansina* hay por lo poco tres docenas en el pueblo.

—Hay un pozo delante de la puerta.

—Toma, toma! ¡un pozo! *pus no caigo*.

—Había fiesta.

—*¡Musté!* *toos* los domingos se *bailotea* en *toas* partes.

—En esa casa hay una joven blanca, alta...

—*¡Con* los ojos negros como la *endrina*, *branca*, *mu branca*, *mu empecherà*, con una mata de pelo negro que *mete* miedo?

—Sí, hombre, sí.

—*Descoloria* como una *desenterrá*?

—Sí.

—Se llama *Frasquita*?

—*¡Eh!* ¿Qué se yo como se llama?

—*Pus* si señor: por las palabras de Vd., *militar*, esa es *Frasquita* la hija de la tía *Vinageras*: le dicen á su madre la tía *Vinageras*, porque si tuvo, sino tuvo, si dejó de tener con el tío *Ciriales* el sacristan, el padre de la *Diosa*; y *miusté*, le decían la *Diosa* á María porque era una imagen: ¿qué tiene que

ver *Frasquita*? lo que mi burra con la yegua pia del alcalde; y *oigasté*: la *Frasquita* es la mejor moza del pueblo y no hay otra como ella en dos leguas á *reonda*: pero se va poniendo *ética*, como la *prove* María; y vamos, aquella á la fin y á la postre, era *novia de la fantasma*, y quien platica con almas en pena... pero *Frasquita* no es *novia de naide*...

Yo atajé la incoherente charla del alguacil.

—Quiero mi boleta, le dije, para la casa de *Frasquita*.

—Pero *miusté* que *Frasquita* no vive en la calle *rial*.

—Pues mejor.

—Pues si es mejor, *toos patas*. *Ansina*, *ansina* la casa de *Frasquita* es casa de sargento. *Vengasté* conmigo y le daré la boleta.

—Despues alojas á la tropa.

—Toma: *pus* ya se vé.

Se metió bajo unos soportales por una puerta estrecha y salió á poco con la boleta.

—Como no *sabrasté* á la casa, este muchacho le llevará, me dijo: oye, *Pelote*, lleva á este *militar cas* de la tía *Vinageras*.

El muchacho echó delante, y yo, llamando á mi asistente, le seguí.

VII.

Cinco minutos despues me encontraba en una ancha y límpida cocina.

Una muger como de cuarenta y cinco años, bella aun, pero demacrada, pálida, triste, con el mismo género de tristeza que la niña de los ojos negros, y completamente parecida á ella, como se parecen cuarenta y cinco años á diez y ocho, me había recibido de una manera inmejorable.

Yo me encontraba sentado al lado de un buen fuego en el lugar preferente del hogar, allí donde se sienta durante las largas veladas de invierno el jefe de la familia.

Estaba muy cansado y envié á *Colorao*. (*Colorao* era mi asistente y el soldado mas tuno que he conocido) con el pasaporte para que le presentase al alcalde, y le esperase sino había llegado aun.

Aquel pasaporte, expedido por el comandante general de Motril, estaba concebido en estos términos:

«Concedo libre y seguro pasaporte á D. Fulano de Tal, sargento primero del regimiento provincial de Granada, que con un tambor, dos cabos y treinta soldados, pasa destacado á Pinos del Valle, con destino á la persecución de contrabandistas y malhechores, etc.»

—Vd. tendrá necesidad de tomar algo, me dijo la tía *Vinageras* apenas se fué *Colorao*.

—Sí, si señora: no he comido en todo el dia, pero ya mandaré á mi asistente.

—¿Válgame Dios! dijo la buena muger: ¿y que nos casemos para que se lleven nuestros hijos á pasar trabajos... á que los maten...! mire Vd.! todo el dia sin comer y andando por esos cerros! Voy, voy á casa de mi comadre á que me dé un pedazo de jamon y unos huevos...

—¿Qué! ni por pienso... ya vendrá ese.

—Y aun cuando venga, ni pan encontrará en el pueblo: ya es muy tarde y los pueblos no son como las ciudades.

Demasiado lo sabía.

—A lo menos tome Vd. dinero, la dije.

—¿Quite Vd. allá! pues qué, ¿mi comadre había de tener valor para llevarme un cuarto por lo que traiga? En otro tiempo no tenía yo que salir á la calle para dar de cenar á un forastero... ahora... pero á Vd. no le importa nada de esto: voy y vuelvo al instante.

—Si Vd. no toma el dinero, no vaya Vd.

—Mire Vd. militar: yo tenía un hijo: cuando se lo llevó el rey, tenía la misma edad que Vd... se fué y no le he vuelto á ver... me lo mataron los facciosos... y cuando veo á un militar joven, se me abren las entrañas, me acuerdo de mi hijo... vamos, vamos, me voy que ya es tarde y de camino me traeré á mi *Frasquita*.

Yo no me atreví á detener á aquella madre que iba á buscarme de comer, en nombre de su hijo muerto en campaña.

Tal vez mi madre estaba destinada á sufrir algun dia, acaso muy próximo, el mismo martirio de aquella pobre muger.

La bala de un contrabandista ó de un bandido...

La contemplación á priori de mi pobre madre en una situación semejante, me entristeció.

La tía *Vinageras* salió y cerró con llave la puerta.

VIII.

Hay situaciones, hay incidentes, que consagran el hogar bajo cuyo techo nos encontramos.

Yo había pretendido ir á aquella casa dominado por el candente efecto que había causado en mi la extraordinaria, la excepcional hermosura de *Frasquita*.

Había concebido proyectos abominables, proyectos á lo D. Juan Tenorio.

La empresa parecía difícil.

Esto mismo me la había hecho mas grata.

Pero la conducta de aquella madre conmigo, fué un aluvion de sentimiento, que arrancó de mi alma todo el sedimento impuro que había dejado en ella el torrente de voluptuosidad que se me había entrado por los ojos á la vista de la joven.

La consideré ya bajo otro punto de vista.

Al poco tiempo de encontrarla la había obligado á bajar los ojos.

A protestar de la audacia de mi mirada, volviéndome la espalda y alejándose.

Era preciso que *Frasquita* al mirarla yo no volviera á bajar los ojos.

Que no volviese á tener necesidad de separarse de mi.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

A continuación publicamos el siguiente comunicado que en contestación á *La Iberia*, nos remite nuestro corresponsal de Manila, y en el cual procura refutar lo dicho por este periódico sobre el estado de las islas filipinas en tiempo del señor Norzagaray. Sin perjuicio de ocuparnos tambien por nuestra parte de un asunto que tanto interesa al porvenir de aquel rico archipiélago, complacemos á nuestro ilustrado corresponsal reproduciendo en nuestras columnas su escrito.

Dice así:

COMUNICADO.

—

Sr. DIRECTOR DE *La América*.

MANILA y Mayo 16.

En *La Iberia*, periódico que se publica en la corte, contestando á un artículo del *Eco Hispano-Americano*, referente á la administración y gobierno de estas islas por el actual gobernador el Sr. Norzagaray, se trata ensalzando las disposiciones de los anteriores capitanes generales, de disminuir lo mucho que de prudentes y acertadas tienen las dictadas por este señor gobernador. Hay algunas de ellas tan claramente beneficiosas que no necesitan para su encomio más que ser relatadas ta-

Les cual son: otras, agenas sin duda á las ocupaciones del articulista de *La Iberia*, no están enteramente á su alcance y por eso al tratarlas no vé en ellas lo que tienen de justas y previsoras; á estas últimas pertenecen las que tienen relación con la pasada crisis monetaria, pasada y no existente como dice el periódico á que nos referimos, pues el desnivel de 14 por 100 que continuamente se está publicando por los puestos de cambio autorizados por el gobierno superior, las onzas de oro y el de las monedas de plata, si descendiese mas del 11 y medio por 100 á que hoy se hacen los cambios de moneda, vería el escritor del artículo que se necesitaban medidas para que existiese este desnivel, si es que no juzga preferible, el que desapareciera la plata del mercado, quedándonos solo con las monedas de oro que por su mucho valor han traído tantas dificultades. Las monedas á que nos referimos, que por causas enteramente precisas, trajeron las cosas al estado en que hoy se encuentran, no tenían relación alguna con otras disposiciones anteriores: facilísimo era conocer las causas, porque las arcas reales escaseaban de plata y solo contenían oro en abundancia, el público que casi siempre da en el ítem de las dificultades, las vió muy claras, antes de la llegada del señor Norzagaray, y al ver que puso el dedo en la llaga, aplaudió como no podía menos de suceder. Hasta entonces nadie ha olvidado que se hacían las introducciones de el Tesoro, por mitad en oro y plata en todos los pagos; compras de tabacos, derechos de aduanas, multas, todo absolutamente se pagaba á la real Hacienda del mismo modo; la Hacienda pagaba lo mismo; pero eran públicas sus dificultades para llevarlo á efecto, y muchas veces se faltó á esto por no poder hacerlo. Es cierto el embarazo en que se encontraba el ejército por sus pequeños pagos y distribuciones; vimos mandar á Cayagan el importe de la cosecha de tabaco en onzas de oro que, para ser distribuidas allí, fué preciso partir las en cuantos pedazos era posible hacerlo, y en fin, nadie ignora lo mucho que de público se decía sobre estas dificultades y tropiezos. Llegó el Sr. Norzagaray al poco tiempo y por su orden se hacen las compras de tabaco en oro, los derechos de aduana se paga en la misma moneda, la Cajas reales pagan por mitad en oro y plata todos sus compromisos; las clases del ejército y empleados que perciben menos de 32 pesos de paga, la toman toda en plata, pues á pesar de esto la plata abunda en las cajas y en tanta cantidad que al amago de subida del cambio, ordena la autoridad superior que se hagan todos los pagos en plata, pero sin tiempo determinado, y esto no una vez sino tantas como creyó preciso. ¿Por qué esta diferencia? El porque está al alcance de todos, nadie lo ignora. ¿Había pasado desapercibido hasta entonces? ¿Los administradores de la cosa pública no habían caído en la cuenta? Parece extraño, pero así era. Las recaudaciones que hace la real Hacienda, son ó deben ser en su mayor parte en plata, sin que sea preciso ponerlo por ley: la pequeña contribución ó tributo que paga el indio no llega ni con mucho al valor de una onza de oro; escasamente es un peso; las compras que hace de tabaco y vino en los estancos tampoco son de tanta consideración que pueda hacerlas con una onza, las hace por cuartos y pocas veces llegan á uno ó dos reales, de suerte que sin mas que hacer que los recaudadores y estancieros entreguen la misma moneda que recauden, se tiene que la recaudación en plata es mucho mayor que la del oro: esto lo comprendió pronto el Sr. Norzagaray y sin mas que estar al cuidado y hacer ver que lo sabía, hizo cuanto es necesario hacer, para que cayesen en la cuenta los que hasta entonces no habían caído, viéndose inmediatamente en los resultados que si hasta entonces no hubo descuidos faltó sutileza.

Que las condiciones del Tesoro variaron inmediatamente á la llegada del Sr. Norzagaray, hasta el punto que hemos demostrado, es indudable: en esto como administrador no podía pedirse mas; como gobernador deben tenerse por muy acertadas cuantas disposiciones dictó. Sabido es el valor que tienen en los mercados inmediatos del archipiélago malayo, Siam y las costas de China, las onzas de oro, bien sean de las repúblicas hispano-americanas ó españolas, el que en todos puntos valiesen de 12 á 15 por 100 menos que en estas islas, era un motivo para que la especulación trajese á ellas cuantas onzas llegaban á dichos puntos; á esto se unia que para nivelar los valores de la exportación é importación era preciso hacer importaciones de moneda acuñada y desde Europa donde las onzas americanas solo valían 15 pesos y medio ó 15, mandaban aquí esta moneda que siempre encontraban al valor de 16 pesos; así se inundó esto de onzas de oro y faltando la plata se estableció, sin necesidad, sin que las autoridades pudieran evitarlo, la diferencia de moneda, valiendo menos la abundante y mas lo escaso como siempre sucede. Establecido el equilibrio en los valores de la moneda de oro y plata, la especulación buscó la verdadera diferencia, quedando como tipo en Manila para las operaciones de comercio el valor de la onza en 16 pesos. Los mercados inmediatos que nunca le dieron este valor, siguieron teniendo por unidad en la moneda el peso fuerte de plata; en ellos no hubo alteración alguna, mas que las regulares en precios de los efectos y en los cambios sobre otras plazas; aquí sucedió todo lo contrario; siendo nominal el valor de la moneda, los precios y cambios se adaptaron á él, y fueron mayores los unos y mas desiguales los otros; lo que en el orden regular hubiera valido 6 llegó á valer 7 1/2 ó mas; si los cambios eran á la par entre plazas cercanas, fueron después de 16 por 100 ó mas de diferencia. La desigualdad entre el valor de las monedas y en los cambios, daba lugar á combinaciones para cambios de moneda y papel; si entre el valor del oro y el de la plata no había la diferencia precisa, convenia la extracción de uno ú otro y cuanto en esto podía hacer la autoridad, siendo cuidadosa, lo hizo entonces el Sr. Norzagaray.

Dice el artículo á que nos referimos: «Si hubiera mejorado la condición del país, la moral y material de los enajenados que, con muy pocas escepciones, son los mismos, no pasarían los habitantes de las Filipinas la miseria y el hambre á que los conduce la excesiva y alarmante carestía de los artículos de subsistencia.» Nada tenemos que decir de los empleados cuya buena condición moral ó material, influye poco en el valor de los principales artículos de consumo en el país: no sucede lo mismo con lo que atañe á los pueblos, pues no es posible leer con paciencia en un periódico español, tratándose de este país, frases tan poco meditadas é inexactas. La condición moral y material de los habitantes de estas islas, no ha mejorado en un día, el escaso tiempo que al escribir el artículo de que tratamos llevaba aquí el Sr. Norzagaray no es lo bastante para que se hagan variaciones en este sentido. El estado moral de estos pueblos es la obra de nuestros padres, es la perfección comparándolos con todas las colonias de esta especie, que no hayan pertenecido ó no pertenezcan á la corona de Castilla: obra que empezó Legaspi y que aun no ha concluido, que marcha identificándose cada vez mas con el pueblo que la guía; los que conocemos los pueblos de la península porque nos vieron nacer y en ellos nos educamos y después hemos conocido los diferentes pueblos que habitan las costas de la mayor parte del mundo; cuando al recorrer las del Africa y el Asia solo encontramos en ellas las escasas señales de civilización, que dejaron allí nuestros hermanos los portugueses; llegando á cualquiera de los pueblos de las islas Filipinas, vemos en ellos establecidos las mismas instituciones que forman el principio de la civilización de los nuestros, la misma Iglesia, el Tribunal (nuestra casa de ayuntamiento), la escuela, todo lo que en nuestros pueblos dejamos, la misma religión, las mismas leyes, y la misma enseñanza, personificadas todas estas instituciones lo mismo que en ellos, por el cura, el gobernador (el alcalde) y en el maestro que siempre se encuentra aun en el pueblo mas pequeño: cuando vemos todo esto, bendiciendo á nuestros mayores y admirando las sabias leyes que nos legaron, y dan en la práctica tan magníficos resultados, comprendemos tambien que la condición moral de estos pueblos no puede alterarse con mas facilidad que la de otros. El poco esmero ó gran cuidado de un gobernador, podrá entorpecer ó avivar un poco el movimiento dado, pero no deshará lo hecho, ni lo hará adelantar mas de lo justo. En esta parte el Sr. Norzagaray, ha estado y no puede menos de estarlo siempre, oportunamente feliz; mandando y dando ejemplo ha sabido ponerse á la altura del puesto que ocupa.

Esto en cuanto á la parte moral de los pueblos, en cuanto á la material tambien es preciso desconocer hasta las menores particularidades de ellos para suponer que estas ó aquellas circunstancias pueden con facilidad conducirlos á la miseria y al hambre; usó estas dos expresiones el articulista, cuya significación, en lo general, á Dios gracias, no se conoce en este archipiélago, cuando por una porción de circunstancias felices, se encontraban estas islas en un grado de bienestar material, que hasta entonces no habían conocido; las producciones del país tenían un valor doble del que antes se les daba y todas se exportaron, en todas partes se construían nuevos buques, y nunca el trabajo personal fué tan necesario como entonces, duplicándose por consiguiente el valor de los jornales; es cierto que estaba á mayor precio que nunca el arroz, principal artículo de consumo en el indio, su primera necesidad, pero tambien lo es que en lo humano no era posible remediarlo tan pronto como se remedió, pues debido á las acertadas disposiciones de la autoridad, pronto este artículo valió lo que en relación con los mercados próximos debía valer; pero aun cuando así no hubiese sido, importaba poco al bienestar del pueblo, el que su alimento fuese caro siempre que respec-

tivamente adquiriese, en todos sentidos y con mas facilidad que nunca, medios de subsistencia mas que suficientes á cubrir sus necesidades.

Ciertamente que faltan en las islas muchas cosas y particularmente en Manila, que se consideran precisas para el bienestar material de los pueblos; no están las islas cruzadas de anchas y cómodas calzadas, no hay un regular y ordenado servicio de correos marítimos y terrestres, no están seguros los buques fondeados delante de Manila en su inmensa bahía, no presta el puerto recursos al comercio, ni de seguridad ni de acción; pronto faltará sitio en el río para los buques de cabotaje que van en un aumento prodigioso, y cuantos mas sean los que haya en bahía tanto mayor será el mal que es preciso tratar de remediar para ponerlos á cubierto de malos tiempos, y mayor tambien la necesidad de poderles ofrecer comodidad para sus descargas y carenas; pero todo esto faltaba cuando llegó aquí el general Norzagaray. Había mucho escrito sobre comunicaciones y puerto, lo que significa que de muy atrás se vienen reconociendo estas necesidades, pero nada empezado, todo estaba en expedientes, en los cuales siempre se terminaba porque no había recursos para llevar adelante los proyectos trazados en ellos; ¿qué pudo hacer este señor gobernador? Lo único que estaba en lo posible. Enterarse de ellos, hacerlos informar por personas competentes y conocer por este medio las necesidades del país. ¿Los había de poner en ejecución? Grandes fueron sus deseos, como de público se sabía, pero ¿dónde encontraba recursos para ellos? ¿en el ayuntamiento? Pobre administrador de escasísimas rentas, con raquíticos arbitrios, escasamente sus ingresos eran bastantes á cubrir sus gastos: la junta de comercio, por únicos medios de agenciarse fondos, tiene los derechos de depósito, que son insignificantes, porque siendo el 1 y 2 por 100 sobre el valor de las mercancías, hacen que estas busquen en puertos inmediatos menos trabas de aduana y mas economía, ademas que son de escasa cuantía y muchas las necesidades, de suerte que si la junta de comercio se llevara la idea de atender cuidadosamente á la conservación de muelles y limpia del puerto, escasamente sería bastante para esto solo; las empresas particulares no tienen aun motivos para obrar en grande escala, y por eso salieron fallidas y no tuvieron resultado los esfuerzos de este señor gobernador al quererlas organizar y dar vida: ademas estas solo quieren la intervención del gobierno cuando este las subvenciona; sobre todo como para poder obrar en la esfera que es preciso, no se necesita solo deseo y acierto, sino que es muy necesaria la independencia y libertad en la acción, no pudiendo los gobernadores disponer de nada que no esté precisamente presupuestado.

Quede sentado, como dice el articulista de *La Iberia*, que si no ha mejorado la condición moral y material de estos pueblos en el corto tiempo que lleva de gobernador el Sr. Norzagaray, es porque como hemos dicho, en este sentido no se hacen alteraciones en un día, y que si todos los gobernadores que sucedan á este, tienen cuidado como él, de conservar la actual condición moral, mejorando en lo posible la material, se dará un gran paso hacia el brillante porvenir de esta colonia.

La memoria escrita por el Sr. Norzagaray al remitir al gobierno el expediente sobre la casa de moneda, está llena de justas apreciaciones, teniendo todo su mérito en que las razones que aduce y consecuencias que señala, son de un género nuevo para nosotros, que no vemos en nuestros hombres de gobierno los conocimientos tan generales que son precisos para mandar y que se desprenden de ella, honrando mucho á su autor; si por esto le alabaron no estuvo de mas lo hecho.

Pregunta el escritor del artículo: «se ha empezado la obra para comunicar el Pacífico con el mar de China por la Laguna de Bay? ¿Quién le ha dicho que se haya intentado? El proponerse saber si es posible, no es decidir el proyecto, no es mas que procurar el conocimiento de las cosas para si llega á ser preciso hacerlas y es mucho el desear saber y el acumular conocimientos que pueden ser útiles en un día dado.

Si se ha concluido el paseo de Isabel II; alto, que no es la obra de un día, el convertir un pantano de mucha estension en un paseo útil y hasta necesario, donde no hay ninguno, no es cosa de decirse y hacerse, prueba de ello que si como, puede ser cierto, otro lo pensó antes, lo dejó en pensamiento, y lo mucho que hay hoy hecho ha necesitado todo el empeño y cuidado que en llevarlo adelante tiene este señor gobernador, para que vaya apareciendo en aquel sitio, antes mal saoo y de feísimo efecto, un hermoso jardín lleno de calzadas útiles ó mas bien necesarias, y todo sin mas recursos que los insignificantes prestados por el ayuntamiento, cajas de comunidad y sociedad económica.

Se goza el articulista al describir las desgracias del establecimiento del príncipe D. Alfonso en la isla de Balabac, en amon-tonado bajo un solo golpe de vista todo lo que tiene de triste en sus resultados, pero no dice nada de lo necesario que es y de lo mucho que tiene de bien pensado la formación de aquel establecimiento. Todos los países tienen su límite ó frontera y todos tratan de fijar y guardar los puntos que la determinan: las Filipinas, situadas al N. del archipiélago Malayo, y casi confundidas con él; al S. de la Formosa y al E. de Cochinchina y China y perfectamente limitadas por el Pacífico, no temieron de los pueblos que las rodean usurpación alguna de territorio: enemigos débiles todos ellos, no dieron jamás que pensar á los gobernadores de esta colonia; muy separadas y casi olvidadas de la metrópoli, siguieron hasta ahora sin que su importancia llamase la atención á propios ni extraños; sin adivinar siquiera su porvenir, vieron venir acercando á estos mares los intereses y la política de Europa: indiferentes á esto no se cuidaron de las escuadras inglesas que abrían con sus cañones los puertos del Imperio Celeste; hasta entonces puede decirse que ni aun tenían el sentimiento de su existencia; pero el acrecentamiento de su comercio, la mayor importancia que les daba su riqueza y su fuerza y las comunicaciones mas frecuentes que iban teniendo con la metrópoli, las ponían precisamente en el caso de pensar en sí mismas; pero dependientes de un gobierno lejano no tienen mas pensamiento y otras aspiraciones que las que le comunica aquel por medio de sus agentes en ellas; si estos son previsores y se fijan en el porvenir no pueden por menos de procurar la integridad de su territorio, y si conocen los puntos mas eminentemente amenazados, preciso es que fijen su atención en ellos; por eso el Sr. Norzagaray, al tomar posesión del mando, vió á los ingleses establecidos en Labaoan y conoció que aquella situación era de las que esperaban llegar á ser algo, porque están en sitios determinados por la naturaleza como de gran importancia.

Los ingleses establecidos en Labaoan deben ser siempre un grito de alerta para los gobernadores de estas islas: aquella posición, con paso fácil al mar de China, perteneciente á la primera nación marítima del mundo, puede estar siempre, por medio de los vapores, en comunicación con las colonias inglesas de China y de la península malaya, y recibir de ellas cuanto necesite, bien para su constante empeño de repartir sus agudones al mundo estudiando siempre en lo que puede las aduanas, bien para en un caso de guerra, tener allí un buen punto de apoyo. Situados allí los ingleses, no tiene disculpa el gobernador de estas islas que pudiendo, no trata de ponerles un punto avanzado en oposición para un caso dado, y centinela constante en el orden general de las cosas. Balabac es sin duda la isla llamada á ser la oposición y vigilante de los establecimientos ingleses al N. de la isla de Borneo: termina en ella por el S. O. el archipiélago filipino, domina el paso de su nombre, único allí para el mar de China, y puede ser, sin emplear grandes fuerzas marítimas, el azote constante de Jolo, y de todas las isletas piratas de aquel archipiélago, que de este modo queda sujeto en medio de dos puertos fortificados, Zamboanga y Balabac. Todas estas ventajas eran de escasa consideración para quien acaso no las veía, solo se fijó en que Balabac es isla pequeña, improductiva, y mal sana; lo primero es cierto y no tiene remedio, lo segundo y tercero tiene de todo: como país enteramente virgen, cubierto de la prodigiosa vegetación de los trópicos, mientras esta no se haga desaparecer, será mal sana y no producirá mas que lo que produce, madera en abundancia; pero estos inconvenientes los tiene cualquiera otra isla que como ella haya sido inhabitada, y por consiguiente, desmontada en parte, y no por esto se había de desistir y renunciar á las ventajas que naturalmente tiene. Balabac, mientras estas islas estén prudentemente gobernadas, será objeto de atención del gobierno; triste y duro es para sostenerla, ver convertido su suelo en cementerio de nuestros soldados; pero mas triste y pobre sería que mañana tuviéramos que arrepentirnos de haber descuidado aquel punto, ó que viéndolo ocupado por extraños, fuese para nosotros tan fatal como puede sernos útil: pero cualquiera que sea el fin del establecimiento del Príncipe, quede tambien sentado que á su ejecución precedieron los mas justos y acertados pensamientos. Las últimas noticias que de este punto se han recibido, nos consta que son lo mas satisfactorias que pueden esperarse, porque en los meses de febrero y marzo no han fallecido mas que dos individuos de las dotaciones de la estación naval, sin que en la guarnición, presidio, chinos, y en los demás individuos pertenecientes al establecimiento, así como en las mujeres, de las que hay gran número, haya ocurrido novedad alguna, no siendo nada excesivo ni alarmante las estancias del hospital. Sin duda alguna las condiciones higiénicas de este punto mejoran notablemente, según adelantan los des-

montes de sus magníficos y vírgenes montes, trabajo preferente de su gobernador, sacando ya gran partido de sus maderas para las construcciones.

Indudablemente el articulista de *La Iberia* no está de lo mas versado en las cuestiones ó cálculos de conveniencia mercantil; si así no fuese, trataría de otro modo muy distinto lo del aumento de los ingresos del Tesoro que atribuye á causas pasadas antes de la llegada á estas islas del actual gobernador, y da por supuesto que no era mas que una consecuencia precisa de lo que ya encontró establecido: no puede negarse que había elementos establecidos para fundar dicho aumento: las fábricas no habían parado de elaborar tabacos, y las existencias de este artículo eran muy crecidas en los almacenes; había tabaco en hoja, y lo único que faltaba era quien diese á las existencias salida que no tenían. De tiempo muy atrás, por un mal principio de administración, el tabaco elaborado en estas fábricas, había ido desmereciendo, hasta el estremo de no tener compradores á los precios que aquí se espandía; había perdido mucho en tamaño en todas las menas, y su calidad tambien desmejoró, porque no se atendía mas que á fabricar mucho sin reparar en el descredito á que los esponían, así que, al llegar el Sr. Norzagaray, encontró los almacenes repletos de un tabaco que no tenía demanda, siendo malo, á los precios fijos de la Terceña, precios bajos cuando era bueno, y muy alto siendo malos, y mas todavía teniendo que pagarse en oro y plata por mitad; de suerte que no pudiendo pagar la exportación los precios señalados con el aumento del mayor valor de la mitad en plata, quedaban las existencias detenidas y se daba con esto lugar á que otros puntos productores, mas esmerados en la elaboración y calidad del tabaco, surtirían los que siendo nuestros constantes consumidores, se acostumbraban á otras clases, y hubieran concluido por olvidar que en estas islas se cosechaba y elaboraba el tabaco: con las cosas en este estado, el Sr. Norzagaray ordenó que se espandiese en subasta pública, y que los pagos se hicieran á voluntad en oro ó plata; consiguió adelantarse mucho en el fin que se proponía, dió al tabaco su verdadero valor, y al momento la especulación se encargó de hacer desaparecer las existencias, que fueron reemplazadas por otras elaboradas con mas esmero y acondicionadas convenientemente para los embases por mayor, que al poco tiempo se hizo conocer, estableciéndose otra vez la demanda hasta ponerse en un orden regular y de progreso como sucede actualmente.

No adivinamos por qué razón estas medidas tan naturales y justas, podían ser perjudiciales al Tesoro y á otras clases. «Ante la razón natural y ante el buen sentido,» aparecen las causas de la detención del tabaco en los almacenes, causas que ya hemos manifestado y que no tienen contradicción; si no se compraba tabaco, no era porque el comercio, no queriendo «satisfacer el valor de él mitad oro y mitad plata» que le imponía la autoridad por causa de la crisis, y de cuyo metal no le parecía conveniente desprenderse, toda vez que con el ágio que hacia, encontraba el producto de la especulación, no era por eso; era porque el tabaco no valía el precio que le señalaba el gobierno, y una prueba evidente de que no valía, era su detención en los almacenes sin que la exportación lo buscara, y otra el que al momento que se le bajó ese 10 por 100 ó mas que costaba la mitad de la plata con que era preciso pagarlo, se exportó cuanto había almacenado. Dá el articulista por supuesto de que el comercio, decidido á negociar en plata, dejó de hacerlo en tabaco, había tanto que decir sobre esto, que mas vale no ocuparse de ello.

Tambien lo demostró al principio sobre la plata que apareció como por encanto en el Tesoro, puede dar idea de lo que en el aumento de los ingresos puede influir una administración cuidadosa y entendida, no siendo nada extraño el que por efecto de las razones que hemos espuesto, el aumento del Tesoro fuese á los pocos días de la llegada á esta del Sr. Norzagaray de 900,000 ps., que si no fué cosecha suya al plantear los medios conducentes á ello, es por lo menos un evidente ejemplo de que supo sacar todo el partido que de su celosa administración se podía esperar.

Que con la venta del tabaco favoreció al comercio con perjuicio de otras clases, es otro error; las clases perjudicadas porque el tabaco se pagase en oro solo, podían ser las que dependen del estado, y estas recibieron desde entonces mas cantidad de plata que de oro en los sueldos que cobraban, pues si hasta entonces al pagar mitad de oro y plata la diferencia, por no poder hacer divisibles las cantidades en partes enteramente iguales, era siempre á favor de la Hacienda, después fué á favor de los particulares; esto es, el que cobraba 50 pesos de sueldo, recibía antes de la llegada del Sr. Norzagaray 32 pesos en oro y 18 pesos en plata, después cobró y cobra 16 pesos en oro y 34 pesos en plata, esto demuestra que ganaron y no fueron perjudicadas las diferentes clases del Estado y es tambien una prueba mas en favor de lo dicho antes sobrela plata en el Tesoro.

Si el gobierno, dando mas plata que oro y recibiendo este metal por su valor y con otras acertadas disposiciones, consiguió traer el cambio ó diferencia del valor de estos metales, acuciados á su verdadero desnivel, esto es, al 11 ó 14 por 100, en realidad hizo en su favor tanto ó mas que en favor del comercio, pues siendo aquí la Hacienda el primero y principal comerciante de los beneficios de él, es ella la primera en participar.

Lo que hay en esto de útil á la Hacienda y á todas las clases de la sociedad en estas islas, es asunto que para ser demostrado y puesto al alcance de todos, demanda mas tiempo que el que nosotros podemos dedicar á este artículo: en un país donde el comercio puede decirse que está en la infancia, tratando con personas enteramente agenas á él, no es cuestión de pocas palabras el hacerles pensar con acierto sobre las causas y cálculos que influyen en una situación cualquiera, que puede hacerse sobre ella; para con justicia poder decir esto es mas ó menos beneficioso que aquello, sería preciso hacerlas formar ideas que no tienen motivos para conocer; por eso el articulista de *La Iberia* está tan fuera de la cuestión al tratarla en la parte de relaciones del comercio con el gobierno y por consiguiente, nada extraño es que tambien desconozca el verdadero punto de vista desde el cual debiera examinarse.

Probablemente no habrá pasado desapercibido al Sr. Norzagaray el abandono en que se tienen las relaciones de estas islas con el reino de Siam, imperio de China y el Japon, que casi puede asegurarse que los gobiernos de estas naciones no saben que tienen á sus puertas el mejor y mas firme elemento de fuerza que tiene la Europa en el Asia; seguramente ya habrán olvidado á la nación que fué la primera en visitarlos; el nombre de España les es enteramente desconocido por mas que en sus costas se encuentren aun respetados los sepulcros de nuestros mayores con quienes tuvieron los suyos relaciones no há muchos años. Si este gobernador hubiera tenido algunas mas atribuciones qué partido no hubiéramos podido sacar en la pasada guerra de China? Inmenso, no hay que dudarlo; España en estos países es la primera nación Europea, pues ninguna cuenta á las puertas del imperio celeste con la riqueza de estas islas, con su población de 5,000,000 de habitantes y con un respetable y lucido ejército, aclimatado y entusiasta; ninguna intervención, sin embargo, hemos tenido en los tratados que acaban de celebrarse con Francia é Inglaterra, y ni aun nuestro pabellón ha podido estar representado en los buques de guerra: ahora mismo el gobernador de Macao que no pasa de ser un coronel por la insignificancia de este punto, ha marchado con facultades de su gobierno de Portugal á celebrar tratados con el Japon.

En nuestro concepto ha llegado el tiempo de que el gobierno medite, sobre esta colonia, que quite esa intervención minuciosa que ejerce en todo cuanto aquí se proyecta, y que deje á los gobernadores capitanes generales obrar en un círculo algo mayor de atribuciones, y entonces, cuando estos como el actual, sean ilustrados y previsores, no dejarán que pasen desapercibidas cuantas ocasiones se presenten de mejorar el estado y condición de la colonia.

A. DE M.

Dos notables decretos, que no reproducimos por falta de espacio, acaban de publicarse en la *Gaceta de Madrid*, reorganizando el Banco español en la Habana y reformando el sistema municipal en la isla de Cuba. Escusamos todo comentario sobre la importancia de ambos documentos hasta nuestro próximo número, que consagraremos á su examen un largo y detenido artículo. Séanos, sin embargo, permitido tributar anticipadamente nuestros mas sinceros elogios al gobierno, que ha reconocido la necesidad de una reforma que con tanta justicia reclamaba el porvenir de nuestra codiciada Antilla.

DEUDAS DE HONOR.

DEL LIBRO INEDITO — CUENTOS DE LA VILLA.

I. Cuando impaciente no gira
O intranquila su mirada.

Silva en las rejas el viento,
El agua cae á raudales,
Y no turban un momento
Ni una voz, ni un instrumento,
El compás de las canales.

Silencioso y recatado
Tras el quicio de una puerta,
Algo espera un embozado
Que há tiempo observa callado
La triste calle desierta.

Un bullo al fin distinguió
Y oyó una palmada al fin;
Rumor de gozne sonó,
Y el bullo á una casa entró.
Por la puerta de un jardín.

Salió á la calle el espía
Bajo el embozo, y es fama
Que lloraba de hidalguía
Cuando del suelo cegia
El decoro de una dama.

Paróse frente al postigo,
Y dijo con sordo acento:
«De mi agravio fui testigo:
Mañana es el casamiento,
Mañana será el castigo.»

II. Noche de amantes venturas,
Sobre alombrados salones,
Resbalan cien hermosuras
En galantes aventuras
Cautivando corazones.

Alternan chistes ligeros
Con alabanzas fugaces;
Los tontos danzan severos,
Y adulan los lisonjeros,
Y mienten los lenguaraces.

Solo una dama suspira
Temiendo ser observada,
Y solo á un anciano mira

De un mensaje portador
Entró en el salon un page;
Cesó del baile el rumor,
Y demudado el color
Leyó la dama el mensaje.

Ahogó en el pecho un gemido
Y dijo: «Del rey fué empeño,
Mi boda se ha suspendido
Porque á Flandes ha partido
El que es de mi vida dueño.»

III. Cuando el sol rasga la bruma
Así á una carta un amante,
Fia el dolor que le abruma,
Y aun hablando con la pluma
Se le enrojece el semblante.

«Mal sus encantos concierta
Para que nobles la estimen,
Doncella que á ver no acierta
Que cierra al honor la puerta
Quien abre un postigo al crimen.

Una mancha ha desunido
Dos almas que uniera amor,
Porque una vez advertido
A quien su honor ha perdido,
No puedo fiar mi honor.

Me burlásteis, mas vengado
Quedo si aprendeis al fin,
Que nunca el amor honrado
Entra de noche embozado
Por la puerta de un jardín.»

Esto el hidalgo escribió;
Sus armas mandó limpiar,
El billete remitió,
Y al punto á Flandes partió
A morir para olvidar.

JUAN A. VIEDMA.

Documentos sobre los sucesos de Italia.

El gobierno provisional del ducado de Módena ha tomado una resolución muy grave que manifiesta la hostilidad con que allí se mira al duque. Esta resolución está concebida en estos términos:

«Considerando que Francisco V de Austria de Este ha hecho causa común con el Austria, á la cual ha sometido estas provincias, infringiendo los tratados y los derechos imprescriptibles de la nación; considerando que la municipalidad de Módena y otras han debido sobrellevar crecidos gastos para las requisiciones forzosas de las tropas austríacas, bajo el mando de Francisco V, gastos cuyo reembolso piden con justicia; decreta lo siguiente:

Artículo 1.º Las municipalidades de las provincias de Módena liquidarán los títulos de sus créditos con el Estado, relativos á los préstamos de asistencias que han hecho á las tropas austríacas.
Art. 2.º Estas cantidades serán reembolsadas á las municipalidades con los productos de los bienes alodialos del archiduque Francisco V de Austria del Este, que ya están secuestrados.

La municipalidad de Módena ha dirigido á sus conciudadanos esta proclama:

«Los acontecimientos que han tenido lugar, dejan en libertad á los pueblos de dar su voto en la elección de un gobierno. En el estado de cosas actual, ninguno de vosotros, ciudadanos, podrá dejar de confirmar lo que hicisteis en 1848, lo que renovasteis hace pocos días, adhiriéndoos al gobierno del generoso rey, que no ha reparado en sacrificios para redimir la patria de la esclavitud, del héroe que ha derramado su sangre por la independencia italiana, del hombre grande que está á la cabeza de nuestra nacionalidad. No; ninguno de vosotros dejará de proclamar nuevamente su rey, el augusto descendiente de la casa de Saboya, al primer soldado de Italia, el glorioso Victor Manuel II. Napoleón III ha dicho: «La Italia ha vuelto á ser nación.» Mostrémonos dignos de serlo, y de ninguna manera lo haremos mejor que permanecer unidos al reino representante de esta nacionalidad, que la ha sostenido en la guerra de 1848, que la ha representado con sus armas en Crimea, con sus diplomáticos en el congreso de Paris, y que por último, la ha conquistado con su sangre en la batalla de Montebello, de Palestro, de Magenta y San Martino.

Conciudadanos: en 1848 nos unimos al Piamonte: decláremos hoy por la tercera vez que queremos permanecer unidos á costa de los mayores sacrificios.
En una sala de este municipio y en otros varios puntos se abrirán inmediatamente registros, con la asistencia de delegados, para recoger vuestras firmas. Si deseais conservar la libertad que la Divina Providencia os ha dado por mediación del ejército aliado, uníos y seréis fuertes, y no desmintais que de vosotros solo depende el no ser nuevamente oprimidos.

Módena 16 de julio de 1859.—V. Salimbeni.—Luchi.—Manzini.—Medrani.—Gregori Carbonieri.—Sacerdoti.—Baggi.»

Los milaneses han dirigido la siguiente manifestacion al ejército de Italia:

«Hace dos meses, un pueblo anhelante de ansiedad y de esperanza, aplicaba el oído al estampido del cañon, esa grande voz de los combates, que les anunciaba la hora de su independencia, que se acercaba mas y mas y alentaba su voz contra los opresores: vosotros entrásteis, y el primer rayo del sol de la libertad nos mostraba vuestros gloriosos colores casados con los de nuestro país. Habiéis cumplido el noble llamamiento del emperador en poco tiempo, y habéis hecho grandes cosas como vuestros padres, los héroes de la primera guerra de Italia. Todas vuestras jornadas han sido señaladas por la victoria; pero lo que ha sucedido á toda comparación es la abnegación fraternal de que habéis dado pruebas volando al socorro de un aliado injustamente atacado: derramando vuestra sangre, la mas noble de la Francia, por esta grande y desgraciada Italia.

Vuestras águilas no reposarán un minuto sino para lanzarse á nuevos triunfos: ellas se cubrirán de gloria en los combates, verdadera lucha de gigantes. En una jornada en que el enemigo habia concentrado todos los esfuerzos de la desesperacion, cayeron estos sobre su cabeza con la fuerza del rayo; pero ¡ah! esta fué la última. Era preciso envainar la espada de la Francia; nosotros estamos libres con el mejor de los reyes, pero nuestros hermanos quedan en el llanto.

Jamás dolor semejante se ha mezclado con alegría tanta; vosotros lo habéis visto en vuestras frentes oscurecidas; lo habéis sentido en el fondo de vuestras almas, y es posible que hayais pensado que nuestros sentimientos dejarán menos lugar al reconocimiento.

¡Y bien! no; el pueblo italiano no es ingrato; sabe cuánto os debe. El no conoce mayor consuelo que el de recordarlo, el mismo día que os sea necesario, á vosotros, lo mas escogido de la Francia, que nos deja en la mitad del camino de la lucha.

El emperador lo ha dicho: cualquiera que sean los acontecimientos, la Francia será siempre la gran nación, mientras tenga un corazon para comprender las nobles causas, y hombres como vosotros para defenderlas.

No en vano nuestros hijos se han batido á vuestro lado en las grandes batallas de la independencia; ellos tomaron nuevas fuerzas á

vuestro ejemplo; tal vez conseguireis un brillante recuerdo de vuestros hermanos de armas, de aquellos viejos camaradas que el patriotismo ha improvisado, y que la patria encontrará nutridos por la disciplina el día en que Dios permita que sus destinos se cumplan.

Ese día, tenemos completa confianza, vuestras banderas se entrelazarán una vez aun, vuestras manos se estrecharán, nuestros corazones latirán juntos, como se enlazan vuestras banderas, se estrechan vuestras manos y laten nuestros corazones hoy, diciéndoos: ¡No, adios; sino hasta volvernos á ver en el campo del honor!

21 de julio de 1859.—Los milaneses.»

Los diarios de Turin publican la siguiente orden del día que el general Garibaldi ha dirigido al cuerpo de voluntarios de su mando.

«Lovere 19 de julio de 1859.—Cualquiera que sea el giro de los acontecimientos políticos en las circunstancias actuales, no deben los italianos deponer las armas ni desmayar; deben, por el contrario, engrasar sus filas y manifestar á la Europa que, guiados por el valiente Victor Manuel, están dispuestos á arrostrar de frente las vicisitudes de la guerra, sea cual fuere su naturaleza.—El general GARIBALDI.»

El mismo general, ha publicado tambien esta otra proclama:

«Habitantes de la Italia central: hace algunos meses decíamos á los lombardos: vuestros hermanos de todas las provincias han jurado vencer ó morir con vosotros. Los austríacos saben que hemos cumplido la palabra. Mañana os diremos lo que decíamos entonces á los lombardos y la noble causa de nuestro país os encontrará agrupados en el campo de batalla, animados como lo estuvimos en el periodo trascendido y en la actitud imponente de hombres que han hecho y harán siempre sus deberes.

De regreso á vuestros hogares y en medio de las caricias de la familia, no olvidéis el reconocimiento que debemos á Napoleón III y al héroe ejército francés, del que tantos hijos valientes están todavía heridos ó mutilados en el lecho del dolor por la causa de la Italia.

No olvidéis sobre todo, cualquiera que sea la intencion de la diplomacia respecto á nuestros destinos, que jamás debemos separarnos del lema sagrado ITALIA Y VICTOR MANUEL.—Lovere 23 de julio.—GARIBALDI.»

El gobierno provisional de Florencia ha dirigido la siguiente proclama al ejército toscano.

«Soldados del ejército toscano: el gobierno saluda con placer el día de vuestra próxima vuelta.

Si la suerte ha dado á vuestra bravura los peligros de la lucha y las recompensas de la victoria, ella abrirá á vuestra disciplina otro campo no menos honroso en Toscana.

La patria os aguarda para hacer mas augusta la manifestacion solemne de sus votos. Vuestras armas no tendrán que someter enemigos interiores.

La concordia de los ciudadanos, que no se ha turbado jamás, gracias á la vuestra, será mas segura si para hacer la paz durable se confía nuestra suerte á una dominacion que sea nacional y no austríaca.

Cualquiera que sea osado á ofender la magestad del pueblo que procura la mejora de su porvenir: cualquiera que amenace nuestras fronteras, será rechazado por vosotros como el mayor enemigo. Esperando de vosotros este gran bien con confianza y cariño, el país entero os honra altamente, porque reconoce que sois los guardianes intrépidos de su calma solemne y de su sabia libertad.

Soldados: el gobierno os confia, así como á la guardia nacional, la protección del derecho mas sagrado de la Toscana, el de fallar libremente sobre una soberanía nacional y constitucional que conserve su civilizacion y su nueva libertad.

Florencia 24 de julio de 1859.—El comisario extraordinario del rey Victor Manuel durante la guerra de la independencia, C. Buoncompagni.—Los ministros Ricassoli, Ridolfi, Poggi, Bussaca, Salvagnoli, de Gabero.»

En otro lugar insertamos la alocucion que el comisario piamontés en Módena, Sr. Farini, publicó al hacer dejacion de su cargo, por orden del gobierno de Cerdeña. Posteriormente á estos hechos, la municipalidad de Módena aclamó dictador al Sr. Farini, y este ha anunciado la aceptacion de la dictadura en esta otra proclama:

«Gobierno nacional de las provincias de Módena.—Conciudadanos: Me habeis dado un testimonio extraordinario de afecto y de confianza, que me ha conmovido profundamente; y, si Dios me ayuda, os probaré mi reconocimiento con hechos. Consagrado enteramente á la Italia, lo estaré por completo á vosotros, que, defendiendo vuestro derecho, defendéis el de la nación.

Acepto la dictadura provisional para convocar prontamente los comicios populares á quienes corresponde constituir el poder sobre esas bases legítimas de la voluntad nacional sobre la que descansan el fuerte y glorioso imperio francés, el gobierno de la noble y libre Inglaterra y los otros gobiernos civilizados modernos.

Muy pronto entregaré á los representantes del pueblo la autoridad que he recibido de vuestro afecto y del sufragio de las municipalidades.

Entretanto, mantendré severamente el orden, garantizaré á toda la libertad, fortaleceré la organizacion militar y aumentaré las armas mentos.

Ahora, conciudadanos míos, ya nos conocemos bien. Ninguno de vosotros atentará con manejos sediciosos á la concordia, al honor, á la tranquilidad del país. El que se atreviese á hacerlo, no quedará impune. La Europa civilizada no permitirá ataques del exterior, que si los venidos al servicio del extranjero nos amenazasen, fuerte con nuestro derecho y con el mandato popular, me serviré con energía de todas las fuerzas, cuyo concurso debe reclamarse cuando se trata de defender la independencia.

Conciudadanos, seamos hoy en esta Italia central los soldados del honor y de la dignidad nacional.—Módena 26 de julio.—El dictador, Farini»

El 30 de julio se publicó en Módena la ley electoral, en virtud de la cual son electores todos los ciudadanos mayores de 21 años que sepan leer y escribir. La asamblea constituirá el poder ejecutivo, y se compondrá de 73 diputados. El orden permanencia inalterable.

El comisario extraordinario piamontés en Módena, Sr. Farini, al retirarse de su cargo, en virtud de la orden del gobierno de Cerdeña, ha publicado, como decimos en otro lugar, la siguiente proclama:

«Habitantes de las provincias de Módena: El gobierno del rey debía dejaros la plena y entera libertad de expresar de nuevo, de la manera mas espontánea y legítima, vuestros legítimos votos.

Importa á este país, importa á toda la patria común, que probeis que los movimientos ocurridos en Italia durante la guerra de la independencia, no han sido el resultado de un entusiasmo pasajero, ni la obra de una secreta ambicion.

Constituyéndoos en defensores del porvenir es como sabreis merecer que el rey, y así me ha encargado aseguraroslo, defienda en los consejos de la Europa vuestros derechos legítimos. Ya sabéis lo que vale la palabra de Victor Manuel.

Durante el corto tiempo que he ocupado el poder, habeis estado admirables por vuestra concordia y vuestras virtudes cívicas. Habeis sido fuertes por haber mantenido la disciplina. En medio de la alegría de vuestras victorias, en medio de los árduos deberes que la paz imprevista ha impuesto á los italianos, habeis conservado la misma perseverancia, la misma disposicion á los sacrificios y la misma conciencia del derecho.

Os dejo libres, organizados y unidos. Vuestra conducta me asegura que jamás confundireis las nobles aspiraciones de la libertad con la vana embriaguez de la licencia. No pueden convenir á vosotros los tumultos atronadores de los que dudán ó temen. La Europa culta ha reconocido para siempre el derecho de las naciones de disponer de su organizacion interior. Preparaos á usar dignamente de ese derecho, seguros como estais de que contra la voluntad de los pueblos ilustrados, no es posible restaurar los poderes destituidos en virtud de una decision nacional.

Tengo la certidumbre de que en las provincias de Módena no se dará á los implacables calumniadores de esta pobre Italia, el menor pretexto de calumnia, porque siempre os conduciréis de manera que vuestras pa-

labras, vuestros escritos, vuestros consejos, vuestras resoluciones, no solo redunden en vuestro loor y ventaja, sino que contribuyan tambien al honor de la nacion entera y al acrecentamiento de la buena reputacion de toda la familia italiana.

Habitantes de las provincias de Módena, vuelvo á la vida privada, y merced á la honra que me han hecho las municipalidades de las dos ciudades mas importantes, puedo llamarme conciudadano vuestro.

Bajo este carácter tengo confianza en vuestros destinos y en la justicia de la opinion pública. Si el porvenir debe reservarnos alguna dolorosa prueba, la ventaja de haber estado en el primer escalon del poder me dará el derecho de ser el primero en el peligro.—Módena 27 de julio de 1859.—Farini.»

La Independencia Belga da algunos detalles retrospectivos sobre la entrevista de los dos emperadores en Villafranca. Se verificó en un pequeño salon de la casa del Sr. Gandini. Se les sirvió un almuerzo, pero el emperador Francisco José, que estaba muy conmovido, no tomó nada. Napoleón III probó algunos refrescos. Luego se retiraron á una habitacion los dos emperadores solos, y se sentaron á una mesa, uno al lado del otro. Napoleón habló en francés, sacó varios papeles, y tomó algunas notas: á veces se dirigía á su adversario en alemán: Francisco José le escuchaba con atencion, y despues que hubo acabado el emperador de los franceses, tomó él á su vez la palabra y habló con mucha vehemencia y energia en alemán, lengua que entiende muy bien Napoleón. Dice-se que las últimas palabras que pronunció el emperador de Austria, fueron para prometer que iria á pasar este invierno algunos días en las Tullerías.

Francisco José, á lo que se asegura, no quería de ningun modo que el rey Victor Manuel asistiese á la entrevista, y Napoleón accedió á este deseo, á trueque de acelerar el acuerdo y buena inteligencia necesarios al restablecimiento de la paz.

Turin ha estado estos días vivamente preocupado con la gran desgracia ocurrida á las puertas mismas de la capital, [y en el ferrocarril de Susa, que conduce á los Alpes. Es la única ocurrida en estos tres meses de continuo movimiento, y acaso por esto mas dolorosa al pueblo sardo, orgulloso de su sistema de ferro-carriles, y creído habian terminado ya las calamidades y desventuras de la guerra.

Hé aquí el hecho. Un gran tren á dos locomotoras conduciendo numerosas tropas de la guardia imperial que regresaba á Francia para estar el 15 de agosto en Paris, habia salido de Milan esta noche última, y las siete de la mañana pasado por Turin con destino á Susa. En este último ferrocarril que debe atravesar los Alpes, no hay por ahora mas que una sola vía. Para acelerar el regreso de la guardia imperial, se habian suspendido desde hoy todos los trenes que van á Francia, excepto el del correo.

El que venia de Francia debía salir á las siete, y salió en efecto de Susa; pero el jefe de la estacion de Turin avisó por el telégrafo se detuviese en una estacion del camino, en Calegno. Tuvo, sin embargo, la imprevision de no asegurarse si su orden estaba cumplida, antes de dejar partir el tren procedente de Milan, y el resultado fué que habiendo salido el convoy de Milan, que á toda fuerza y con dos locomotoras volaba, el choque fué terrible, y el que venia de Francia, locomotora y wagones, todo quedó deshecho. En este tren venia una batería de artillería sarda procedente de los Alpes y muy escasos pasajeros. Hasta ahora se sabe han muerto seis soldados, y heridos de alguna gravedad unos cuarenta.

El tren de Turin, compuesto de guardia imperial francesa: las contusiones son numerosas, pero hay pocas heridas graves. Todo el pueblo de Turin ha tomado una gran parte en esta dolorosa catástrofe.

Hay días de impresiones tristes, y apenas se habian trasportado á los hospitales las víctimas de este desgraciado accidente, cuando los que aun permanecian en la estacion vieron llegar un gran tren lleno de heridos procedentes de Brescia, y que mas aliviados ya, vienen á acabar su curacion en Turin. Eran mas de mil y todos piamonteses procedentes de Solferino. De ellos y de los franceses y austríacos, quedan todavía cinco mil en los hospitales de Brescia, y diez mil en Milan.

La lectura de las correspondencias de Méjico produce una impresion tan desagradable como dolorosa. Aquel desgraciado país parece cada día mas ansioso de una intervencion europea de acuerdo con los Estados Unidos, y solo en ella ve su salvacion. Desgraciadamente todo hace presumir que ni aun así lograría Méjico constituirse en una nacion digna de tal nombre; ¡tan espantoso y desconsolador es el cuadro que hoy presenta!

Juarez ha expedido un decreto declarando nacionales los bienes de las iglesias. Todos los ministros le han firmado.

Miramón ha impuesto un empréstito: todos los indígenas deben contribuir en la proporcion de 9 á 500 duros. Ademas ha hecho forzoso el curso de los billetes.

«La causa, segun una carta de Veracruz, de haber retirado el dictador mejicano Juarez su exequatur al representante de España D. Dionisio Velasco, fué el violar con este motivo la casa consular para apoderarse de cuatro cajas con alhajas de iglesia, allí depositadas por el cura principal de Veracruz.»

Descartamos tener mas detalles para poder formar con exactitud nuestro juicio sobre el significativo hecho que nos refiere tan á la ligera; y sobre todo, deseáramos saber qué es lo que piensa hacer el gobierno en este asunto.

Segun un despacho de Nueva-Orleans, el general Woll ha derrotado en Guanajuato á los rojos, mandados por el general Zuazua, y ha proclamado á Santa Ana dictador. Este suceso ha producido gran confusion en San Luis de Potosí, el ex-gobernador Barrera hacia esfuerzos para contener á Campeche y otras provincias; pero el gobierno trataba de evitarlo. Sin duda á consecuencia de esta derrota, ha adoptado Juarez las medidas estremas que nos anunció el telégrafo.

El Monitor de la flota francesa publica un artículo de gran interés para nuestro país:

«Sabido es, dice el Monitor, que el gobierno americano habia obtenido de la Union la autorizacion de negociar, mediante una cantidad de treinta millones de duros, la compra de la isla de Cuba. El presidente Buchanan, viendo la dificultad de este arreglo, juzgó conveniente asegurarse indirectamente y bajo cuerda la adquisicion de San Thomas, San Juan y Santa Cruz, tres islas que posee Dinamarca en las Antillas.

San Thomas presenta á la ojos de los americanos una inmensa ventaja: es el mejor puerto de las pequeñas Antillas, una excelente posicion militar y bastante próxima á Puerto-Rico, para poder ver esta isla desde sus costas. Pero el lado mas grave de la cuestion, es que esta isla es el puerto de parada de los steamers trasatlánticos ingleses, y el puerto de donde parten todas las líneas de las Antillas. Dueños de estas posiciones tan favorables, los americanos no carecerán de medios para dificultar el comercio inglés en aquellos puntos, y de todos modos, el comercio quedaria á merced suya.

Parece ser que un agente confidencial ha salido de Nueva-York para Copenhague, y que el negocio se halla muy adelantado. Si el tratado que entregará á las tres islas citadas no se ha firmado aun, está á punto de firmarse. De todos modos las condiciones están convenidas y el negocio quedará terminado si los gabinetes del Continente no se ocupan de este asunto en pró de los intereses europeos.

España ha dado ya la voz de alarma, y los ciudadanos dinamarqueses de estas islas han enviado delegados á Copenhague para tratar de averiguar la verdad y para dar á conocer los deseos de las poblaciones.»

Segun la correspondencia que de los Estados-Unidos publican los periódicos, parece que cada día es mas dudosa la eleccion presidencial. Mr. Buchanan se considera tan despreciado, que ya no aspira á ella, lo dice públicamente á sus amigos, y hasta sus enemigos van creyendo que habla con sinceridad. Su administracion deja muy malos recuerdos: por lo desparradora y por algunos manejos inmorales que se han descubierto ó se la atribuyen.

Mr. Douglas, que en algun tiempo gozaba de mucha popularidad, ha decaído profundamente: donde hace algun tiempo era recibido con públicas demostraciones, ha encontrado despues tan mudadas las cosas, que no acudían á obsequiarle mas que un pequeño círculo de amigos íntimos.

Los periódicos de Caracas anuncian que el Sr. D. Eduardo Romea, nuevo encargado de negocios y cónsul general de S. M. en Venezuela, presentó el 27 de mayo último sus credenciales al secretario de relaciones exteriores de la república. El Sr. Romea llegó el 22 á la Guayra con su familia á bordo de la goleta *Isabel*, procedente de San Tomás.

Centro-América.—Dicen de la Habana que en el vapor *Isabel la Católica*, había llegado el señor coronel D. Hipólito Llorente, comisionado por el excelentísimo gobernador y capitán general para establecer ciertas reclamaciones cerca del gobierno de Honduras con motivo de perjuicios inferidos en Omoa á un buque español mercante.

A reserva de entrar en mas detalles, desde luego podemos decir que el éxito de las reclamaciones ha sido altamente satisfactorio, pues además de haberse reconocido por el gobierno de Honduras, como era de esperar de una justificación ilustrada, la indemnización de los perjuicios causados, y derogadas las órdenes que imponían derechos especiales á los buques españoles y á las producciones de nuestra isla.

La bandera española, cualquiera que sea su procedencia, queda igualada en los puertos de Honduras á la de la nación mas favorecida respecto á los derechos de impuestos de toda clase que ahora existen y en lo sucesivo se señalen. Y por último, á los vapores españoles se hacen tambien importantes concesiones como se verá por el siguiente decreto:

«Acuerdo.—El supremo poder ejecutivo del Estado, considerando: que es indispensable remover los obstáculos que pueden embarazar la expansión del comercio, especialmente por los puertos del Norte, donde segun se vé, va en decadencia, y que á este fin se hace necesario dictar algunas disposiciones análogas y competentes, ha tenido á bien acordar:

1.º Desde hoy serán considerados y tratados en los puertos de Honduras los buques mercantes españoles, cualquiera que sea su procedencia, en completa igualdad á los de la nación mas favorecida, tanto para el pago de derechos de navegación y puerto, y para los arancelarios de importación y exportación, como para todos los demas impuestos á que por cualquier concepto estén ahora y en lo sucesivo sujetos los buques que frecuenten ó arriben á los puertos de este Estado.

2.º En consecuencia se establece: que los vapores españoles que conduzcan mercancías á uno de los puertos de Omoa ó Trujillo, ó á ambos, solo pagarán en el primer puerto en que toquen el impuesto de toneladas por el total de la carga que conduzcan á la república; que sean considerados como en fuste y no paguen tonelaje en Omoa y Trujillo, cuando sin traer carga á aquellos puertos, embarquen frutos y efectos del país, y que tampoco paguen el espeso impuesto los buques que conduzcan única y exclusivamente carbon de piedra para el servicio de los vapores españoles que arriben á los puertos de la república: con cuyo fin se señalará por la autoridad respectiva en cada puerto un lugar en que haya de hacerse el depósito.—Comuníquese é imprímase.

Ministerio general. Comayagua, junio 30 de 1859.—Alvarado.

Un comerciante de Batavia escribe á una casa de comercio de Glasgow la triste carta que á continuación publicamos:

«Siento tener que anunciaros, dice, que todos los empleados europeos que habia en esta han sido asesinados. El drama tuvo lugar el 18 de junio, y fué aun mas horroroso que el de las atrocidades de Camphore. Podreis leer los detalles de una circular que han enviado los directores de la compañía. Numerosos refuerzos han salido inmediatamente de Samarang y otros puntos, y serán probablemente suficientes para salvar á los demas europeos de Baujermassing y sus alrededores. La discordia y excitación al asesinato atribuyen á algunos sacerdotes mahometanos, procedentes de la Meca. El número de víctimas asciende ya á cincuenta, y entre ellas se cuentan algunos misioneros alemanes, tres de sus mujeres y diez y nueve niños.»

Nuestro apreciable corresponsal de la isla de Cuba nos comunica la siguiente noticia, que puede dar una idea aproximada de la casta de pájaros á que pertenecen los filibusteros.

Dice así: «Uno de los locos ó tontos que vinieron á nombre de la *Convención cubana* á tomar posesion de esta isla, hará cosa como dos meses, y que tuvieron que volverse mas que de prisa á Nueva-York, es un tal Betancourt, el cual, á su regreso, publicó una poesía insultando groseramente á España, al ejército de Cuba y al capitán general. El Sr. Escalante, comandante español, y que á la sazón se encontraba en Nueva-York, devolvió por medio de *La Crónica* el agravio á Betancourt, y no contento con esto, valiéndose de otro español residente en el mismo punto, le provocó y desafió; pero el filibustero, que debe tener todo su valor en la pluma, si bien no rechazó el lance, manifestó su deseo de dar esplicaciones pacíficas, para lo cual ofreció enviar al Sr. Escalante una persona en aquel mismo dia.

Efectivamente, segun nos cuenta nuestro corresponsal, á las doce de la noche le mandó un asesino que le asestó un golpe al corazón, del cual no murió el Sr. Escalante, porque el puñal se emboló en una cartera libro de memorias de muchas hojas que llevaba en el bolsillo interior del levita; pero sin embargo, el arma penetró un poco en el costado, produciendo al Sr. Escalante una herida de alguna consideracion si no de peligro.»

Así es toda esa cáfila de gente que, como hubiera tanta energía como mala intencion y lengua, habrían ya, no solo acabado con la isla de Cuba, sino con el mundo.

Con un hecho como este, no hay duda de que el filibusterismo debe estar orgulloso de sus hombres.

El gobierno ha mandado traer de las inmediaciones de la isla de Cuba una cantidad de guano para que se hagan en España algunos ensayos de este abono con objeto de distribuirla entre las respectivas juntas de agricultura de varias provincias, á fin de que estas procuren el que los ensayos se verifiquen de un modo conveniente y eficaz y puedan apreciarse con exactitud sus diferentes resultados.

Por acuerdo de la junta de la Exposicion hispano-americana de 1862, se ha invitado á los dueños de terrenos que quieran enagenarlos para el edificio y dependencias de la Exposicion de 1862, á que presenten sus proposiciones á la secretaria general en el término de un mes á contar desde el dia de la fecha. Los terrenos que se ofrecen reunirán las circunstancias siguientes: Que se hallen situados en las cercanías de Madrid. Que su cabida sea de un millon á millon y medio superficiales. Los proponentes manifestarán tambien las condiciones de los terrenos y sus precios.

Se firmó en Lisboa, segun *A Opiniao*, el contrato provisional entre el gobierno portugués y el Sr. Salamanca, para la construccion por este último, del ferro-carril portugués que ha de empalmar con el nuestro de Estremadura.

Ya debe estar firmado por el embajador de Francia y el ministro de Estado, el nuevo tratado postal con el vecino imperio. Las principales reformas que se introducen, segun tenemos entendido, son el francoque previo, la indemnización por el derecho de tránsito y otras de menor importancia, pero todas de grande utilidad para el comercio y para facilitar el cambio de nuestras relaciones con Europa.

Por los sueltos, el secretario de la redaccion, EUGENIO DE OLAVARRIA.

REVISTA MERCANTIL Y ECONOMICA DE AMBOS MUNDOS.

Segun las correspondencias que recibimos de varios mercados, las consecuencias de la paz de Villafranca, si bien no de una manera absoluta, observamos con gusto que se desarrollan

con menos letitud de lo que creíamos, atendida la crisis por que ha pasado la Europa.

El Banco de Inglaterra ha bajado el descuento á 2 1/2 por 100, y en el Lombard Street, se hace este á 2 1/4, y aun á 2 por 100 en ciertos casos.

A bordo del vapor *Persia* han llegado á Londres, procedentes de New-York, 151,000 libras esterlinas en oro. Tanto esta cantidad como 40,000 mas en barras, se estrajo el 22 de julio para el continente. El vapor *Pera* salió de Inglaterra el 20 con las malas de Calcuta y China y 450,022 libras esterlinas.

El mercado de Londres está paralizado. Los consolidados bajan 1/2 por 100. Las realizaciones, por numerosas que hayan sido, no son las últimas causas de este movimiento. La plaza tenia en perspectiva la nivelacion del presupuesto, y á mas la peticion inevitable de un empréstito para la India. Eran estas dos causas mas que suficientes para mantener á los espectadores á la expectativa hasta ver el rumbo que las cosas tomaban. Los ingresos de ferro-carriles continúan siendo buenos; ya se comparen con los de la semana, ó con los correspondientes á igual época del año anterior, ofrecen aumento en ambos casos. Los valores españoles se han cotizado. El Zaragoza á 445. El Moviliario español á 505 La sociedad mercantil á 450. La Compañía de Crédito á 280.

El último balance del Banco de Inglaterra, comparado con el publicado últimamente, arroja los siguientes resultados:

	Libras esterl.
Baja en los depósitos del gobierno.	4.565,193
Idem en los anticipos al gobierno.	359,355
Idem en otros anticipos.	879,634
Idem en la existencia metálica.	147,074
Idem en los recursos disponibles.	384,394
Aumento en los depósitos particulares.	2.783,267

Los valores han subido en general, segun las últimas noticias; pero lo que los caracteriza mas aunque la alza no era proporcionada á la que ha tenido la renta, es la firmeza que han presentado á pesar de la baja de los ingresos. Las transacciones han sido numerosas y se han hecho con facilidad, muy pocos negocios se han conducido á menos de 2 1/2 por 100.

Dícese que existe en Inglaterra el proyecto de establecer en París un Banco de las Indias para realizar las operaciones entre Francia y Calcuta, Bombay y otros centros de comercio, así como tambien la isla Mauricio, que se efectúan por el intermedio de casas inglesas, que se resentirán sin duda, porque ascendiendo á algunos millones de libras esterlinas los negocios que con dichos puntos se realizaban, se verán privadas de tan importante ramo de operaciones financieras.

A última hora hemos sabido que el mercado está en calma, y las tendencias que manifiesta son de permanecer aun largo tiempo en este estado. Reina poca animacion en los negocios, y es de esperar que estos queden reducidos á la nulidad por algun tiempo.

Algunas semanas de tranquilidad y de reposo son seguramente necesarias para reponerse de las últimas violentas sacudidas. En este tiempo se repararán las fuerzas perdidas ó quebrantadas, se podrá apreciar debidamente la situación general, se podrán esperar los acontecimientos, y se prepararán por último los elementos de una próxima campaña.

En París no se cree que el alza haya tocado á su apogeo con el anuncio de la paz. Es menester no perder de vista que la diferencia de los precios de paz á los precios de guerra, que viene á ser siempre de unos 10 francos, ha debido producir por primer resultado el arrojar á la plaza una considerable cantidad de títulos, los cuales han debido contener algun tanto los precios. Unase á esto la entrega de los títulos ya pagados del empréstito, y la influencia de un mercado restringido, en que la oferta y la demanda no se corresponden siempre inmediatamente. Tengan tambien en cuenta el temor de las complicaciones en una situacion completamente nueva, y cuyo porvenir no se haya completa y claramente definido.

El total de los impuestos recaudados en el primer semestre, se eleva á 533.473,000 francos, contra 539.927,000 durante el primer semestre de 1858. La rebaja que resulta de estas cifras está compensada con el aumento de derechos sobre los azúcares extranjeros, sobre diversas mercaderías, tabacos, bebidas y otros capitulos menos importantes, que dan entre todos unos 14.000,000 de francos.

Los ingresos de ferro-carriles en la última quincena son bastante buenos relativamente al año último de igual época y ofrecen corta diferencia comparados á los de la quincena anterior.

Las noticias de Nueva-York llegan al 20 de julio. El mercado de cereales estaba encalmado y los granos tendian á la baja.

El dia 6 de julio último las transacciones de algodones se mantuvieron bastante animadas con precios firmes particularmente por las clases al rededor de la middling que siguen muy escasas en la plaza, componiéndose sus existencias casi exclusivamente de low middling y clases inferiores á esta. El lunes siguiente por razon del aniversario de la independencia, el mercado se mantuvo firme. Las ventas totales de la semana, pues, ascienden á 7,000 balas. Las operaciones á la vela han sido mayores, elevándose en conjunto á unas 2,000 balas sobre la base de 11 1/2 céntimos, franco á bordo, el middling, y á 11 céntimos el low-middling. Existencias en la plaza 57,000 balas.

La temperatura sigue favorable á la cosecha, particularmente en la region tributaria de Nueva-Orleans; la planta se desarrolla bajo excelentes condiciones. Con todo, en general, exceptuando Texas, se halla un poco en retardo con respecto al año pasado.

Los arribos de la semana pasada en todos los puertos ascienden á 8,000 balas contra 23,000 el año pasado en igual periodo de tiempo. Las exportaciones solo han sido de 18,000 balas.

Existencias en los depósitos del interior de la Union, á las últimas fechas, 65,637 balas.

Cueros.—Las elevadas pretensiones de los tenedores paralizan las operaciones. En procedencias del Rio de la Plata se han hecho 470. B. Aires, secos de 21 1/2 libras de peso á 27 céntimos. Existencias 163,450 cueros.

Cambios.—Sobre Londres 9 1/4 á 9 3/8 p. c. prima.

El correo de la Habana trae noticias hasta el 12 de julio. El estado general de la reina de las Antillas era satisfactorio. La direccion del Banco español de la Habana habia acordado proceder á la distribucion de un 8 por 100 á los accionistas sobre el capital efectivo del Banco, por las utilidades obtenidas en el primer semestre del corriente año.

El mercado de azúcares ha seguido lánguido en la mayor parte de la quincena por consecuencia de las fiestas religiosas que se han celebrado, pero con las noticias favorables de los Estados-Unidos y de Europa los compradores han entrado con franqueza en el mercado, y aun cuando el efecto de dichas noticias no ha tenido tiempo de desarrollarse en toda su plenitud, muchos tenedores han rechazado ya las ofertas que les han

sido hechas de 7 3/4 rs. la arroba por azúcares fuertes y de clase igual al número 12 de Holanda; resulta, pues, una re-posicion de 1/4 á 1/2 real por arroba.

Por lo demas, siguen los envios de numerario á los Estados-Unidos, calculándose diversamente la cantidad esportada de millon y medio á dos millones de pesos, acontecimiento que ha venido á aumentar la tirantez del mercado ya escaso de numerario: el tipo del descuento fuera del Banco Español varia del 8 al 12 por 100 segun plazo y cantidad.

Los cambios, tanto por la escasez de metálico ya referida, cuanto por la mayor animacion que ha habido en los movimientos se hallan en marcada baja con respecto á las cotizaciones del mes anterior, y es de creerse que este descenso no terminará aun, tanto porque sigan fuertes las esportaciones, cuanto por la necesidad de dinero que obligará á la baja hasta establecer el equilibrio, volviendo á la plaza la suma de que hoy carece.

Cotizaciones á 60 dias las siguientes:

Londres.	13 1/2 á 14	por 100 premio.
España.	5 1/2 á 7	id.
Paris.	1 1/2 á 2	id.
New-York.	2 á 3	id.
New-Orleans, corto.	4 á 5	id.

En acciones de empresas varias, á pesar de los buenos dividendos repartidos por algunas de ellas, y del conocimiento de su sólido estado, nada se hace.

Por decreto publicado en estos dias en la *Gaceta* y que por su mucha estension no publicamos, el gobierno, atendiendo á las necesidades del comercio de la Habana, acaba de autorizar la emision de una nueva serie de acciones, suficiente para elevar el capital del Banco Español de tres á cuatro millones de pesos, y de dar algunas facilidades mas á las operaciones de este establecimiento, demasiado restringidas por sus estatutos.

Acaba de publicarse el estado de la recaudacion de las rentas marítimas y terrestres de la isla correspondientes al mes de mayo último. Segun él, la recaudacion ha tenido un aumento de 51,843 56 1/4 pesos fuertes sobre igual mes de 1858. Este aumento procede de las rentas marítimas que lo han tenido mucho mayor, pues habiéndose recaudado en mayo de 1858 la suma de pesos fuertes 1.096,937 1/4, en mayo de 1859 resulta esa suma elevada á pesos fuertes 1.215,069 1/2; es decir, á pesos fuertes 118,131 71 1/4 mas en este último periodo. Quiere, pues, decir que hubo baja en el total de las rentas terrestres; y en efecto, aparece que su recaudacion, que en 1858 fué de pesos fuertes 642,975 75, en mayo de 1859 no excedió de pesos fuertes 576,687 60; es decir, que la fué baja de 66,288 15. Pero es de advertir que esa baja proviene exclusivamente de que los productos eventuales de loterías fueron menores en pesos fuertes 84,115.

Las carreteras y las obras públicas conservan los mismos precios con muy pequeñas diferencias.

Entre los títulos de las diversas sociedades, se han negociado las acciones del Banco á 178 y 177 7/8, las acciones de la sociedad mercantil á 1,680, y obligaciones de la Compañía de Jerez á Sevilla á 1,050.

El mercado español ha mejorado algo durante la última quincena. Las transacciones, paralizadas por los temores que habia suscitado la guerra, comienzan á cobrar animacion.

Los especuladores, tranquilizados un tanto con el giro pacífico que han tomado los asuntos políticos, sienten renacer la confianza y se preparan para entrar de nuevo en los negocios. Ultimamente: la situacion general va mejorándose cada dia; durante toda la quincena los fondos han ido subiendo, aunque por falta de especuladores escaseen mucho las transacciones. Siguiendo las inspiraciones del 3 por 100 francés que de 68-50 se ha elevado á 69-75, el consolidado ha subido de 42-15 á 42-85. La diferida, guardando estrictamente la distancia de 10 por 100, que parece hoy la diferencia normal de las dos deudas, ha pasado tambien de 32-15 á 32-85.

Entre los demas efectos públicos, el personal ha seguido tambien el mismo impulso; de 10-90 se ha elevado á 11-15.

Por el contrario, las acciones del canal de Isabel II, bastante ofrecidas á consecuencia del nuevo empréstito de 16 millones, que se ha efectuado últimamente, han perdido 25 céntimos y quedan á 104-25.

Terminamos nuestra revista publicandole á continuacion los ingresos que han dado nuestros ferro-carriles durante el primer semestre del año actual que son como sigue: De Madrid á Alicante y Zaragoza, 20.098,845 reales; de Alar á Santander, 4.105,112; de Valencia á Almansa, 2.846,780; de Barcelona á Zaragoza, 805,740; de Barcelona á Martorell, 947,877; de Barcelona á Arenys, 1.941,148; Barcelona á Granollers, 1.260,297; Jerez al Trocadero, 1.785,409; de Langreo á Gijon, 823,541, y de Tarragona á Reus, 329,563. En el producto de los ferro-carriles de Madrid á Alicante y Zaragoza, corresponden á este último 285,278 rs. que ha producido desde el 3 de junio que se abrió la explotacion hasta 30 del mismo mes. Los ingresos de esta compañía en dicho semestre han sido mayores que los obtenidos en igual semestre del año anterior. El tráfico y la circulacion han tenido tambien gran incremento en la linea de Alar á Santander, que ofrece una diferencia en sus ingresos, comparados los primeros semestres de este año y del próximo pasado, de mas de tres millones de reales á favor del actual.

El secretario de la redaccion, EUGENIO DE OLAVARRIA.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Mientras los ducaos y las legaciones, es decir, toda la Italia central, se encuentran en la mayor agitacion y preparándose á resistir la vuelta de los antiguos gobiernos y por consiguiente los resultados de la paz de Villafranca, Luis Napoleon recibe en Francia las felicitaciones de los diversos cuerpos del Estado por esta parte, y se prepara á dar á Paris el espectáculo de una entrada triunfal el dia 15, fiesta de S. Napoleon. Entre las felicitaciones que se le han dirigido, ha llamado la atencion por su sabor clásico, la de Mr. Troplong, presidente del Senado. Mr. Troplong comparó la batalla de Solferino á la de Zama, y el tratado de Villafranca á la moderacion de Escipion despues de su victoria sobre Anibal. «Por victorias como las que V. M. ha alcanzado, dijo el célebre presidente, decretaba Roma los honores del triunfo: y la historia consagra páginas inmortales á los príncipes que muestran tanta moderacion en la fortuna. «El discurso de Mr. Troplong parece como que quiere significar cierto sentimiento de que no se haya dispuesto un templo verdaderamente clásico, y cierto que los parisienses pierden mucho con no dejar á este eminente hombre de estado, arreglar las fiestas que se preparan segun su gusto. Sin embargo, una solemnidad triunfal enteramente romana, no podia darse. Prescindiendo de las condiciones que el senado romano exigia para conceder tales honores á sus capitanes, en los triunfos, despues de la acostumbrada procesion

de músicos, víctimas para el sacrificio, despojos del enemigo, cautivos, etc., venía con el triunfador un personaje, diciéndole constantemente al oído: «recuerda que eres hombre;» y nosotros creemos que el Senado presidido por Mr. Troplong, no consentiría semejante desacato con todo un emperador, que, como dice el *Pays*, «ha tomado en la posteridad un puesto tal, que todas las glorias son pálidas al lado de la suya.»

Así, pues, el triunfo será á la moderna: será una gran revista; habrá banderas, músicas, aplausos é iluminaciones, día de fiesta y de espectáculo para todo París y por lo mismo para toda Francia. Después de esta gran función se inaugurará una serie de pequeñas funciones, ya para dar banquetes á los heridos, ya para distribuir premios; se derribarán algunas casas para formar nuevos barrios, y habrá calles de Magenta y Solferino, barrera de Montebello y *boulevard* de Palestro. Todo esto durará hasta que cesando de llamar la atención, venga otra nueva guerra á excitar el interés de los buenos parisienses. *Vive la gloire, et vive la bagatelle!*

La política de tener entretenidos á los pueblos entre grandes guerras y grandes espectáculos debe ser una gran política y en muchas partes muy eficaz. Acaso pudiéramos decir que en todas, pues la vemos observada en pueblos de posiciones, clima y civilización en extremo diferentes. Lo que sucede en Francia hoy, sucede del mismo modo en Dahomey, reino de la costa de Guinea, no lejos de las posesiones españolas de Fernando Póo, á donde acabamos de mandar una expedición. En Dahomey el rey destina tres meses del año á la guerra. Sus súbditos saben que durante tres meses han de pelear, aunque ignoran contra quien hasta el momento de la lucha, pues el monarca guarda su invisible secreto acerca de las tribus á quienes piensa acometer. Otros tres meses del año se pasan en funciones y honores tributados á las tumbas de la familia real y los otros seis en fiestas, diversiones y solemnidades. Así se les va el tiempo tan dulcemente á los Dahomeyanos que no piensan en otra cosa mas que en lo que S. M. quiere.

Volviendo á Francia, diremos que por ahora se ha mandado poner en pie de paz el ejército y la armada, lo cual quiere decir que durante el invierno próximo no se piensa sino en gozar de los beneficios de la paz de Villafranca y de los laureles que ha proporcionado. Los italianos son los que murmuran un poco: en Módena, Toscana y Bolonia se resisten á recibir á los duques y á los agentes del Papa, y aun se hablaba de una inminente insurrección de toda la Italia central, á cuya cabeza estará Garibaldi. La noticia, sino es exacta, no es inverosímil; y nadie acierta á conjeturar cómo se hará estensiva á Italia la paz firmada por los dos emperadores. Sería curioso que hubiese este otoño otra nueva guerra para hacer cumplir el tratado de paz! Entonces los austriacos y los franceses serían aliados naturales. Los ducados no quieren á sus duques y es preciso, ó imponérselos, ó dejarles salir con la suya: cosas ambas peligrosas para el vencedor de Magenta y Solferino, para el héroe ante cuya gloria palidecen todas las demás, como dice su periódico el *Pays*.

Viniendo á nuestra España, diremos que el asunto de los 130,000 cargos de piedra que con la memoria del Sr. Mora había entrado en una nueva faz, pues el Sr. Mora atacaba violentamente la reputación de todo el bando polaco, y no dejaba muy bien puesto el nombre del Senado como tribunal de justicia, ese asunto, repetimos, que tanto ha dado que hablar estos días á la prensa, llega á su tercer período que es el de la contestación del Sr. Collantes á la memoria del Sr. Mora. Si lindes decía este de aquel, lindeszas le repite aquel á este en el escrito que ayer se repartió con profusión.

Hace notar el autor de este escrito que Mora se confiesa culpado, y entrando luego á rebatir la acusación de haber querido corromper su integridad, dice:

«Comprar yo al Sr. Mora, ¿y qué es lo que me proponía comprar, y para qué le había de comprar?—Se compran, por ejemplo, documentos que otros tienen en su poder, y que nos puedan perjudicar; pero como el Sr. Mora, que ha publicado como documento fehaciente para asegurar bajo su palabra, pero de una manera decisiva, según acostumbra, que yo pensaba ir á Londres á darle una satisfacción, y salimos con que la prueba de esta grande acusación, ese documento fehaciente, es una carta que dice ha recibido de su familia; el Sr. Mora que no ha publicado documento alguno contra mí, ni aun una simple carta, cuando las busca por todas partes, y no repara en nada; el Sr. Mora, pues, no tenía nada que venderme.

«Es que iba á comprar su palabra ó su silencio? Esto hubiera sido una imbecilidad, porque él hubiera podido guardarse muy tranquilamente el dinero, como se ha guardado el producto de los cargos de piedra, y hubiera podido hablar luego lo que le hubiera dado la gana, como lo ha hecho. Pero si no se ha dejado seducir este modelo de moralidad, á quien todo el mundo trata de comprar, si todo lo que ha hecho y dicho ha sido voluntaria y espontáneamente, entonces tienen menos disculpa las aberraciones en que ha incurrido.

«Demostrado ya que las veces que ha hablado el Sr. Mora ha sido para decir una vez lo contrario de la otra, y todo esto sin pruebas, sin datos, y sin documento alguno, solo por su palabra, yo pregunto: ¿Puede ser creído por nadie que no sea tan perverso como él?—Un hombre que ha mentido delante del Senado español, un hombre que hace pública gala de burlarse de sus amigos, de las leyes, de los tribunales y de la sociedad entera. Si esto fuera desgraciadamente cierto, si en España hubiera desgraciadamente fracciones, ¡qué digo fracciones! individuos que pudieran dar crédito á lo que les dice el Sr. Mora bajo su palabra, palabra mil veces por él retractada y desmentida, sería preciso que España fuese un país de Moras, un país perdido y de perdidos. Todo ese cúmulo de xx y zz, y anónimos y párrafos de cartas que nada significan, y que serán ciertas ó serán falsas, todo eso son los lugares comunes y vulgares del último de nuestros presidiarios. Hasta para mentir ha debido tener un poco mas de elevación y de ingenio el Sr. Mora.

«Pero la sociedad española no está tan perdida, no, como él cree, ó aparenta creer, y estoy seguro que su última manifestación le habrá hecho mas daño en el ánimo de las gentes honradas, que la sentencia misma del Senado. No; no puede haber ni hombre apasionado, ni enemigo mio tan ciego y tan desalmado, que no conozca que el libelo del Sr. Mora á él le perjudica, si es que ya puede perjudicarle algo.

«Todavía, sin embargo, mientras el Sr. Mora narra é inventa cuentos para entretener al público y para calumniar á sus enemigos, su pluma se desliza con cierta facilidad; pero en cuanto se encuentra con el contratista Luque, con el visto bueno puesto á las certificaciones, con el endoso de los pagarés en poder de su cuñado, y con el dinero entre las manos, aquí empiezan los tropiezos y las dificultades y el no saber qué decir, y el encontrarse cogido y atravesado por medio del corazón.

«La última observación sobre este particular. Si el Sr. Pastor no hizo mas que prestar su firma para el negocio de los pagarés y luego perdió su rastro sin que volviera á acordarse de ellos, según asegura el Sr. Mora, ¿cómo se explica el hecho de haber renovado por dos veces el mismo Sr. Pastor á su nombre los citados pagarés, y por último, haber cobrado del

Tesoro su capital é intereses? No lo ha explicado de ninguna manera, y ha pasado sobre él como sobre áscuas, porque si hubiera querido explicar, ó hubiera negado la verdad, ó se hubiera puesto en evidencia; y entonces el Sr. Mora y el señor Pastor se hubieran abrazado juntos. Pues este hecho de la renovación y el cobro, tengo algunos motivos para creer que es cierto; y entre ellos y el mas débil, la ausencia del Sr. Pastor en el momento en que fué presentado por la comisión acusadora como testigo de cargo y citado á juicio, temiendo, sin duda, no poder dar explicaciones de todo punto satisfactorias.

«Queda, pues, clara y evidentemente probado que el dinero fué á poder del cuñado del Sr. Mora. ¿Ha comprado los pagarés en la plaza, como él ha declarado? Esto se ha probado que es falso, y además, ¿de dónde ha tenido el Sr. Pastor cincuenta mil duros para comprar pagarés, cuando es público y notorio que jamás ha dispuesto de una suma que ni se le parezca con mucho? ¿Es que se le buscó para poner su firma, como dice el Sr. Mora, por una persona desconocida por el mismo señor? Pero la conocería el Sr. Pastor. ¿Cómo no ha declarado su nombre? ¿O es que el Sr. Pastor prestaba su firma á personas desconocidas? Aquí está el *quid* de la dificultad, aquí está el negocio, aquí está el dinero.

«Estas contradicciones en asunto de esta clase; este no ponerse de acuerdo los dos cuñados, ni aun después de impresas y publicadas las declaraciones; este laberinto de confusiones en que ellos mismo se envuelven; este ahogo, estos tropiezos, este decir hoy una cosa y mañana la contraria; todo esto es la prueba, es la confesión, es la conciencia que dicen á grito herido: *Aquí está el crimen; aquí está la inmoralidad; aquí está el abuso de confianza; aquí está el dinero.*»

«Ni aun ha tenido cuidado siquiera de leer las declaraciones de su mismo cuñado, puesto que este afirma que compró en la plaza los pagarés con un descuento de 5 por 100 por conducto de un agente que se ha muerto, y que luego se ha probado plenamente que desde el año de 1853 no intervenía en ninguna operación.

«Esto ha dicho el Sr. Pastor, cuñado del Sr. Mora. Y el Sr. Mora, cuñado del Sr. Pastor, dice en su libelo: *Que se escogió sin duda al Sr. Pastor entre otros para que prestase su firma; y que él, no viendo en todo esto mal ninguno, y si un negocio legal, que le proporcionaba una ganancia lícita y decorosa, aceptó las proposiciones que se le hacían, y terminado el asunto perdió completamente su rastro, y no se volvió á acordar de él; y que para todo esto se le buscó por una persona que no conoce el Sr. Mora.*

«Vuelvo á repetir que el Sr. Mora ha cometido la imprudencia de no leer la declaración de su cuñado, y que con su declaración actual, si no tuviera otros méritos el Sr. Pastor, debería figurar en la causa no como testigo, sino como acusado.

«No se trata, ni se ha tratado nunca de buscar al Sr. Pastor para que prestase su firma, y nunca hay negocio legal, ni ganancia lícita y decorosa, cuando se toma dinero por prestar su firma, que es lo que supone torpemente el Sr. Mora; ni tampoco ha podido el Sr. Pastor perder nunca el rastro de este asunto y no volverse á acordar de él, porque el rastro quedó entre sus manos, porque el rastro eran unos pagarés, que el Sr. Pastor ha dicho que compró en la Bolsa de Madrid, y por consiguiente no hubo necesidad de que nadie le fuese á buscar para que prestase su firma, sino que fué él mismo quien se buscó, y quien hizo la operación, y quien se quedó con los pagarés: es decir, con el dinero, importe de los cargos de piedra.

«Vuelvo á repetir que no cabe una torpeza igual que la que en esta parte ha cometido el Sr. Mora; es casi tan grande como la del expediente mismo.... Son dos torpezas gemelas de la misma mano; y es que la verdad se escapa al través de todas las rendijas, mal encubiertas por la mentira y el embuste.»

«El Sr. Collantes ha comprendido en efecto el lado débil de la argumentación del Sr. Mora, el cual no explica dónde está el dinero, quién se lo llevó. Solamente se hace en la memoria una indicación de que estaba destinado para cubrir una urgente necesidad de la situación, reconocida por el Consejo de ministros. Sobre esta indicación dice el Sr. Collantes:

«A pesar de la mucha extensión que va tomando este escrito, no quiero concluir sin hacer dos importantes rectificaciones: primera, es falso, completamente falso, que ni en Consejo de ministros ni fuera de él, ni con el señor conde de San Luis, ni sin el señor conde de San Luis, se tratara nunca jamás por aquel gobierno de procurar fondos para negocios urgentes ni para negocios de política, ni de ningún otro género. Es completamente falso y calumnioso el que yo haya tomado jamás el nombre de mis colegas para ningún asunto. Precisamente en todas mis controversias, aun cuando alguna vez hubiera podido fácilmente declinar mi responsabilidad, he huido siempre de semejante método de defensa, y al contrario, en muchas ocasiones he aceptado responsabilidades ajenas en lugar de procurar que otros carguen con las mías. Nadie sabe mejor que el Sr. Mora que la indicación que hace sobre este punto es una calumnia; y esa idea no es suya, mejor dicho, eso no es mas que el principio de una idea verdaderamente perversa y completamente falsa y calumniosa, que apuntando al Consejo de ministros, va á parar á otra parte, y como sobre este punto se ha hablado y se le habrá enterado al Sr. Mora, conviene hacer esta rectificación.

«Segunda: la idea de alejarse el Sr. Mora, nació de sí mismo. Si yo pudiera permitirme bajar al terreno en que él se ha colocado, hacer suposiciones gratuitas y citar cartas escritas por él á un íntimo amigo suyo, en el seno de la confianza, se vería que el pensamiento de marcharse de Londres salió de él, y solamente de él, porque no se consideraba seguro, y porque creía, ó le habían hecho creer, que había derecho de extradición tratándose de un delito común; pero cuando adquirió certeza de que aquel derecho no existía, y de que podía estar tranquilo, recobró la calma y no pensó en ausentarse de Inglaterra, sino en ocuparse de una manera que retrata gráficamente su carácter moral, de la causa y la sentencia que en ella podría recaer. Pero repito que yo ni debo, ni puedo ocuparme de esto, porque no es mi camino el camino del Sr. Mora, ni yo abuso jamás de cartas amistosas que se me leen, ó se me escriben en el seno de la confianza.»

«El Sr. Collantes concluye su escrito con una relación de sus antecedentes y estas palabras:

«Una cosa me consuela en medio de tantos infortunios. Mi prision ha estado constantemente ocupada por amigos, que con su compañía me han dado pruebas de que no he desmerecido de su aprecio. Y ahora mismo, mas de quinientas cartas que he recibido de distintos puntos: las felicitaciones de un gran número de electores que obran en mi poder, son un testimonio vivo y elocuente de que en el fondo de la sociedad que me conoce bien, me aprecian como siempre; y que la opinión, la verdadera opinión no me abandona y me hace justicia en los días de amargura, de persecución y de adversidad.

«Y para que nada quede en duda, los tribunales, á quienes acudo en demanda de tantas injurias y calumnias, resolverán lo que en justicia proceda.»

Hemos trascrito los puntos mas esenciales de la contestación á la memoria: ahora el Sr. Mora contestará á esta contestación y tendremos réplica y contraréplica. De todo daremos puntual cuenta á nuestros lectores á medida que vayan viniendo los documentos. Creemos que cualquier editor haría bien en ir reuniendo en forma encuadernable: 1.º el proceso; 2.º la memoria Mora; 3.º la contestación Collantes; 4.º la réplica Mora y la contraréplica Collantes, y 5.º las incidencias notables y las consecuencias escritas mas curiosas que puedan ocurrir. Serán preciosos datos para la historia, aunque algunos haya que cogerlos con tenazas.

«La isla de Cuba recibirá con placer las dos importantes mejoras que han visto estos días la luz pública en la *Gaceta*: la reforma de los Estatutos del Banco español de la Habana en un sentido favorable á la libertad; y la organización de los ayuntamientos de la isla sobre la base de la elección directa. Con el decreto sobre ayuntamientos se comienza á dar á los cubanos la intervención que les corresponde en sus intereses locales. No se desarrolla gran cosa el principio de la ley; pero á lo menos se sienta y se reconoce de derecho ese principio. De tener ayuntamientos nombrados por el capitán general ó compuestos de concejales perpétuos, á tenerlos nombrados por un colegio electoral, aunque restringido, hay gran diferencia. Luego que funcione este colegio electoral y que se le contraigan algunos hábitos de vida pública, se comprenderá la necesidad de ensanchar las bases del censo y de la capacidad para evitar los males de la oligarquía; y de esperar es que el gobierno de la metrópoli avance mas de lo que ha avanzado hasta ahora en ese camino. Una medida importante en el orden económico está reclamando hace mucho tiempo, y hoy la reclama con mas fuerza el estado de prosperidad comercial de Cuba, y es la supresión, ó por lo menos, la rebaja en los derechos que se pagan por las harinas. No hace mucho que en virtud de las circunstancias de nuestro país, el gobierno permitió en España la introducción de granos y harinas libre de derechos: ¿por qué? Porque se creyó que España no tenía bastante para su consumo con el grano de las últimas cosechas. Y si no tiene á veces bastante para su consumo ¿cómo se encarga exclusivamente del mantenimiento de una isla á 1,800 leguas de distancia? Así es que el contrabando se encarga de suministrar lo que nosotros no podemos dar á Cuba porque 10 pesos en barrica que pagan las harinas norteamericanas, son ya cebo bastante grande para la defraudación. Se supone que los fabricantes de Santander y Valladolid y demás centros productores de harinas, sufrirían con la rebaja, y es un error. Lejos de eso, creemos que se ensancharía considerablemente el mercado, mucho mas cuando á las harinas de Castilla se le quitase, como debiera por otra parte, el gravamen de 50 reales en barrica que pagan como derecho fiscal. Esto, mirado el asunto por el lado mas material y positivo: que por lo demas, nos parece que todas las consideraciones políticas y sociales están porque se facilite la vida y el sustento á los cubanos al precio mas barato posible, de suerte que los que hasta ahora no han comido pan, lo coman, y los que han comido poco, lo tengan en abundancia.

«Ha llegado á la Granja el infante D. Sebastian, procedente de Nápoles, donde ha residido desde que, terminada la guerra, quedó vencida la causa del pretendiente. Al cabo de 25 años de ausencia, D. Sebastian Gabriel de Borbon y Braganza vuelve á ver los sitios donde pasó su niñez. «De hoy mas mi vida y mi espada están á disposición de V. M.» dicen que dijo á la reina al presentarse por primera vez en palacio. S. A. tiene ya unos cincuenta años, edad respetable á la cual nosotros por fortuna no hemos llegado todavía. Cuando lleguemos, es probable que mudemos de vida.

«Aun sigue el corte en San Ildefonso. Por aquellas cercanías hay pocos santuarios que visitar; sin embargo, hace pocos días fué objeto de una visita especial y de grandes funciones la ermita de la Virgen de la Fuencisla, estramuros de la ciudad de Segovia. La situación de esta ermita es en extremo pintoresca: fabricada al pie de unos elevados peñascos, como cortados á pico, y donde aun se ven los sitios en que S. Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesus vivieron algun tiempo, tiene en frente una colina sobre la cual se eleva el antiguo alcázar; y en medio, lamiendo casi las paredes del santuario, corre el apacible y manso Eresma entre huertas y verdes praderas. Fundóse el santuario á consecuencia de uno de los infinitos milagros con que la tradición tiene adornada la historia de nuestra patria. Una judía, acusada de adulterio, fué condenada á muerte por los jueces de su nación. Debía ser despenada de lo alto de la roca, y lo fue en efecto; pero cayó sin hacerse daño. El pueblo gritó: ¡milagro! se apoderó de la joven, la llamó María del Salto, la hizo bautizar, y cuando murió la enterró en la catedral. Después, en el sitio en que tocó su cuerpo, se levantó una capilla á la Virgen, capilla que, reedificada muchas veces, se ha convertido en un lindo santuario con una casa espaciosa para el capellan.

«Nada mas hay en la corte: se come, se bebe, se pasea; los ministros se van á baños, y el ministerio continúa en materias políticas como los ídolos de la India, en la mas absoluta inmovilidad.

«La literatura neo-católica se ha enriquecido con dos obras nuevas. Ya hace tiempo que se publicaron los discursos del Sr. Bravo Murillo que contienen la Suma de la política y administración de este hombre de Estado: ahora han salido á luz los del señor conde de Velle, que es el Isidoro Mercator de la comunión, y los del Sr. Aparici, que es el Pedro Lombardo ó maestro de las sentencias. Esperamos que no se harán esperar los del Sr. Tejada, y aun los del Sr. Canga-Arriuelles, que por su juventud puede llamarse el San Juan del apostolado neo-católico.

«La transición es algo brusca desde los neo-católicos y su literatura á los saltos y piruetas de los artistas del circo de Preece; pero tales son las exigencias de la Revista, y tal la mesa revuelta que se ha formado en la mente del revisero. Los concurrentes al circo de Preece se han dividido en bandos: unos aplauden á la Yrma Monfroid, otros á la Kennebel. La Yrma es mas bella; la Kennebel monta mejor á caballo; la primera atrae las simpatías de los adoradores de la belleza plástica y de las buenas formas; la segunda conquista los corazones de los apasionados de las actitudes perfectas y de los triunfos gimnásticos. Todas las noches llueven coronas y flores sobre estas dos amazonas, y la guerra civil parece próxima á estallar en aquel retirado local. Para contener sus estragos, algunos eclécticos aplauden á la Gaerntner.

«Entretanto, la Ugalde, que canta como un ruiseñor, se ha encontrado algunas noches con escaso auditorio. Incomprendibles misterios del corazón humano: nosotros no sabemos á qué atribuir la despoblación de la zarzuela y la población del circo de Recoletos, como no sea al calor y á la electricidad.

NEMESIO FERNANDEZ Y CUESTA.

Editor, F. S. Madirolas.

MADRID 1859.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo del mismo, calle del Baño, número 1.